LIBRARY OF PRINCETON
OCT 22 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1470.A1 V56

Vinculum.

Vinculum

Conferencia de Religiosos de Colombia

ISSN-0122-1272

Presente y Futuro de la Vida Religiosa

210
211
212
'2003

Bogotá D. C., Enero - Septiembre 2003

LAP

LIBRARY OF PRINCETON
JAN - 8 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

Vinculum

Revista trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia, CRC

Presente y Futuro de la Vida Religiosa

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/vinculum2102conf

Indice General

Editorial..... 7
Álvaro Cepeda van Houten, O.F.M.

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

Algunas reflexiones acerca del futuro de la vida religiosa..... 13
Ignacio Madera Vargas, S.D.S.

El concepto de justicia en la recreación de la praxis de la Vida Religiosa en Colombia..... 21
Héctor Manzano Rodríguez, S.D.B.

La espiritualidad inculturada como posibilidad de una respuesta a tanta violencia..... 27
José Uriel Patiño Franco, O.A.R.

Las imágenes cinematográficas: de lo sagrado a la experiencia cristiana de Dios..... 33
Juan Carlos Cerquera, C.M.

PONENCIAS

Pobreza y solidaridad en la Vida Religiosa..... *51*
Armando Montoya Restrepo, O.F.M.

Espiritualidad desde los pobres..... *59*
Luis Alfredo Escalante Molina, S.D.S.

Espiritualidad inculturada..... *71*
José Uriel Patiño Franco, O.A.R.

Una espiritualidad liberadora..... *77*
Ignacio Madera Vargas, S.D.S.

Opción preferencial por los pobres..... *83*
Víctor Martínez Morales, S.J.

Los signos de los tiempos..... 89
Jorge Martínez, MSpS

El mundo de los jóvenes..... 93
Héctor Manzano R., S.D.B.

Nueva eclesialidad..... 105
José Uriel Patiño Franco, O.A.R.

DIRECTOR: Hno.Arcadio Bolivar R., fsc / CONSEJO DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: Hna. Olga María Vega, mar; P. Gabriel Naranjo, cm; P. Oscar Vélez, cmf; Hna. Blanca Pérez O. mml; Hna. María del Socorro Henao, htsj / ADMINISTRACIÓN Y PRODUCCIÓN: Hna. María Ofelia Pérez Arango, htc; Hna. Narda Pérez, pvm; Blanca Oliva Cuesta / DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO: Publicaciones CRC / DIRECCIÓN: Cra. 15 No. 35-41/43 - Tels.: 338 39 46 232 76 56 - Fax: 338 16 00 - A.A. 52332 / Bogotá, D.C., Colombia / SUSCRIPCIÓN: Nacional $28.000.oo - América Latina: US$ 31.oo - Resto del Mundo: US$ 31.oo / IMPRESIÓN: CMYK Diseño e Impresos Ltda. Tels.: 311 59 75 311 59 82, Bogotá, D.C., Colombia.

Editorial

Aunque este número extraordinario de la revista Vinculum (210-213) no constituye precisamente un numero monográfico, hemos querido agrupar todos los artículos bajo el título único de "Presente y futuro de la vida religiosa", que es también el título que Ignacio Madera Vargas, S.D.B. le da al escrito de su autoría con el que se inicia este ejemplar.

Hemos querido recoger una serie de aportes de los religiosos y religiosas vinculados a la CRC. Éstos forman parte de los Retiros Espirituales, de la reunión de la Comisión Teológica y de aportes individuales que bus can arrojar luces sobre los desafíos a los que se debe responder en la vida religiosa boy en Colombia. Lo que hace urgente una reformulación de nuestro estilo de vida, en los tiempos de la globalización y de la economía neoliberal, teniendo siempre presente la fidelidad al Evangelio y los carismas fundacionales.

Esta vez hemos querido incluir en secciones separadas los artículos que corresponden a las *Reflexiones Teológicas* y los que corresponden a las *Ponencias*. Éstas últimas, presentadas en el año 2003, son la trascripción literal de las charlas ofrecidas en los retiros espirituales que la CRC organiza mensualmente.

En su artículo, Ignacio Madera Vargas, S.D.S, empieza preguntándose por qué estamos dedicándole tanto tiempo a cuestionarnos sobre el futuro de la vida religiosa. "¿No será que preocupados por el futuro estamos eludiendo las preguntas del presente?" Indudablemente, dice, existen signos que hacen valida esta preocupación, pero el futuro dependerá necesariamente de lo que hagamos en el presente y de la manera cómo respondamos a los interrogantes de hoy.

El escrito de Héctor Manzano Rodríguez, S.D.B., presenta un replanteamiento del sentido de justicia en el contexto de la sociedad colombiana. Partiendo del concepto de *"justicia de Dios"*, se establecen los argumentos esenciales con los cuales se desarrolla el compromiso que deben tener las Comunidades Religiosas y sus integrantes respecto a las injusticias sociales, políticas y económicas del contexto nacional e internacional.

El cine, escribe Juan Carlos Cerquera, C.M., es un lenguaje que representa la existencia del ser humano y sus diferentes problemáticas, que reconoce y proyecta dentro de sí los misterios de la fe. No es fácil dice el autor, reconocer la experiencia de los sagrado en el cine; sin embargo se puede sentir y representar en la evocación de lo invisible, de lo poderoso, en la relación de las dimensiones mas ocultas del ser humano, en la utilización de iconos y de su valor espiritual y litúrgico.

Armando Montoya Restrepo, O.F.M., sostiene que la globalización y el neoliberalismo han llevado a la sociedad y por consecuente a la vida religiosa a seguir valores, símbolos y comportamientos materialistas y poco humanos. El hombre de hoy fija sus propósitos para elevar su calidad de vida

y se olvida de las necesidades y prioridades del otro. Combatir esta realidad según el autor, puede lograrse asumiendo el compromiso de Jesús, por medio de un sistema justo, liberador y solidario, en el cual se contribuya al cambio de las estructuras políticas y económicas.

El mundo actual dice Luis Alfredo Escalante Molina, S.D.S., se caracteriza por la proliferación de diferentes espiritualidades que pretenden dar respuestas a los problemas existenciales de los hombres y las mujeres de hoy. El cristiano mas que influir en dichos contextos se ha dejado influenciar por los mismos experimentando así, el inmediatismo, el activismo y la superficialidad, confundiendo incluso la vida espiritual con la búsqueda de la paz interior, olvidando la importancia del sentido de comunidad. El artículo señala estas y otras dificultades en la vivencia de la fe e invita a un redireccionamiento de las prácticas que fortalecen la vida espiritual.

José Uriel Patiño Franco, O.A.R.; en su articulo sobre la espiritualidad inculturada, devela, a partir del horizonte del texto "Por el camino de Emaús" las relaciones intrínsecas entre el texto bíblico y el compromiso de todo hombre y mujer con la búsqueda de la paz.

En el articulo "Opción preferencial por los pobres", Víctor Martines Morales, S.J., realiza un acercamiento a los conceptos de la pobreza evangélica y opción preferencial por los pobre, entendidos como un modo de vida y manera de testimoniar la acción del Espíritu Santo en los consagrados.

El autor hace un llamado a los religiosos y religiosas para revisar y actualizar desde la historia el carisma heredado y la misión que como consagrados deben desarrollar de manera afectiva y efectiva en las realidades de pobreza de nuestro tiempo. Vivir en pobreza, no es otra cosa que volver al Evangelio, a la persona de Jesucristo quien exige dejarlo todo, entregarlo todo por amor a Dios y su reino.

Jorge Martínez, M.S.P.S., aborda el tema de los signos de los tiempos, entendidos como señales de Dios para interpretar el mundo globalizado.

Para interpretar los signos de los tiempos se necesita tener el corazón limpio, es decir mirar y amar como Dios mira y ama al hombre y la mujer. Del mismo modo, esta afirmación debe estar cimentada en la certeza de saber que Dios se encarno en la historia humana y desde ella actuó y sigue actuando en este presente. Por esto, es desde aquí y desde ahora que hay que construir el Reino de Dios, como respuesta a su voluntad salvífica con los hombres y mujeres y solo se entiende en la medida en que haya sentido de profetismo, discernimiento y compromiso.

Héctor Manzano, S.D.B., hace una aproximación a la situación de los jóvenes desde la perspectiva de las bienaventuranzas, en el marco de una cultura saturada por las comunicaciones en la que los seres humanos, especialmente los jóvenes que en Latinoamérica están sometidos a la marginalidad, la exclusión y la violencia, se sienten saturados por los vertiginosos cambios de la sociedad del control y por eso carentes de proyectos de futuro. Pero es desde las bienaventuranzas y de su revaloración en la pastoral juvenil como se debe proponer al joven una cultura de la vida. La actitud ante los

jóvenes debe ser a semejanza de la actitud de Jesús, quien ama al joven y lo ve como un sujeto del Reino, lo invita a seguirle con paciencia, ternura y confianza. Este seguimiento es un camino, de vida, de servicio, de la palabra compartida, de la oración interior y el camino del pan partido. No se trata de presentar algo nuevo, sino de reconocer las nuevas condiciones en las que se vive y se anuncia el evangelio para el joven de hoy.

En suma, este número reflexiona sobre los diferentes desafíos que afronta la vida religiosa hoy en Colombia y en general en América Latina, donde la pobreza y la injusticia social son cada vez más evidentes. V

Fray Álvaro Cepeda van Houten, O.F.M.

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

Algunas reflexiones acerca del futuro de la Vida Religiosa

Ignacio Madera Vargas, S.D.S.

Porque por la fuerza del Espíritu queremos recrear sus fundamentos

Cuando empecé a pensar, acerca del futuro de la vida religiosa me vino a la mente una pregunta: ¿Por qué pensar tanto en su futuro? ¿Será que le tenemos miedo a ese futuro? ¿Será que no lo vemos con claridad y nos causa temores e incertidumbres? En verdad, si miramos y analizamos datos estadísticos y situaciones de la vida religiosa en la Iglesia universal tenemos que reconocer que está muriendo en Europa y en los países que se llaman a sí mismos desarrollados. Los grandes conventos europeos están siendo adquiridos por cadenas de hoteles y convertidos en centros de recreación de todo tipo; o por nuevos movimientos laicales que les dan una orientación de apoyo a quienes todavía buscan una experiencia espiritual intensa.

En contraste con lo anterior, en los llamados terceros mundos, la situación no es tan dramática, sobretodo para la vida religiosa masculina. En algunos países, las comunidades después de la crisis generada después del Concilio, asistimos a un aumento significativo del número de jóvenes que ingresan, no solo a las comunidades clericales, sino también a las comunidades laicales de no ordenados. Sobre todo las comunidades con sistemas neoconservadores tienen muchos candidatos que no sólo entran sino que se sostienen en ellas.

Ciertamente, si el futuro depende de la cantidad de candidatos y candidatas, en los terceros mundos la vida religiosa parece tener todavía futuro. En Europa y los Estados Unidos, Canadá y Australia, las cosas son de otro tamaño. Y esto debe ser preocupante porque, a pesar de que no sea nuestra situación, si es la de aquellos y aquellas que trajeron a nuestro continente los carismas de los cuales somos depositarios; y su decadencia o muerte es decadencia o muerte de nuestra orden, congregación o instituto. De todas maneras, el futuro parece poco promisorio en términos numéricos.

Pero con todas estas reflexiones también viene a mi mente un nuevo pensamiento, ¿no será que preocupados por el futuro estamos eludiendo las preguntas del presente? Mas aún ¿no será que el futuro depende del presente? ¿de lo que estamos haciendo ahora? ¿de

lo que nos estamos eximiendo de hacer? En verdad que el pasado ya se fue, el futuro no es todavía, lo que es, es realmente el presente, lo que en este momento estamos construyendo, ¡eso es lo que importa! De manera que esta reflexión la quiero plantear en dos grandes alternativas: las urgencias del presente para nuestro estilo de vida y las llamadas del futuro para la misma.

1. Urgencias del presente

Desde hoy podemos identificar que la vida religiosa está llamada, ante todo y sobre todo, a mostrarse como un real "estilo de vida"que se consolida cada día como significativo para los hombres y mujeres de hoy. Esta afirmación, así de sencilla, tiene grandes consecuencias para todos y todas, porque hemos sido formados y formadas para un "estilo de vida"diverso y de tal manera diferente a los demás estilos, que el nuestro ya suena obsoleto en el mundo de la diversidad y los pequeños relatos.

La vida religiosa durante muchos años ha buscado la uniformidad y le ha tenido temor a la diversidad. Nosotros mismos no aceptamos con facilidad la diversidad de expresiones en las maneras de comprometerse los hermanos y hermanas y muchos y muchas que han buscado compromisos alternativos y propios de las coyunturas nuevas que vivimos hoy, han tenido que hacerlos solitarios y solitarias, presionados o condicionados a dejar la institución porque las alternativas diversas no tenían posibilidad de integración creativa a la institucionalidad oficial. Con esto quiero decir que un estilo de vida en el cual la diversidad enriquece y dinamiza es lo que debemos propiciar en el presente.

Pero cuando digo estilo de vida no me estoy refiriendo a determinadas costumbres, maneras de vestir o reglamentos, horarios y otros menesteres. Me estoy refiriendo a la dinámica testimonial y carismática propia de la vida religiosa. Estamos ante la urgencia de preguntarnos con seriedad y claridad si nuestras comunidades son realmente lugares en donde el estilo, es decir, el talante, las maneras, los formas, las prácticas cotidianas, las relaciones y las búsquedas son evangélicas, eso significa, teñidas por los coloridos evangélicos que los fundadores y fundadoras quisieron dar a sus órdenes, congregaciones o institutos.

Es urgente una conversión de nuestro estilo de vida en relación con la fidelidad al Evangelio y a los carismas fundacionales vividos en tiempos de globalización y de comunicaciones satelitales. La cultura cambió a partir de la Internet y de los avances de las ciencias biológicas. Ya no podemos ser los mismos que fueron nuestros religiosos anteriores al Concilio. Es imposible, estamos en otro mundo, y para este mundo es para el cual debemos vivir de manera que podamos pensar en mundos del futuro.

Hoy es necesario un proceso de conversión personal e institucional. Personal para volver a encontrarse con todo lo que en la propia experiencia no es testimonio claro de una vida feliz. Una promesa evangélica hecha a quienes se deciden por seguir al Maestro es la felicidad, el tener mucho más de lo que se ha dejado, es decir, el ser felices. Una vida religiosa convertida es una vida necesitada de una profunda experiencia espiritual capaz de hacernos ver lo que debemos reorientar y reorganizar en la

propia vida. Pero debemos tener claro que nadie convierte a nadie, cada uno se convierte en la medida en que con humildad llega a la conciencia de sus propia debilidades, de sus limites, de sus insatisfacciones y frustraciones, de sus pulsiones desordenadas y sus sentimientos malsanos.

Mientras no se entra en la propia intimidad y se mira con realismo lo que estamos haciendo de nosotros mismos y de los demás, las actitudes que tenemos frente a la vida y la vida religiosa, frente a los demás hermanos o hermanas, no hay conversión posible, mientras en la profundidad de sí no descubramos todo lo que de mal, de desorden y desorientación de cara a la propuesta evangélica tenemos, no podremos ir a lo fundamental. La conversión como tarea personal es la posibilidad de ver modelos nuevos de vida, hombres y mujeres joviales, realizados y realizadas. Entonces, estamos colocando piso al futuro.

Los procesos de conversión personal hablan de las dinámicas de espiritualidad a las que nos queremos donar: la meditación personal de la Palabra, los momentos personales de irnos al desierto, en soledad, en búsqueda del propio ser de cara a Dios. La conversación con una Maestra o Maestro del Espíritu, diáfana, que no se avergüenza de la fragilidad sino que la confía para dejarse orientar y animar, corregir y rectificar. La orientación espiritual como camino de aprendizaje de la condición de seguidores y seguidoras de Jesús. Y para esto tenemos que convertiros del activismo, de la engreída convicción de que sin nosotros las obras no pueden marchar, de que no podemos sacar tiempo ni espacio para orar, para frenar el ritmo bucólico de cada día, y en paz con el Señor, reconocerle en el fragor de la vida. ¡Espíritu, mucho más Espíritu es lo que necesitamos hoy para que podamos empezar a reconocer el porvenir!

Este espíritu viene de la fuente primordial: de la Escritura. Tomar en serio la Palabra, gustarla, recuperar la lectio divina, no como una nueva actividad de horario, sino como la acción que realizamos en la mañana, al medio día o en la noche; en el momento que cada uno o cada una encuentre mas propicio, y precisamente porque estamos y somos muy ocupados, encontramos salida a la necesidad de alimentar la cotidianidad con los decires intensos de Dios para poder vivir de El.

Las múltiples situaciones de urgencia que vive la humanidad contemporánea, y mas exactamente el pueblo de Colombia, las angustiosas condiciones económicas que tantos y tantas tienen que vivir, el empobrecimiento acelerado de las clases medias, el desempleo, la carencia de posibilidades para realizarse humanamente, incluso las generaciones de profesionales sin presente, están exigiendo de nuestra parte la presencia de grupos humanos que a pesar de todo son capaces de encontrar el sentido en medio de las condiciones que lo niegan. Y ese sentido, lo tomamos en primer lugar de la Escritura, meditada, gustada, orada.

La significación de nuestra pertenencia a una orden viene dada por la ilusión de ser sucesores y sucesoras de los fundadores y fundadoras. Recrear el carisma es posible cuando nos hacemos interrogantes de fondo con relación a nuestra propia tradición: ¿Qué harían los fundadores si estuvieran hoy en Colombia? ¿Lo que nosotros hacemos? O,

¿estarían creando novedad? Fue la novedad de lo propuesto en su tiempo lo que produjo posibilidades de futuro, lo que hizo que hoy nosotros existamos. El sentido de pertenencia a la propia comunidad y el estar viviendo de la fuente de las palabras fundacionales, de las insistencias fundacionales y de la riqueza de nuestras reglas renovadas, será la condición que nos haga prendernos a las raíces en tiempos de relativización de las opciones.

Y es urgencia del presente, volver la mirada a las grandes situaciones del pueblo que piden una presencia para ya de la vida religiosa. En el país estamos llamados a muchas formas nuevas de presencia. En términos realistas, en, momentos de globalización y de definiciones de políticas duras para todos, tenemos que buscar incidir muchos más allí donde se deciden las condiciones de posibilidad de una supervivencia para los hombres y mujeres de la patria. La política de seguridad por encima de la justicia, de paz a partir de la imposición de la fuerza, reclama la voz de todos los que creemos que no es posible la paz sin la justicia. El momento es difícil, la situación para quienes defienden la vida y los derechos humanos se torna compleja, es necesario tener cuidado ante tantas peticiones de información que pueden señalar y crear víctimas inocentes. Unidos a todos y todas aquellos y aquellas que están luchando tercamente por la salidas de dialogo y concertación, con quienes temerosos pero firmes saben que la democracia y la participación, son más humanas que la destrucción por la violencia y la intimidación.

Pero, un asunto del presente me inquieta. El promedio de edad en nuestras comunidades aumenta vertiginosamente, muchos y muchas empiezan a sentir que a su edad ya nos son posibles compromisos mayores, y cierran su pensamiento y su creatividad y se deciden a vivir desde el anonimato y la pensión anticipada. Lo lamento, pero creo que, precisamente en la medida en que pasa y se avanza en la vida se tienen también posibilidades nuevas de seguir creando y seguir buscando, asumiendo los límites propios del desgaste del cuerpo pero manteniendo la lucidez y la vigilancia que se amplían con la experiencia de la vida. Si algunas edades significan retiro forzoso y claudicar ante las luchas del presente, entonces no podemos comprender cómo un hombre, anciano y dolorido como lo es el Santo Padre, sigue presente todavía, más allá del dolor, para mostrar que es necesario saber vivir de pie, hasta el último día.

Grandes hombres y mujeres de la vida religiosa en el pasado, han dado lo mejor de sí mismos en los últimos días de sus vidas. Y esos son los modelos que debemos mirar y las dinámicas que tenemos que saber recrear. Una vida realizada, que a pesar de las contradicciones del presente sigue provocando mejores días, es el mejor aliciente para el futuro y el mejor testimonio para las nuevas generaciones del presente, agotadas en la ilusión de lo provisorio y saturadas por la inmediatez y la imagen pasajera.

2. Y el futuro?

Lo anterior nos insinúa por dónde va el futuro. Considero que hacia el futuro la vida religiosa será: minoritaria, radical y testimonio de alegría.

Minoritaria porque las situaciones del

mundo contemporáneo señalan constantes contrarias a las búsquedas de la vida religiosa: rechazo a la lucha, sacrificio y esfuerzo por la necesidad de vivir el instante, búsqueda de la sensación y del desahogo de deseos y tendencias de todo tipo en contraste con una vida regulada.

Minoritaria porque ahora la catolicidad ha dejado de ser cultural y está comenzado a definirse como opción personal y comunitaria. El auge vertiginoso de las nuevas denominaciones religiosas está planteando un reto, no solo a la Iglesia Católica, sino también a los mismos creyentes quienes van experimentando la necesidad de definirse en sus opciones de Iglesia. Y entonces, las vocaciones no vendrán como parte de las posibilidades de realización que son bien vistas por los demás sino como decisión personal de cada uno, y necesariamente su número será reducido.

Minoritaria porque las exigencias de radicalidad no pueden ser para todo mundo sino para aquellos que decididamente quieren asumir una existencia que busca la vivencia correcta de los valores. Esta minoridad de la vida religiosa no se refiere primordial y exclusivamente a su número sino a la consideración de una existencia evangélica que no vive de la búsqueda del poder sino de la minoridad jesuánica que expresada en el gesto de lavar los pies a los discípulos.

En el futuro la vida religiosa será radical

Radical porque vivirá de las raíces y no de las ramas, porque deberá centrarse en lo fundamental evangélico. Alimentada por la palabra santa y por la espiritualidad y el carisma de la propia orden o congregación, ella está llamada a ser exigente para consigo misma siendo comprensiva para con todos aquellos y aquellas a quienes sirve. La radicalidad de la vida religiosa no la comprendo en términos morales de perfeccionismos inexistentes en el ser humano sino en la presencia de una vida que busca con verdad, y no con buenas palabras o discursos, configurarse con Cristo el Señor. Vivir en la justicia, la verdad, la solidaridad, la defensa de la vida y la relación humana en la construcción de la paz. Una vida que desde ya hace presente el Reino se consolida como nueva expresión de la misma comunidad cristiana de los orígenes

Radical porque todo lo que conlleve de exigencia, de sinceridad y claridad, de coherencia y honestidad no viene impuesto desde fuera sino internalizado y gozosamente vivido. De allí que el hombre o la mujer que se forman hoy para ser religiosos tienen que vivir serios e intensos procesos de vuelta sobre sí, de reconocimiento de la propia humanidad para comprender el sentido de lo humano como búsqueda serena de lo divino.

Radical porque la aceptación de la contingencia, de la incertidumbre y el error a los que se encuentra abocada la existencia humana generan dinamismos realistas y serenos de transformación que no eluden las exigencias y los esfuerzos, la búsqueda de ayudas y la asistencia espiritual sostenida a lo largo de toda la vida.

Y la vida religiosa será testimonio de felicidad

Feliz porque seguir a Jesucristo se convierte en fascinación que engloba todo lo que se es y lo que se busca.

Feliz porque en la respuesta al seguimiento se descubre que la comunidad fraterna como construcción de la unidad en la diversidad es la que genera una vida de hogar en donde la existencia con todos sus altibajos se construye en la solidaridad, el diálogo y el amor fecundo. Entonces la vida comunitaria es exigente, pero no es un fardo sino el lugar de expresión de la comunión por la fe, por la misma confesión del Uno y por la misma experiencia de la vida trinitaria expresada en las acciones cotidianas.

Feliz porque el mundo de hoy necesita testimonios de alegría, de jovialidad y entusiasmo en la entrega. El estress, el mal humor, los rostros amargados de religiosos y religiosas serán remplazados por personas serenas, realistas, entusiastas, que siempre tienen una propuesta diferente y una alternativa de sentido renovadas. Jovial, intensamente jovial.

Alegre a la manera de los pobres que saben vivir el espíritu de fiesta a pesar de los infortunios mayores que los sistemas dominantes les imponen. Pero como a ellos, a la vida religiosa ninguna situación será capaz de quitarle la esperanza, sino mas bien invitación a siempre reencarnar los huesos secos a la manera de la metáfora anticotestamentaria.

Alegre y feliz porque se actúa en gratuidad y por fascinación y no por obligación. El cumplimiento de los votos, la participación cotidiana en la oración, la meditación de la Escritura y de la propia vida, el examen cotidiano del comportamiento, la contemplación en soledad y en la presencia eucarística, el compromiso con la misión de hacer presente el Reino, el desarrollo de la capacidad de inventiva para ir gestando procesos nuevos y diversos de presencia evangelizadora, todo eso nos va haciendo hombres y mujeres realizados y realizadas en la vivencia de sus ideales. Me permito decirlo con una expresión un poco populachera: "alguien que no se cambia por nadie"

Minoritaria, radical y feliz, la vida religiosa desarrollará algunas expresiones nuevas de vida:

- Comunidades pequeñas, de vida en común como la gente del común:

hombres o mujeres insertes en el mundo corriente del trabajo, de acuerdo con sus especialidades, pero comprometidos y comprometidas con todas las luchas de mejora de la calidad de vida del gremio al que pertenecen y de las comunidades cristianas en medio de las cuales se desarrolla la vida. La vida religiosa femenina, sobre todo, ganará en mayoría de edad, en autonomía de cada persona y en adultez y capacidad de incidencia en los distintos sectores desde los cuales se proyecte.

Desde aquí, ya no se necesitarán instituciones propias porque nuestra inserción en otras instituciones hace mas llamativo nuestro testimonio y más libre nuestra palabra comprometida con la defensa de los intereses de todo

hombre o mujer oprimidos.

- Comunidades intercongregacionales:
en comunión de carismas evitando la promoción de ghetos de autosuficiencia que tienen resuelto al interior de sus propios sistemas todos los problemas y todos los asuntos.

- Comunidades integrando laicos y laicas que buscan con nosotros la vivencia del carisma y la espiritualidad manteniendo su vida laical:
entonces la identidad del propio estilo de vida será lo que nos ayude a crecer mutuamente en la libertad de nuestra vivencia vocacional y en urgencia de testimonios claros y fuertes para sociedades violentas e irrespetuosas de la libertad y de la vida de los humildes.

- Comunidades insertas eludiendo discusiones ideológicas y racionalizaciones que amargan el espíritu, en las pobrezas de siempre y en las nuevas pobrezas:
drogadictos, gente de la calle, ancianos abandonados, periferias, organizaciones de apoyo a sidáticos, alcohólicos, depresivos o enfermos mentales.

- Comunidades insertas en los gremios de la cultura:
universitarios, académicos, científicos y artistas. Los mundos del trabajo y la cultura recibiendo la presencia de religiosos y religiosas al día con los grandes asuntos de esos mismos mundos.

Y la formación:

Entonces los religiosos y las religiosas se formarán como se forma la gente del común, como se forman los jóvenes luchadores y no como se forman los hijos de los ricos. Asumiendo los limites que conlleva el costo de sus estudios, aportando en la medida de lo posible con su trabajo a su propio sostenimiento una vez se es religioso adulto, buscando integrar vida espiritual, académica y apostólica como lo hacen los jóvenes que estudian, trabajan y se comprometen en el apostolado.

Se centrará en tres ejes: la vivencia cotidiana de la Palabra de Dios, la asimilación del carisma, espiritualidad y misión de la comunidad u orden y la atención al tiempo vivido. Así, vuelve a lo fundamental de gestar un hombre o una mujer apasionados por Cristo, por el Reino y por el aporte de su comunidad a la transformación de este mundo según la mente del Señor. V

El concepto de justicia en la recreación de la praxis de la Vida Religiosa en Colombia

Héctor Manzano Rodríguez, S.D.B.

Plantear la consideración de la justicia desde la vida religiosa, frente al contexto nacional vivido actualmente, parecería redundante y aún injustificado para algunos, dado que dicho tema se viene retomando hace ya muchos años; sin embargo, lo que justifica nuestro planteamiento en torno a la consideración de la justicia es precisamente la realidad injusta que vive nuestra nación, los procesos progresivos de empobrecimiento y los retos angustiantes que de ahí se derivan, para que la vida religiosa colombiana realice su misión evangelizadora.

Además, es importante plantear la problemática vivida por la justicia en un mundo donde algunos arguyen el derecho de ser los jueces de las naciones, a costa de la vida de muchos, como ocurrió en la reciente guerra de los países "aliados", encabezados por Estados Unidos, frente a la invasión de Irak y el sometimiento de la población. También el contexto colombiano nos ha planteado el dilema de la justicia para unos y exoneración para otros. Piénsese, por ejemplo, en el proceso 8000 vivido frente a la corrupción política de nuestros gobernantes y la facilidad de su exoneración y perdón públicos; o en el juicio que la nación está entablando frente a los militares que se apropiaron de un dinero de la guerrilla de las FARC (más de 40.000.000 millones de pesos), frente al cual se dieron a conocer las más variadas posturas ideológicas y axiológicas, en donde muchos sostienen que la justicia en Colombia y su peso, "es para los de ruana".

Por tanto, hablar y sostener una reflexión seria sobre las implicaciones de la situación en torno a la justicia en Colombia y la forma como la vida religiosa asume el compromiso por la justicia no resulta fácil, pero sí urgente y necesario. Añádase a esto los fenómenos que vivimos de la violencia paramilitar, la violencia generada por la guerrilla y las múltiples formas de violencia institucional registradas en el Gobierno Uribe que atentan para la construcción de la justicia en Colombia (Cfr. Análisis de Amnistía internacional en lo concemiente a Colombia de mayo de 2003).

De otra parte, el seguimiento histórico de Jesús "el justo por excelencia" y "justicia de Dios", nos interpelan a la búsqueda de caminos reales y posibles para la praxis de nuestro país y de nuestro Continente Latinoamericano.

UNA APROXIMACION A LA CONCEPTUALIZACION DE LA JUSTICIA

Un primer paso a realizar en el planteamiento de la problemática es el de acercarnos a lo que se entiende por justicia puesto que, en múltiples ocasiones, se da por supuesto una adecuada comprensión de su significado.

Resulta problemático plantear una única definición de la justicia, en una realidad heterogénea con diferentes contextos no sólo geográficos sino sociales, económicos y culturales; la justicia aparece como una abstracción de la realidad humana, que busca la edificación de la persona y la comunidad vivida por todos los hombres y al mismo tiempo favoreciendo a cada uno de ellos. No se pretenderá abordar acá un recorrido histórico por las diferentes concepciones de justicia, dado que no es el objetivo último de este ensayo, pero si se tendrá presente ese carácter dinámico y evolutivo de una realidad existencial vital para la edificación de la comunidad humana.

Siguiendo el planteamiento de algunos teóricos y especialistas, podemos aproximarnos a un concepto sintético, pero complejo, de la justicia y, a su vez, diferenciando las concepciones de justicia, lo cual conlleva que una cosa es hablar del concepto de justicia y otro de las diversas formas de justicia. Al respecto Carlos Nino siguiendo a John Rawls afirma: "Rawls caracteriza el concepto de justicia indicando que él se refiere a un balance apropiado entre reclamos competitivos y a principios que asignan derechos y obligaciones y definen una división apropiada de ventajas sociales. A su vez, las concepciones de justicia como la que él mismo propicia, son las que interpreta el concepto, determinando qué principios determinan aquel balance y esa asignación de derechos y obligaciones y esta división apropiada".[1]

La aproximación a la concepción de la justicia nos plantea el tener presente algunos elementos importantes tales como por ejemplo, el carácter subjetivo y objetivo de la definición de la justicia, los intereses subyacentes a los modelos de justicia, los conceptos desde los cuales se aborda la justicia y otros tantos que podríamos mencionar. Sin embargo, se quiere enfatizar que el valor de la justicia está relacionado con la idea de asignación de derechos y obligaciones o de beneficios y cargas entre los diversos individuos de un grupo social (Cfr. Carlos Nino).[2]

Por tanto, se ha de tener presente que la aproximación a la justicia puede estar cargada por las más variadas posiciones que aún pueden estar contrapuestas entre sí: se trata de acercarnos a la justicia desde lo que ella nos aporta como valor pero al mismo tiempo como una experiencia objetiva y viable desde los grupos humanos. Se hace necesario hacer una aproximación fenomenológica a la práctica del discurso sobre la justicia.

No debe olvidarse, además, que la tendencia a justificar nuestras acciones lleva a desarrollar pautas que rigen esta justificación, luego hay que presuponer los criterios, reglas y valores que determinan cuáles razones son válidas en el contexto de esa práctica. Lo anterior se expresa en el tipo de configuraciones que se han venido

gestando en relación con la justicia, entre ellas las configuraciones premodernas (que asocian las razones últimas con los dictados de una divinidad, de un cacique o de la tradición) y las configuraciones a partir de la modernidad (que implican la posibilidad de someter a crítica toda prescripción o convención sobre la base de principios ideales aceptables desde una perspectiva imparcial).[3]

Surge así, la necesidad de ahondar fenomenológicamente en la concepción de la justicia desde la perspectiva cristiana fundamentada en la revelación bíblica, el acontecimiento fundante "Jesucristo, y la experiencia modélica de la comunidad cristiana primitiva, teniendo presentes las anteriores consideraciones que nos llevan a desmontar los a priori de justicia elaborados o preconcebidos por esquemas mentales momificados. La tradición de la Iglesia nos recuerda esa fuerza vital y recreadora de la historia salvífica asumida por la comunidad eclesial en el seguimiento de Cristo.

EL CONCEPTO DE JUSTICIA DESDE LA EXPERIENCIA CRISTIANA

Si se considera el concepto de justicia subyacente en la experiencia cristiana se encontrará una veta enorme para dar unas sólidas bases para la edificación de una humanidad que vive y práctica la justicia. Mucho más difícil será, y ciertamente, una labor titánica aproximarse a las distintas concepciones de justicia veterotestamentarias y neotestamentarias de la Sagrada Escritura. Dado el carácter de este escrito se tratará de realizar una panorámica de los aspectos fundamentales que la Sagrada Escritura y la tradición de la Iglesia nos brindan para poder diseñar un concepto de justicia.

El punto de partida es Jesucristo en el cual se muestra la justicia de Dios, es más, Cristo es justicia de Dios. La existencia histórica y el anuncio del reinado de Dios constituyen la irrupción del nuevo **eschaton** para los hombres de todos los tiempos; la praxis de Jesús en torno a la justicia resuena intensamente en la vida de sus seguidores, en la proclamación del evangelio y desde luego, en los dichos y hechos de Jesús, de una manera muy especial en las parábolas de Jesús. Se trata pues, de la encarnación como experiencia salvífica y creadora del hombre que lo lanza a asumir la propia historicidad.

Jesucristo, justicia de Dios, es palabra elocuente para todos los hombres y para la concreción de lo justo en la historia, dado que su vida expresa el modo de proceder de Dios hacia el hombre, pero aún más admirable resulta como el Dios hecho hombre actúa justamente frente a sus coetáneos; la praxis desencadenada y vivida por Jesús entra a cuestionar la injusticia personal e institucional vivida en su época, aún en los líderes religiosos; su palabra es veraz por cuanto produce frutos de justicia y la conversión del corazón de los hombres: Jesucristo es justificación para todo hombre. En la kénosis de Jesús se muestra de manera admirable la revelación solidaria y salvífica de Dios hacia el hombre y el paradigma de la justicia entre los hombres, pasando por la cruz y el sufrimiento generador de vida.

No podemos tampoco olvidar elementos

trascendentales dados en el antiguo testamento, que nos ayudan a la configuración del concepto de justicia desde la perspectiva cristiana. Entre ellos de manera especial sobresale el ámbito que posibilita la justicia, el derecho, y el modo con que Dios quiere que proceda el hombre, es decir la justicia; el templo, la ley y el culto son ámbitos en donde se desarrolla la justicia, pero paradójicamente llegan a ser causas de injusticia, por la praxis desviada en su sentido profundo y por la pérdida del sentido por parte de quienes están llamados por el Señor a ser su pueblo. Por tanto, se tiene que ver cuidadosamente para la construcción del concepto de justicia la nueva actitud de Jesús frente a las instituciones judías decadentes y el aporte original que se constituye en relanzamiento de unos nuevos modos de ser y actuar dentro de esas realidades.

Para el pueblo de Israel no es posible vivir la justicia si no hay un ámbito o contexto que permita que se desarrolle. Así, entendemos la crítica profética frente a la monarquía decadente en Israel o la denuncia frente al olvido de Dios por parte de su pueblo. También sería interesante realizar el rastreo de la resignificación y la recreación del sentido de la ley en el libro del Deuteronomio, como un relanzamiento para el pueblo que se ha apartado de Dios pero ha levantado su rostro y quiere ir al encuentro de Él.

Este breve esbozo nos ayuda a pensar la justicia como una realidad enmarcada en la vida de la persona y de la comunidad desde sus referentes concretos tales como la familia, el grupo social y la cultura. Además, en consonancia con la primera parte de este escrito, se nos invita a superar una concepción intimista del concepto de justicia: la justicia se construye desde los principios que asignan derechos y obligaciones; así como desde los reclamos competitivos necesarios para la edificación social. El pueblo de Israel y la comunidad cristiana primitiva son conscientes de que su praxis no tiene sentido sino en la historia concreta de la comunidad y, por tanto, la justicia no se entiende como una entelequia o una abstracción categórica, al contrario se trata, por una parte, de una experiencia permanente fundamentada en el modo como Dios procede con Israel amándolo, guiándolo, liberándolo y conduciéndolo, así como perdonándolo, y cómo Jesús se muestra a los suyos aún a los que lo rechazan, amándolos, sanándolos, liberándolos y transformándolos: "Jesús hace creíble la justicia de Dios porque la articula en su comunidad, la propone a los suyos y la hace aflorar en el corazón del hombre y en la comunidad de sus seguidores".

Jesucristo revelación de Dios y del hombre es el fundamento de la justicia en filiación y fraternidad, con todo lo que ello comporta, entre otros la valoración de la dignidad humana, el respeto al otro y su reconocimiento. Al mismo tiempo su experiencia salvífica comunica un nuevo sentido a toda la praxis humana, relanza el sentido de la esperanza y hace viable la utopía de la justicia: el Reino de Dios esta en medio de vosotros.

LA JUSTICIA DESDE EL AMBITO QUE LA POSIBILITA Y SU PRAXIS

En este acercamiento que se realiza a la concepción de la justicia, téngase

también presente el aporte de la concepción deontológica desarrollada por Kant, en una primera instancia, y retomada y enriquecida por John Rawls, en donde los principios que rigen la vida del hombre parten de la autonomía, son categóricos, porque superan y no están condicionados a deseos, y emergen como universales dado que implican a todos los hombres; resuena en el fondo el famoso imperativo categórico de Kant "obra sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne ley universal"[4]. Por parte de Rawls, ha de valorarse el interrogante que hace al aplicar los principios universales a la estructura básica de la sociedad, lo cual conlleva ver a la justicia con equidad. Otros aportes realmente importantes lo constituyen los dos principios de justicia construidos desde los principios de racionalidad, a saber: el que cada persona debe tener un derecho igual al sistema más extenso de libertades básicas que sea compatible con un sistema de libertades para todos y, el principio que prescribe como las desigualdades sociales y económicas deben ser dispuestas de modo tal que sean para el mayor beneficio de los que se encuentran en posición social menos aventajada y que deban adjudicarse a posiciones abiertas a todos bajo condiciones de una equitativa igualdad de oportunidades[5].

Los anteriores postulados teóricos nos llevan a pensar en las condiciones posibles para la praxis de la justicia y, al mismo tiempo, ver su viabilidad en una sociedad marcada por grandes desigualdades y diferencias, como lo es la sociedad colombiana y como lo puede ser la vida religiosa que quiere dar respuesta a ella.

No es novedad indicar las grandes desigualdades inherentes en una sociedad marcada por el neoliberalismo en donde los procesos de empobrecimiento se aceleran progresivamente, en donde los índices económicos y los "supuestos aumentos en dichos índices" favorecen a los estratos privilegiados y pudientes, mientras que los índices de desplazamiento, pobreza y marginación son sutilmente presentados. La vida religiosa colombiana no puede construir en el aire el concepto de justicia, y mucho menos desarrollar una praxis por la justicia desde los escritorios y las comodidades que en este momento posee: es necesario reubicar la vida religiosa en la praxis de la justicia, lo cual conllevará que sea voz profética para toda la Iglesia de Colombia. Por otra parte, resulta inquietante el silencio guardado por la jerarquía eclesial y algunos sectores de Colombia frente al apoyo dado por el Gobierno Uribe a la guerra contra Irak, apoyando a Estados Unidos mientras que el Papa denunciaba abiertamente el carácter injusto de dicha posición, así como el apoyo a la política que quiere "erradicar" la violencia en Colombia con ríos de sangre.

Por tanto, nos ubicamos en un contexto no teórico sino experiencial: el terreno de la reconstrucción de Colombia desde la recreación de los fundamentos de la vida consagrada, uno de ellos imprescindible: la justicia. La vida religiosa en una sociedad desigual ha de favorecer la defensa de la dignidad humana, el desarrollo de la libertad, la praxis de la solidaridad y la denuncia de la injusticia de cualquier índole. La vida religiosa dentro de la Iglesia ha de trabajar activamente en la reconstrucción del tejido social.

La Iglesia no puede abdicar a la lucha

por la justicia, aunque ello represente dar la vida como lo hizo Monseñor Isaias Duarte Cancino y tantos religiosos y religiosas silenciados en nuestro país. El silencio es condescendencia, por tanto, se ha de denunciar la violencia paramilitar, guerrillera e institucional así como la corrupción estatal. La vida religiosa debe ser voz de los sin voz, y así ha de recrear los fundamentos de la vida consagrada unida a la praxis de Jesús y a la Iglesia primitiva: asumamos la vivencia de la justicia.

Finalmente, téngase presente que la justicia se halla en relación directa con otros valores fundamentales y experiencias posibilitadoras de vida, tales como el valor de la libertad, la igualdad (no entendida como uniformidad) y con la legitimidad política, entre otras. Ciertamente considerar estas realidades implicaría realizar otros ensayos, pero es importante señalar claramente que la justicia no deviene sola y por tanto hay que autoimplicarla con la praxis humana.

No se puede construir la justicia democráticamente si hay condiciones que imposibilitan el diálogo y la búsqueda conjunta de horizontes justos, así como tampoco será factible hablar de justicia si no se es justo, si se silencia, reprime o acalla lo que aparece como distinto; la mayoría de edad señalada por Kant, es un posibilitador en la concepción moderna para generar la justicia y de manera especial, nos permitirá pensar nuestra realidad como religiosos de una manera distinta, superando los modelos anacrónicos y preconcebidos de justicia.

Algunas pistas para permitirnos pensar la justicia desde la vida religiosa han sido ya señaladas, otras muy importantes son: la meditación asidua y seria de la Palabra de Dios con sus inquietantes cuestionamientos que no deben ser acallados; las celebraciones vitales y encarnadas en la historia sufriente de nuestro país acompañando a nuestros hermanos que sufren el desplazamiento, la persecución o la explotación; también, una central será el que podamos los religiosos y laicos ser "signos creíbles de la justicia de Dios" mostrada en Jesucristo desde nuestras comunidades. Tenemos que caminar en la construcción de una ética, aunque suene paradójico, de lo justo, que asuma el testimonio martirial de la Iglesia primitiva y que nos permita ser transformadores de la situación de muerte que vive nuestro país generando y haciendo viable "el Reino de Dios y su justicia". V

PADRE HECTOR MANZANO RODRIGUEZ SDB.
Comisión de Reflexión teológica de la CRC

---

[1] Nino, Carlos. Justicia. EN: El derecho y la justicia. Editorial Trotta: Consejo Superior de investigaciones científicas, Madrid, 2000. (Colección Enciclopedia Iberoamericana de filosofía, II), p.467-480.
[2] Cfr. Ibid.
[3] Cfr. Ibid. p. 470-471
[4] Cfr. Ibid. p 474.
[5] Cfr. Ibid. 475

La espiritualidad inculturada como posibilidad de una respuesta a tanta violencia

José Uriel Patiño Franco, O.A.R.

Entre bambalinas: unas palabras para comenzar

En el folclor colombiano hay una canción que en su letra habla de una "maldita violencia" que no permite que "reine la paz". En estos días, cuando el mundo se convulsiona con una guerra, una verdadera pérdida para la humanidad, y muchos seres humanos, hombres y mujeres, la apoyan, y otros tantos la protestan invitando a diferentes tipos de boicots, es importante hacer un alto y proponer una reflexión sencilla y sincera, con deseo de despertar en el lector la posibilidad de analizar la experiencia personal de su comunicación con Dios, de su espiritualidad en un contexto particular como posibilidad de una respuesta a tanta violencia, que muchas veces comienza por la persona misma, desde donde arranca toda una espiral que lleva al odio, el rencor, la destrucción, la violencia.

Es nuestro deseo impostar esta reflexión teniendo como varios telones de fondo o referencias epistemológicas que permitan encuadrar mejor el texto que proponemos en torno a la espiritualidad inculturada como una posible respuesta a la trágica experiencia de violencia que el ser humano sufre, padece, vive y soporta. El primero son las cinco líneas inspiradoras de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR): renovada opción preferencial por los pobres; el mundo de los jóvenes; la mujer y lo femenino; espiritualidad encarnada, liberadora e inculturada; y nueva eclesialidad.

El segundo telón sería el proceso de "volver a lo fundamental" con "fidelidad creativa" que está viviendo la vida religiosa y/o consagrada en América Latina a la luz del texto bíblico de Lucas 24, 13-35 "Por el camino de Emaús", con sus tres etapas: la memoria desde el presente, los desafíos del contexto latinoamericano y caribeño (los signos de los tiempos), y proyecciones y prospectivas de un volver a lo fundamental, de la refundación, de un volver a Jerusalén, sin olvidar que el camino es el símbolo más universal de la existencia humana toda vez que "sentirse en

camino es estar en movimiento, orientado y proyectado hacia delante. Cuando alguien puede narrar su vida como un camino, está haciendo una confesión de fe: la ve organizada en tomo a un sentido, atravesada por una dirección"[1].

El tercer telón de fondo sería la invitación que hace la Conferencia de Religiosos de Colombia (CRC) para que en el 2003 experimentemos que impulsadas e impulsados por el Espíritu seamos capaces de recrear con fidelidad y audacia los fundamentos de la vida consagrada, teniendo presente que "las mejores acomodaciones a las necesidades de nuestro tiempo no surtirán efecto si no están animadas de una renovación espiritual, a la que hay siempre que conceder el primer lugar"[2].

Un cuarto telón de fondo sería la cuestión de la inculturación que, en palabras del padre Pedro Arrupe, puede ser definida como "la encarnación de la vida y del mensaje cristiano en un determinado contexto cultural, de tal forma que esta experiencia no sólo encuentra expresión a través de los elementos propios de la cultura en cuestión; también se convierte en un principio que anima, dirige y unifica la cultura transformándola y rehaciéndola como si naciese una nueva creación". En el fondo, existe una teoría y una praxis, que de alguna forma se autoimplican.

Finalmente, como un quinto telón, y ya en un contexto más amplio, conviene recordar que la espiritualidad contemporánea ofrece cinco líneas distintivas concretas: la espiritualidad como opción fundamental y horizonte significativo de la existencia, la espiritualidad como experiencia de Dios, la espiritualidad como compromiso en el mundo, la espiritualidad liberadora y la espiritualidad comunitaria[3]. De estas líneas distintivas se desprende el futuro de la espiritualidad que tiene en la persistencia de las dimensiones personalista, experiencial, histórica, liberadora y comunitaria un gran filón en el cual se puede profundizar.

Primer acto: dos elementos de una espiritualidad inculturada

Vivimos en un mundo de culturas: andinas, indígenas, autóctonas, mestizas, criollas, occidental, etc.; la cultura nos invade a través de los medios de comunicación. También existe una especie de cultura chauvinista que niega a las demás culturas el título de cultura. La cultura, que para el Vaticano II es "todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales"[4], influye en mi modo de vivir y expresar mi fe, mi experiencia de Dios, mi espiritualidad; por eso mismo la espiritualidad debe ser inculturada, es decir, debe saber entrar en la cultura, pero descubriendo y señalando los elementos que probablemente puedan entrar en disconformidad con lo que es mi cultura; en este sentido la inculturación es un camino dialéctico en el cual la dinámica de la alteridad juega un papel decisivo.

En términos un tanto sociológicos, asumidos en un lenguaje popular, a veces con connotaciones espirituales, se podría decir que el primer elemento de la inculturación es la inserción, compartir la vida, generalmente del pobre, en todo pero con una gran limitante o una

estupenda salida: siempre queda abierta la posibilidad de regresar a nuestro anterior lugar. En la vida religiosa esto puede suceder con relativa frecuencia, máxime cuando en unas ocasiones la inserción es vista como un "ir a vivir junto a los pobres", apareciendo más como unos ricos disfrazados de pobres que como unos pobres que queremos entrar en solidaria sintonía con las vivencias, las creencias, la organización, el pensamiento, las actitudes de los pobres. En otras ocasiones, no descubrimos los valores de los pobres, sus mitos, sus ritos, sus fiestas, su manera de celebrar la fe, sino que nos convertimos en pregoneros de sus resentimientos, perdiendo la oportunidad de dar un testimonio de la esperanza que les podemos ofrecer. Inculturar nuestra espiritualidad es algo más que "asumir" las líneas inspiradoras, es vivir a plenitud la experiencia del amor de Dios en las crestas de la profecía, en un respetuoso encuentro de libertades en las anchas autopistas de las enseñanzas del profeta de Galilea, de Jesús, el judío marginal, el Dios humanado, encarnado, "inculturado" podríamos decir, que no tuvo problemas para hacerse hombre sin dejar de ser Dios.

Entrando al campo espiritual, es más conveniente hablar ya no de inserción sino de encarnación, no es vano "la encarnación es el modelo de la inculturación"[5]. Con la encarnación "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan 1,14) se reveló en la vida concreta de un carpintero judío; vivió su cultura como cualquiera, la cumplía en su quehacer diario y la festejaba en sus fiestas. El Hijo de Dios se hizo hombre, se hizo uno del pueblo, se hizo cultura y en ella reveló que Dios está presente en todos los seres humanos, en todos los pueblos, en todas las culturas. Ahora, si nosotros deseamos que nuestra espiritualidad esté de verdad inculturada es preciso asumir las actitudes que tuvo Cristo, enseñar como él enseñó, amar como él amó, perdonar como él perdonó, anunciar la liberación como él la anunció, transformar la historia y la sociedad no a través de discursos sociológicos, como los tantos que había en su tiempo y como los tantos que hoy existen, sino a través de un amor generoso que se entrega hasta el fin y permanece para siempre "Yo estoy con ustedes todos los días hasta que se termine el mundo" (Mateo 28,20), superando aquella herida original que nos desgarra y afecta porque nos da miedo que no seamos capaces de amar ni de sentirnos amados y amadas.

De ello se deduce que una espiritualidad encarnada e insertada debe crear y generar, como mínimo: un trabajo por la justicia estructural, una sensibilidad ecológica, una adecuada construcción participativa de la comunidad humana, una experiencia de transparencia e intimidad responsable, y un reconocimiento de la radical dignidad e igualdad común que compartimos; en una palabra, es una verdadera excursión, un salir de..., donde nada está hecho, nada se espera, todo se construye, pero sobre unas bases previamente estipuladas para no perder el horizonte, para que la orientación sea precisa y así se pueda buscar una verdadera liberación que en ocasiones puede tener visos de confusión. Sólo así, la vida religiosa en la línea inspiradora de la espiritualidad podrá recrear la identidad primigenia de los carismas, podrá volver a lo fundamental, volver a descubrir esa manera nueva para encarnar la vida cristiana centrada en la enseñanza de Cristo y el seguimiento de ese mensaje, sin olvidar que nuestra vida es "una participación en la acción de Dios que, mediante el

Espíritu, despierta en el corazón los sentimientos del Hijo"[6].

Segundo acto: el amor, rostro de Dios para un mundo violento

En el texto de los discípulos de Emaús (Lucas 24,13-35), existe una expresión que pocas veces se reflexiona "¡Qué poco entienden ustedes y cuánto les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas!" (v. 25). Palabras duras, difíciles de digerir, y por ello mismo nos centramos en otra cosa, giramos la página y miramos hacia otro lado, nos desentendemos del asunto, olvidando que los lentos e incrédulos somos nosotros. La incapacidad para entender y la dificultad para creer se debe, en gran medida, a que no se ha descubierto verdaderamente el amor y todo lo que ello implica. Debido a esto quiero proponerles un texto sencillo que nos sirve de complemento para seguir adelante en nuestro "Camino de Emaús", volviendo a lo fundamental: el mandamiento más importante según Marcos 12,28-34.

Para nuestra reflexión sólo vamos a tomar los versículos 29-31. A la pregunta que le formula un Maestro de la Ley, Jesús responde: "El primer mandamiento es: Escucha Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Al Señor tu Dios amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas. Y después viene éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay ningún mandamiento más importante que éstos".

En la formulación de Moisés no aparece el primer mandamiento (Éxodo 20,1-21), y tal como lo enuncia Jesús sólo aparece en Deuteronomio 6,4-9; esto se debe a que no es un mandamiento como los demás, porque los mandamientos señalan obras precisas que se deben hacer, en cambio en el "amar a Dios" nunca terminarán las exigencias porque ese amor supera las exigencias de la conciencia, que impide sentirnos "buenos" y "buenas" porque cumplimos los mandamientos ya que esas normas son las exigencias mínimas que se le hicieron a un pueblo primitivo hace treinta siglos. Por lo anterior es preciso que quienes nos hemos consagrado a Dios en la vida religiosa más que fijarnos en el catálogo de los mandamientos, lo cual ya es importante, deberíamos meditar el primer mandamiento sin el cual los demás no tienen sentido; en otras palabras, sería importante que nos encontráramos no tanto con los mandamientos de Dios como con el Dios de los mandamientos.

Otro tanto podemos decir del "amor al prójimo" que tampoco aparece en el texto de Moisés de Éxodo 20; éste se encuentra en Levítico 19,18: "amarás a tu prójimo como a ti mismo". Hermosa lección del Divino Maestro, no inventó nada, simplemente recordó todo, plenificó la ley porque el prójimo ya no es sólo el connacional como da a entender el Levítico, sino todo hombre necesitado (Cf. Lucas 10, 25-37).

Amar a Dios con el corazón, con el alma, con la inteligencia o con la mente y con las fuerzas, da a entender que es un amor total, un amor que implica todo: la vida de oración, el compromiso, el estudio, el apostolado; es una confianza absoluta, una entrega sin reservas, un hundirnos en el abismo de la misericordia divina.

Tercer acto: motivando un compromiso personal

Los dos primeros actos son como una especie de pautas de orientación para que el lector pueda construir el último acto, el más importante porque se lleva toda la vida. La búsqueda de la paz, de una respuesta a la violencia desde una perspectiva espiritual, puede ser uno de los más importantes actos del ser humano, del hombre o de la mujer que, como diría Shakespeare, descubre que el mundo es un escenario donde él o ella es el o la protagonista; y ojalá que su protagonismo no sea simplemente participar en marchas o en manifestaciones externas que corren el peligro de ser eso precisamente: pura exterioridad.

Teniendo presente las ideas compartidas, a la luz de las cuales podemos inferir que la espiritualidad inculturada es una espiritualidad hecha vida, cada uno y cada una puede elaborar su propósito personal para trabajar desde su experiencia a favor de la paz, aquella paz que la violencia trata de opacar.

Para la elaboración de ese compromiso, se debe tener presente que la espiritualidad inculturada es una vivencia espiritual desde la vida, con la vida y para la vida del ser humano; un entrar en la dinámica de Dios recordando que Él obra en la historia con, a través de, a pesar de y, a veces, en contra del hombre, pero nunca sin él[7]. En otras palabras es una espiritualidad inserta y encarnada, que sale al encuentro, que encuentra, que da la mano, que libera, que tiene la fuerza necesaria para hacer nuevas todas las cosas. V

JOSÉ URIEL PATIÑO FRANCO, OAR.

---

[1] *Revista Testimonio*, 195, enero – febrero de 2003, p. 3.

[2] Perfectae caritatis, 2.

[3] Cf. De Fiores, Stefano y Goffi, Tullo (dirs.), *Nnevo Diccionario de Espiritualidad*. Paulinas, Madrid, 1991[4]. Voz *Espiritualidad Contemporánea*.

[4] Gaudium et spes, 53.

[5] Cf. *Catechesi Tradendae*, 53. Tomo el tema de la encarnación como algo propio de la inculturación, siguiendo lo que afirma Puebla, n. 400; asimismo respeto los conceptos antropológico y teológico que están a la base del discurso de la inculturación.

[6] Instrucción de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, "Caminar desde Cristo, un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio", 15; *Osservatore Romano*, junio 28 de 2002, pp. 5-14.

[7] Cf. Padovese, Luigi, *Introducción a la teología patrística*. Verbo Divino, Estella 1996, p. 10.

Las imágenes cinematográficas: de lo sagrado a la experiencia cristiana de Dios

Juan Carlos Cerquera, C.M.
Seminario Mayor Villa Paúl - Misioneros Vicentinos

INTRODUCCIÓN

Quién no ha soñado nunca leyendo una novela o yendo al cine? Desde la noche de los tiempos, los hombres han amado contar y escuchar historias. Aún hoy, ellas construyen, enriquecen o mueven nuestro mundo interior. Estas historias logran también modificarlo y ofrecen recursos para soportar o vivir la vida de una manera diferente. El mundo interior de los cristianos se ha alimentado permanentemente de los elementos que han construido desde siempre su imaginario: la palabra y la imagen[1]. La palabra, a través de la cual se ha hecho comprensible la revelación de Dios que se ha auto manifestado como creador y salvador. Y la imagen, por medio de la cual, el pueblo creyente ha querido perpetuar su relación de alianza con quien se le ha comunicado de manera eficaz. El patrimonio en imágenes de esa alianza es insondable y provocador. La manera como se vive y se enriquece esta herencia ha sido creadora de nuevas formas de expresión que han visto la luz en la música, la danza, el teatro y particularmente, la pintura.

El cine, fiel a su vocación de gran máquina constructora de sueños, y uno de los últimos recursos de los que se ha valido la experiencia humana para representar lo invisible, se ha convertido en un medio privilegiado por sus competencias técnicas y narrativas, *para transmitir la herencia de la Revelación cristiana.*

El cine es un lenguaje. Mediante éste el hombre se expresa a sí mismo, tratando de representar de la forma más coherente posible, las cuestiones epocales que animan su existencia.

El cine participa con pleno derecho en la representación de las preguntas fundamentales que desde siempre han pertenecido al legado humano. Una de ellas, se refiere a su relación con lo divino, con el totalmente Otro, con Dios.

No abordaremos en esta charla, la inagotable y pasional relación del patrimonio cristiano con la historia del cine[2]. Aquí intentaremos indagar lo concerniente a la respuesta de las

preguntas sobre lo sagrado y como éstas no pueden dejar de un lado el apoyo de las imágenes cinematográficas, y cómo éstas a su vez pueden revelarse valiosas para un encuentro del hombre con lo sagrado. Tendremos que afirmar de entrada que para un cristiano lo sagrado no es otra cosa que Dios en cuanto es a la vez accesible e inaccesible a los hombres. Sin duda El se nos revela pero al mismo tiempo se nos escapa.

Para expresar lo sagrado, será necesario insertarse en el universo de las experiencias humanas, sin humanizarlo, a fin de que El permanezca trascendente a estas experiencias. La fe cristiana afirma sin ambigüedad su trascendencia absoluta al mismo tiempo que su encarnación.

La cuestión de la relación entre el cine y la espiritualidad, en el ámbito de la formación de los religiosos y religiosas, nos pide necesariamente ahondar en algunos de los temas que se nos presentan como las bases sobres las cuales esta relación se sostiene.

1. LA EXPERIENCIA HUMANA DE LO SAGRADO COMO EXPERIENCIA DEL TOTALMENTE OTRO

Los poderes de la imaginación permiten superar la realidad la más concreta y terrestre. Gracias a estos poderes, la conciencia humana, puede lanzarse hacia todo aquello que no le es dado actualmente: el pasado, el futuro, lo inexistente, lo imposible. Pero todos estos "más allás", no lo son sino en relación con una situación bien determinada, *aquí y ahora*. No tendría ningún sentido hablar de una trascendencia absoluta, sin ningún tipo de comunión con aquellas realidades con las cuales tenemos ordinariamente la experiencia en nuestro universo humano. Las grandes obras de arte han pretendido evocar una realidad sacra, situada justamente por definición, fuera del alcance de lo humano. El cine ha realizado numerosas películas que tienen el mismo objetivo: lograr alcanzar el mundo de lo indecible e invisible[3].

Debemos recordar por ahora, la confusión frecuente entre sagrado y religioso. Lo sagrado es anterior a la cultura, la moral y la religión. Lo sagrado es original, porque él funda la experiencia religiosa.

La intuición de lo sagrado puede permitir ver el cine con una cierta exigencia de profundidad humana?

Cómo reconocer en medio de la avalancha de imágenes de nuestra cultura, aquello que toca lo sagrado? Una buena película logrará serlo, en la medida en que ella incluya y comunique la experiencia de lo sagrado.

1.1 La noción de lo sagrado

El antropólogo Rudolf 0TT0[4], proponía comprender lo sagrado sobretodo como una experiencia de orden afectivo, emocional, a priori, lo numinoso, que tiende generalmente a prolongarse por consiguiente en representaciones, en imágenes, en categorías intelectuales, en prácticas, en instituciones religiosas. Lejos de manifestarse como unívoca, la experiencia de lo nun-iinoso aparece ambivalente y bipolar: por una parte es

relación con un *Mysterium Tremendum,* sensación de temor, de pánico delante de una grandeza inconmensu ~ible o una potencia soberana; y de otra parte es aprehensión de un *Myserium Fascinans,* que se expresa por medio de fuerzas de atracción hacia algo que es maravilloso y solemne[5].

La experiencia de lo sagrado sería una cierta manera de aprehender el mundo (el universo, el contorno social, los acontecimientos, etc) la intuición viva de una suerte de presencia misteriosa, "de alguna cosa mas allá de los límites habituales de la experiencia humana. "Algo" que sería totalmente otro, en relación con la experiencia habitual, y que por este hecho, escaparía a las condiciones cotidianas de la experiencia, pero que sin embargo se manifestaría de alguna manera, haría irrupción en la experiencia humana ordinaria. Las maneras bajo las cuales los seres humanos han creído agarrar, experimentar esta manifestación de lo totalmente otro han variado muchísimo según las épocas y las culturas: a través de las fuerzas grandiosas y terribles de la naturaleza, a través de su emocionante belleza; algunas veces a través de las cualidades excepcionales de un personaje; dé la intensidad de una emoción, del choque de una intuición. Siempre, antes de ser "nombrada", puesta en palabras, esta experiencia es de entrada intensamente vivida.

1.2 Lo sagrado y el cine

Un film hace vivir la experiencia de una vida llevada a su máximo de intensidad, incandescente. Una aventura de la cual no se sale indemne: una buena película es aquella capaz de quemarnos, de transformarnos, de metamorfosearnos. Uno no sale de una sala de cine indiferente, no por haber aprendido alguna cosa, sino por el contrario por haber perdido, haber transformado alguna cosa en nosotros, el despoje de ciertos valores, de ilusiones, revelación de la belleza que es ante todo, una herida.

La noción de sagrado nos permite estimar una obra cinematográfica regresando a las fuentes, a los gestos primitivos que han fundado al hombre y al templo, la creación y lo sagrado.

Contar con lo sagrado, permite no solo admirar las imágenes de los grandes cineastas, sino atravesarlas; no sólo intentar seguir la cámara, sino ver lo que ella muestra. El culto de la técnica por la técnica, de un cine que confunde arte con resultados, es el signo de la desacralización del arte y del mundo. Este culto desacralizado, favorecería la ilusión de un perfecto dominio de las cosas, pero prohibiría toda apertura a un más allá, todo reconocimiento o descubrimiento que nos escapa. Los grandes cineastas, aquellos que nos hacen mover, se caracterizan por una actitud paradoxal: poseen el dominio de la técnica, pero eso no es más que un punto de apoyo, un trampolín hacia una formidable aventura, un salto en el vacío, la apertura hacia aquello que no se conoce, que no se comprende, que hiere, que aterroriza, fascina o enamora.

El cine es uno de los instrumentos mediáticos más abierto a la exploración de lo sagrado, por poco que nosotros aceptemos su presencia. El poeta, el novelista, buscan lo mismo también, pero ellos son prisioneros de las palabras. André Bazin, al hablar de la adaptación al cine de la novela de Georges Bemanos, Diario de un cura rural[6], confirma que la imagen

cinematográfica, en este caso, va más lejos que la obra literaria : "si el Diario de un cura de campaña se impone como una obra de arte con una evidencia casi física, si él toca al crítico, como a muchos espectadores ingenuos, es de entrada porque toca la sensibilidad, bajo las formas las más elevadas de una sensibilidad muy espiritual, en últimas, más el corazón que la inteligencia"[7]

Alrededor de eso que nosotros comprendemos, interpretamos, hay siempre ese halo de misterio, la espesura o la opacidad de lo real, que dan a las obras cinematográficas una profundidad incomparable.

Es suficiente que una cámara fije este encuentro de lo real lavado de toda mirada, virgen de toda enunciación, para que nosotros podamos probar lo "fascinans y tremendum", el origen de lo sagrado. Un buen film busca evocar lo invisible, más que representarlo.

Amedée Ayfre[8] ha distinguido dos estilos cinematográficos que expresarían la búsqueda de lo sagrado:

1.2.1 El estilo trascendental en el cine

El lenguaje fílmico, permite una estilización análoga de la realidad, apta para hacer adivinar más allá de las apariencias, la filigrana escondida de lo sobrenatural?

La necesidad primaria de registrar los hombres y el mundo tal y como aparecen, no es un obstáculo para lograr el acceso a lo sagrado?

Es banal responder a priori estas preguntas sin consultar a las obras y a los artistas[9]. Solo ellos inventando el estilo que les conviene a lo que quieren decir, pueden revelar las posibilidades desconocidas de su arte. Sin embargo, existen películas que nos ponen de frente a hombres y mujeres que se plantean el problema de la existencia delante de Dios. Dios es verdaderamente para ellos Alguien en función de quien ellos se definen, Alguien a quien aceptan o rechazan, que invocan en las tinieblas o reciben en la luz, pero que de todas maneras está allí, así sea por la constatación del vacío que deja su ausencia.

Entonces, por el juego mismo de esta presencia y de esta ausencia, orquestado con discreción pero con plenitud por todos los recursos de un estilo fílniico adecuado, lo sagrado no puede sino surgir.

Amedée Ayfre reconoce que cineastas como Bresson o Dreyer, han logrado en sus películas tocar lo sagrado. Para ellos el desafío consistió en hacer presentir la existencia de una mano invisible, respetando su invisibilidad misma. El camino de acceso a la trascendencia, no lo buscaron siendo negligentes con las exigencias de la encarnación. Todo lo contrario. Trataron de buscarla no en un naturalismo vulgar, en semejanzas sicológicas o sociales, sino en la opción muy precisa de los detalles, los objetos, los accesorios, los gestos, los ruidos extremamente concretos para ponerlos en conjunto y con orden. "El estilo de la trascendencia, no admite ni vacilaciones ni semi-medidas; afrontarlo sin un dominio soberano, es lanzarse al fracaso" [10]

1.2.2 El estilo encarnacionista del cine.

Otros cineastas han preferido otro modelo de evocación de lo sagrado. En lugar de estilizar la realidad para comprender mejor el alma, han preferido abordarlo de una manera más confiada dejándole la tarea a ella misma, de revelar sus dimensiones secretas.

Es el estilo que pretende "reflejar la experiencia humana de la trascendencia, que expresan no lo Trascendente en sí, sino lo humano en tanto que experimenta lo Trascendente"[11] No importa qué situaciones humanas o acontecimientos, pueden plantear, a quien no está tercamente ciego, el problema dc la presencia o de la ausencia de Dios en el mundo, el problema de lo sagrado.

La condición es que esas situaciones y acontecimientos sean descritos con el máximo de fidelidad, sin recortar artificialmente sus raíces o sus prolongaciones. Solamente aquí, en el sentido de una encarnación de la Trascendencia, es necesario buscar el sentido en el que no importa qué rostro de hombre puede ser para sus hermanos el rostro humano de Dios, sea que se trate de un santo, de un rostro pobre, de un rostro de un pecador[12].

Esta manera de evocación de lo sagrado asume la encamación, la más profunda en la condición humana, sin que la trascendencia sea desconocida. Ella toma el rostro del misterio del hombre, pero alli donde el hombre según Pascal, pasa infinitamente al hombre. Este esfilo de la encarnación es el más delicado que el de la Trascendencia, "porque el mundo de abajo, desvela todavía menos fácilmente que el de arriba, su más íntimo secreto"[13]

2. LA EXPERIENCIA HUMANA DE LO SAGRADO Y EL PENSAMIENTO SIMBÓLICO[14]

Es esencialmente en el símbolo en donde se encuentra la clave de la posibilidad humana de hacer la experiencia de lo sagrado y de intentar hablar de ella y comunicarla.

Los humanos disponemos al menos de dos maneras de pensar: una lógica, realista y unidimensional que permite las operaciones a la vez científicas y técnicas sobre lo real. Para este modo de pensar, el agua se reduce a su estructura química de moléculas de oxígeno e hidrógeno.

Existe también un pensamiento simbólico, por el cual una cosa puede ser siempre otra cosa. Es a causa de esta capacidad simbólica que nosotros podemos hablar, escribir, pintar, crear. Sobre este modo de pensar se sustenta la posibilidad misma del lenguaje y de la poesía, del arte. Es esta capacidad del símbolo de significar otra cosa, que llevado al límite, permite al espíritu humano hablar de su experiencia de lo sagrado.

Es a través de palabras de gestos, de objetos, pertenecientes a la experiencia de todos los días, pero cargados de significación simbólica, que los humanos de todos los tiempos pueden intentar

decir su experiencia del totalmente Otro.

De lo dicho anteriormente, se sigue una consecuencia importante: si la experiencia humana de lo sagrado está ligada a la capacidad simbólica, toda regresión del pensamiento simbólico conlleva inevitablemente un retroceso de la capacidad humana de experimentar lo sagrado. José María Mardonés afirma en su último libro, que "entramos en una cultura simbólicamente empobrecida y que es una cultura literalmente in-trascendente, sin salida hacia la trascendencia y el Misterio"[15].

Esta regresión del pensamiento simbólico puede tomar diversas formas: el pensamiento lógico, racional, científico, unidimensional se superpone al pensamiento simbólico, reenviándolo al mundo de los primitivos, de los niños, de los adolescentes, de los poetas o de los locos...

La modernidad no ha podido imponerse por largo tiempo, por eso lo mítico, lo esotérico, lo fantástico están a la orden del día en esta recomposición de lo religioso en las sociedades que confusamente viven lo post-moderno.

"El dominio de lo religioso ha soportado en Occidente las mismas perversiones positivistas y materialistas que el dominio de lo profano. Lo religioso ha aceptado, por un mal cálculo, el "aggiornamento" en concordismos, el verse relegado a lo "teológico", o al rango de superestructura soporífera y nociva"[16]. El símbolo cesa de ser un icono (una imagen que conduce al Totalmente otro) y se convierte en sentido estricto, en un ídolo.

Cómo ha resuelto la tradición cristiana el problema de sostenerse en la valoración positiva de las imágenes sin sucumbir en las garras de la idolatría?

El cine es susceptible de ser leído, aún más allá de su relación con lo sagrado?

Puede una espiritualidad cristiana del cine fundarse en una teología simbólica?

2.1 El icono en la tradición del simbolismo cristiano

Hay un nudo, no fácilmente desenredable, ni fácilmente visible que marca nuestra cultura: el que ata estrechamente iconofilia e iconoclastia. "Lo que está en juego es la mezcla de actitudes y sentimientos contradictorios, la confianza en la imagen y el miedo a la misma, la pasión y el disgusto"[17].

La cultura occidental ofrece una historia paradójica en la que se van alternando épocas de rechazo con momentos de valorización. Es un entretejido de amor y odio, erosión y entusiasmo pasional, que ha dado origen a movimientos y reacciones que llevan de la liquidación de las imágenes a su veneración, de la iconoclastía a la iconodulia, y viceversa.

"El lenguaje del *icono* es comprensible propiamente en un registro *simbólica* el "símbolo" *(symbolon)* es lo que mantiene unidos *(sym-)* sin forzar *(bálleín* = "lanzar"), y, por tanto, lo que relaciona los diversos sin caer en la univocidad y manteniendo la unidad de sentido incluso en el exceso o en la discontinuidad radical de significado. E símbolo (como por otra parte las formas de la parábola y de la metáfora que estár ligadas a él) "traspone": en él la analogía supera la incomunicabilidad de la

equivocidad, al mantener un horizonte de sentido unitario y totalizante, pero se aleja al mismo tiempo la confusión, porque los significados no se superponen. Es así que en el símbolo se da una unidad de sentido en el exceso de significado. Por otra parte, justo en la crisis de las pretensiones totalizantes de la razón moderna se redescubre la fuerza evocadora del símbolo; contra un pensamiento como el de la ideología, que pretendía ser totalmente transparente a sí mismo y reducir la realidad entera a esta transparencia, se redescubre el valor de lo que es evocativo, de lo que reúne lo infinitamente lejano sin anular las diferencias. En el símbolo se experimenta más significado de cuanto se pueda articular o comprender, se suscitan nuevos impulsos de pensamiento y de vida, y uno se siente alcanzado por una alteridad que provoca, nutre y abre horizontes imprevistos, abriéndose a una síntesis que el análisis no agota. Un pensamiento sin sombras o residuos no es más rico, sino más pobre que un pensamiento evocativo o simbólico; lo ideal no absorbe a lo real, sino que debe reconocer más bien el exceso de éste, para abrirse a él y para autotrascenderse hacia espacios más vastos"[18].

El cristianismo, religión derivante del judaísmo, al menos en su estadio inicial, bajo la influencia del segundo mandamiento, declara reservas sobre el arte figurativo en general y sobre la representación de Dios en particular. Esta defensa del monoteísmo y la trascendencia de Dios, que rechaza violentamente cualquier sucedáneo o sustituto de lo divino, cualquier imagen, va a penetrar poderosamente en las mentes y las prácticas de las tres religiones abrahámicas que van a expandir a través del impulso religioso, una declarada reticencia frente a las imágenes o representaciones, especialmente de la divinidad. "Los enemigos de los iconos argumentaban de este modo: no es posible pintar una imagen de Cristo, porque eso significaría querer circunscribir y comprender la divinidad de Cristo. Los defensores les replicaban: si el Verbo se ha hecho verdaderamente carne y ha habitado entre nosotros, el Verbo se ha hecho por tanto circunscribible, tangible y, por lo mismo, el Verbo eterno de Dios puede ser representado en una imagen"[19].

La teología cristiana encontró en la Trinidad el fundamento último y más profundo de toda representación figurativa: Dios fuente y origen de todo, tiene una imagen perfecta de sí: el Hijo, la Palabra eterna. La clave de esta argumentación está dada por la doctrina de la encarnación y por el dogma de la doble naturaleza de Cristo. Juan Damasceno afirma que "no es a la belleza divina que le damos forma, porque ella no puede ser ni descrita ni pintada, sino que es la forma humana que es representada por el pincel del pintor. Si el hijo de Dios se hace hombre, ¿por qué no podríamos hacer entonces su imagen?"[20].

Durante la fase tardía de la iconoclastia, Teodoro Estudita define la relación entre la imagen y su prototipo como una relación de "identidad" formulando su teoría en estos términos: "el hombre mismo fue creado a imagen y semejanza de Dios; por lo tanto hay algo de divino en el arte de hacer imágenes". En segundo tiempo, Teodoro afirmaba la necesidad de las imágenes: "el hombre perfecto que es Cristo no solamente puede sino que debe ser representado en imágenes: rechazaríamos que todo el mecanismo de la salvación en Cristo

sería prácticamente destruido"[21]. Fue esta teoría de la necesidad que permitió después del triunfo de la iconolatría, dar al icono su lugar preponderante en la vida del creyente ortodoxo, el cual considera de una parte su icono como un patrimonio hereditario familiar y rinde homenaje por otra parte al Icono de la Iglesia. El Oriente cristiano considerará para siempre al icono como un lenguaje simbólico esencial. Pero un lenguaje cuyos parámetros serán fijados por normas.

El icono permite a la inteligencia pasar de la imagen sensible a la alabanza de lo desconocido. El pseudo Dionisio afirma durante el siglo VI: "Dios es conocido de todas las cosas y fuera de todas las cosas. Dios es conocido por el conocimiento y por lo inconocible: una palabra, un saber, un tocar, una sensación, una opinión, una imaginación, un Nombre, y él no es conocido, no es pronunciado, no es llamado. No se puede decir nada de lo que él es. El es todo en todo, y a partir de nada en nada". Lo mejor para el alma que busca a Dios es comprender que Dios es incomprensible. Dios por la encarnación de Jesús permite a nuestros sentidos no estar demasiado desorientados por esta realidad La imagen icónica permite acercar el rostro de aquellas santos y santas que lo han glorificado, imágenes intemporales y no carnales.

La representación del rostro de Jesús nos permite un cara a cara, una concentración espiritual hacia el Padre. Concentración que puede compararse con un chorro de luz atravesando un lente. A través del icono, la oración hacia Aquel o Aquella que él representa, se refuerza, se dirige. El icono es alegría, alabanza a Dios. Por eso hay que revestirlo de belleza.

El icono no demuestra nada, él muestra. El icono es lo visible de lo invisible. El icono es un canal de gracia, una ventana sobre el mundo de lo invisible. El icono no es solamente una imagen piadosa. El tiene un valor espiritual, un valor litúrgico.

El obedece a un arte del simbolismo en el cual las realidades de la fe se figuran. El icono es una visión de la fe. Es un soporte para la oración. La contemplación orante atraviesa el icono y no se detiene en el contenido visual que ella traduce. El icono se pinta, se lee. El icono religioso tiene una gramática. Por eso el iconógrafo tiene que solicitar las reglas de su gramática[22].

La iglesia sintió la necesidad de formular esta gramática, los principios de base concerniente al contenido y al carácter del arte sagrado que ha comenzado a expresarse desde comienzos del siglo IV. En el canon 82 del concilio Quinisexto de Constantinopla, en el 692, se define el lazo que debe existir entre la imagen y el dogma. Se pide reemplazar la representación del cordero antiguo por el aspecto humano de Cristo. "La encamación, para el iconófilo, es *imaginaría,* es la entrada de la imagen natural en la carne de la imagen visible (iconicidad), que permite el regreso de la imagen redimida hacia la imagen redentora. La significación de esta redención es la de lograr llevar la criatura a esta similitud de originaria que fue su parte en el plan de la Creación. El iconc participa en la salvación de la imagen El icono no es ni metafórico n redundante. El es economía de la imagen, distribución operatoria y funcional de su potencia salvadora"[23]. La oleada iconoclasta lanzada por Leór

III en Bizancio a principios del siglo VIII fue la última gran herejía tocante al tema de la Encarnación. Cuerpo e imagen son una sola cosa a la vez. O se acepta o se rechaza. "La Encarnación funda una génesis hasta el infinito de imágenes por imágenes, nunca tautológicas o redundantes sino emuladoras e iniciadoras: la Madre engendra a Jesucristo, imagen de Dios; Jesucristo engendra la iglesia, imagen suya; la Iglesia engendra los iconos, esas imágenes que alumbran a su vez la imagen interior del Hijo de Dios en aquel al que iluminan"[24].

El Occidente teológico recibió mal el icono y rápidamente lo despreció. La historia del arte en occidente demuestra que la utilización de las imágenes pictóricas no ha tenido otro objetivo que el de la vulgarización de la *fe:* la imagen como simple útil pedagógico. La teología no le ha permitido ocupar un verdadero lugar porque justamente no se trataba más que de simples símbolos.

A pesar de los movimientos iconoclastas recurrentes en la historia de Occidente, desde el impulso de Bizancio, la iglesia ha podido abrirse desde entonces a las técnicas más profanas de la imagen, desde el viejo espectáculo de sombras hasta el cine. En el fondo, ha permitido superar la iconoclasia occidental que está ligada a algunos de los peores acontecimientos de la historia de nuestro mundo.

La salud de la cultura occidental dependería, de la recuperación de un imaginario y de su integración normal y sana dentro de la cultura actual.

2.2 La calidad metafórica de la imagen en el cine[25]

Cuando se piensa en los medios se piensa inmediatamente en el descanso, en el placer, el juego, el espectáculo. Digamos rápidamente que el juego permite vivir dimensiones de nuestro ser que se escapan a nuestra vida real, sometida a las necesidades cotidianas. Es frecuentemente un lugar de reestructuración creadora, de motivaciones nuevas. Se parecen la imagen y el juego? Lo que se dice del juego se dice de la imagen.

En sus imágenes, los seres humanos van mucho más allá que una simple reproducción de la naturaleza. Ellas superan lo inmediato, para desembocar en la creación.

La creación y la reproducción artísticas producen un mundo imaginario y lúdico. Este mundo lúdico es irreal pero hecho de humanos reales. Este mundo lúdico tiene un carácter de apariencia que lo acerca a las imágenes. La imagen espera producir siempre un resultado: o ella tiende a reproducir la realidad o ella se quiere pura recomposición, fabricación. Si la obra de arte podía existir, ella tendría para Platón, un estatuto inferior al objeto técnico. El fabricante de imágenes, asimilado como el poeta, al género de imitadores, aparece para Platón en el último rango de los artesanos, como venido de las técnicas de la ilusión y no del saber hacer.

La metafísica ha devaluado lo lúdico y la imagen. El juego asimilado a lo bello, fue desacreditado por los metafísicos,

la simulación era para ellos disimulación. Para Platón la imagen como representación de la copia de lo real, no era sino utilitaria, que servía para reconocer lo que está representando. Sin embargo la imagen puede también pertenecer al orden de lo imaginario, como reconstrucción, interpretación, simulación; ella significa entonces su separación del modelo, ella es autónoma, original. Se pasa aquí de la simple reproducción a la metáfora, es decir del lenguaje del signo al lenguaje de los símbolos. Esta manera de abordar la imagen, la separa del deseo de hacerla una simple copia de la realidad.

Lo lúdico, el juego puede ser portador de valores fundamentales hacia el camino de la verdad, y esto vale lo mismo para la imagen, gracias a su capacidad de metaforización.

La metáfora es esta posibilidad de superación del referente y del signo, material o lingüístico para llegar al símbolo. Como funciona esta capacidad humana de metaforización? Lo metafórico se refiere a ese pasaje suscitado a partir de ciertas realidades e interpretado como tal por los humanos, que hace atravesar el abismo entre lo real y sus representaciones y entrar en un mundo otro y significante, reenviando por lo mismo a otras significaciones. El lenguaje a través de la metáfora poética, ofrece potencialidades de superación de él mismo. La piedra para el escultor, como la película para el cineasta.

La metaforización implica así la capacidad no solamente de hacer aproximaciones entre los términos, sino también de evocar nuevas situaciones.

Cómo se logra dar un valor simbólico más fuerte, más hablante a la materia de base, como aquella reproducida en una imagen?

Se logrará recurriendo a la figuración, que hace aparecer un sentido segundo a partir de ciertas propiedades de sentido primero, siempre y cuando estas propiedades estén ya disponibles en la materia de base. Uno se ve proyectado en plena relación de simbolización entre dos realidades, entre dos sentidos. Se trata de una relación analógica entre los dos sentidos. A partir de esta analogia de sentidos, la expresión lingüistica adquiere en la metáfora una potencia autónoma de construcción, que lanza un puente entre lo espiritual (o lo artístico) y aquel que lo acoge.

El lenguaje figurativo tiene entonces una real virtud de "trans-valoración" capaz de proyectar, a partir de lo ya vivido, un universo que toma para el espectador, una figura definida.

La expresión artística posee una fuerza poética, una capacidad de evocar lo desconocido y de hacerlo de alguna manera presente. No se trata entonces de representación sino de evocación. Esta evocación resulta del hecho de que se ponen las expresiones en relación con otras de manera imprevista, de tal manera que resultan choques, modificaciones de sentido o de sentidos nuevos. Todo esto provoca un cambio de registro, donde las expresiones toman una carga semántica inédita. Lo más interesante reside en el efecto de lenguaje propiamente simbólico, intrínseco a ciertos términos. Lo que caracteriza al símbolo es que él pone en relación dos significaciones. El símbolo permite superponer a una significación primera ya disponible, una significación segunda a la cual se llega a través de la primera. Esto significa que uno puede apoyarse sobre el sentido

dado al origen, pero superándolo completamente. La relación simbólica es atravesada por un sentido bien definido, él lleva el espíritu en una cierta dirección. En el fondo todo objeto, puede convertirse en sujeto visual artísticamente tratado. Los viejos zapatos campesinos pintados por Van Gogh; también todas las personas, todas esas realidades físicas reinterpretadas por el fotógrafo gracias a un campo, un ángulo, una luz, un vector...

El acto artístico se transmite gracias a una visión del mundo de frente a un objeto o a una persona. La imagen tiene la misma capacidad que el lenguaje, de desbloquearse en lo metafórico. Y esta capacidad para utilizar los diferentes recursos del lenguaje y de la comunicación humana para desembocar en lo metafórico se llama lo poético, el arte. El cine cuenta historias. Es un maravilloso espacio de cuentos. En el cine todo es narración, y cuento. La pelicula tiene el aire de contarse solita.., pero, una la hace ver un cierto orden dándole un sentido. Se trata de un lenguaje con sentido, en un estilo a cada autor.

Los espectadores somos invitados a penetrar en las significaciones relacionales, de orden principalmente metafórico. Toda imagen cinematográfica puede revelarse metafórica y entonces conducir una apertura al símbolo.

Acceder al lenguaje cinematográfico, es entonces superar la pura reproducción fotográfica utilitaria para llegar a la escogencia de los montajes que correspondan a los tiempos, a los movimientos, a las acciones orientadas a dar valores significantes, a producir un efecto, a dar un sentido.

El arte cinematográfico consiste en crear y no en copiar. Toda percepción cinematográfica es una recomposición. ¿Cómo puede convertirse en fuente de relación con lo sagrado, pero además en vector de una experiencia espiritual que supera lo sagrado, lo religioso y se convierte en experiencia de Dios?

Gracias a la colaboración interpretativa de nosotros los espectadores.

Las imágenes fílmicas, reducidas a ellas mismas, se contentan en mostrar y no significan nada más de aquello que ellas muestran. Por el contrario, tenemos la capacidad de crear relaciones nuevas con las imágenes filmicas reorganizándolas a merced de las intenciones significantes que les imponemos. Pero la película con el montaje, con la diversidad de planos, con los ángulos, y sus elementos retóricos, no puede ser en ningún momento desconocida en el proceso interpretativo. El contenido y la forma son inseparables.

"Las imágenes logran significar cuando una percepción analógica de nuestra parte reconoce la amplitud metafórica ya en marcha gracias a los efectos retóricos puestos en acción por el creador"[26].

El modo de expresión de la imagen no es de entrada de orden informativo, sino sobretodo artístico: todo es recreación, recomposición de una visión del universo, aún el más simple reportaje. *Y* todo esto a través de la manipulación de los diversos instrumentos retóricos propios a la imagen, en relación con el sonido.

Le corresponde al espectador buscar sin cesar, encontrar el sentido de la acción a través de una hermenéutica que tiene todo en cuenta al mismo tiempo, aunque

las imágenes fílmicas estén condicionadas por la rapidez, por el movimiento. Es una manera de percibir el mundo.

El cine toca al arte, porque las imágenes que él utiliza desembocan en imágenes poéticas: el espectador debe hacer los lazos, interpretar. Las imágenes juegan con cosas, con personas, hechos, que soportan o animan a una transferencia de sentidos; si no, no hay nada que hacer y entonces eso no nos implica verdaderamente. La fe cristiana es compatible con la imagen mediática gracias a la capacidad que ésta tiene de crear lazos de tipo simbólico.

Podemos afirmar que las imágenes cinematográficas pueden, por su carácter analógico, hacer presente a Dios, pues estamos persuadidos que, en el seguimiento de Jesús, lo humano y el cosmos pueden reflejar, evocar a Dios a su manera, porque Dios se encuentra ya al interior de ellas y obra en ellas. Si uno de los pilares de la fe cristiana está constituido por la revelación del hombre como imagen de Dios, podemos afirmar que la fe vivida de una persona, de un grupo de creyentes por medio de palabras, gestos, ritos, compromisos, todas manifestaciones de su ser, pueden ser convertidas en fotografías, en fotogramas o llevadas a la pantalla. Así, esos elementos mediáticos se convierten por el sentido del que hacen parte, en mediaciones

3. LA EXPERIENCIA CRISTIANA DE LO ESPIRITUAL: DE LA ESTÉTICA A LA ETICA

Siguiendo las orientaciones del Padre Tony Misfud sobre la espiritualidad cristiana, digamos que en la década de los sesenta, se planteaba la tesis de la desaparición de la religión como signo de la emancipación de la razón modema. Sin embargo, en la actualidad el fenómeno de una nueva y variada religiosidad está en pleno auge. Hasta la filosofía se ha interesado en abordar desde sus métodos este renovado interés por lo mítico, religioso, espiritual[27]. Esta búsqueda de lo trascendente se manifiesta en múltiples y variadas expresiones, predominando a veces un talante individualista (autorrealización, paz y armonía individual), cósmico (relación individuo universo) y masivo (actos que reúnen una cantidad de personas).

Esta ansia por lo religioso ha dado lugar a un supermercado de oferta religiosa en la sociedad, ya que más allá de las religiones tradicionales e históricas surgen constantemente movimientos y sectas. El fenómeno parece responder a la necesidad de sentirse acogido en el seno de un pequeño grupo en medio del anonimato urbano. También se observa un fuerte matiz terapéutico y el New Age proyecta una vivencia religiosa cósmica del bienestar personal sin Dios.

El número de cristianos sin iglesias va creciendo en cuanto la propia iglesia resulta ser más un punto de referencia que de pertenencia. El campo religioso se relega cada vez más a lo privado y al terreno de lo personal. En contraste con las décadas de los sesenta y setenta el compromiso social religioso va perdiendo fuerza porque lo publico ha perdido credibilidad, predomina una alta cuota de frustración frente a los intentos políticos del pasado, y la soledad urbana la preocupación laboral y tantos otros problemas familiares, producen un repliegue del individuo sobre sí mismo

en la búsqueda de la armonía personal[28].

Por tanto el fenómeno de la vuelta a la espiritualidad resulta muy complejo y responde a un rechazo hacia una sociedad de consumo que no satisface el alma humana y a la expresión de una frustración frente a una civilización industrial que no ha cumplido sus promesas.

La espiritualidad cristiana por su carácter histórico tiene que responder a las necesidades de la época y expresarse en categorías culturales correspondientes. Los cambios culturales han provocado un verdadero desfase en la espiritualidad cristiana: por una parte se distancia de la piedad popular tradicional, pero por otra todavía está en búsqueda de una forma existencial adecuada a las nuevas exigencias.

La espiritualidad cristiana contemporánea tiene tres características:

• Una espiritualidad de lo cotidiano (en clave de inserción y no de huída de la realidad, superando la evasión y el dualismo)
• Una espiritualidad que busca la autorrealización en la autotrascendencia (apertura al Otro y a los otros, para no caer en un subjetivismo narcisista).
• Una espiritualidad capaz de integrar la contemplación en la acción (evitando los extremos de activismos y narcisismo)

Si afirmamos que lo sagrado es un estadio en el que la experiencia cristiana se sustenta para fundar las raíces dé su experiencia antropológica con lo divino, y si esta fundación se basa en la emoción, en la capacidad de suscitar sentimientos, en la fuerza creadora de la metáfora y de lo artístico, la experiencia cristiana por ser simbólica va mucho más lejos y supera estas dimensiones gracias al don del amor.

Una experiencia de Dios cristiana, a la que llamamos espiritualidad no puede verificarse en la relación con lo sagrado únicamente, sino en el compromiso ético del hombre que responde a la automanifestación de Dios comprometiéndose a vivir los valores vividos por la persona de Jesús. La espiritualidad cristiana asume, integra, abarca, comprende lo sagrado pero lo lanza hacia la Fe comprometida con la vida. Porque la espiritualidad se refiere a la vida según el espíritu. No hay conocimiento de lo sagrado o de lo divino fuera del Cristo crucificado. Para Bruno Forte, "la teología de la cruz no es un ejercicio inocuo de la razón: nace de una vida crucificada que se deja responder por el Dios vivo y experimenta consolación y fuerza en la ignominia y humildad de un camino alternativo a la lógica de la grandeza mundana. El único lugar donde el cristianismo confiesa a la vez el apartamiento y la fascinación de lo sagrado es el seguimiento del Crucificado"[29]

Lo que define a la espiritualidad no son las prácticas sino la irrupción de una presencia insospechada y transformadora ya que Dios se hace presente en la vida de las personas. "Esta presencia pide a la persona del cristiano una opción fundamental en su existencia, que cambia de significados y sentidos, porque Dios implica un compromiso divino sobre la historia humana (conversión-compromiso) porque la conversión a Dios se traduce en una conversión hacia el otro como imagen y semejanzas divinas"[30]. Lo esencial de la espiritualidad cristiana es el seguimiento de Cristo, nunca su imitación pasiva. El seguimiento

significa creación, búsqueda, dínamis, una existencia que se deja interpelar por la presencia divina y se transforma en un estilo de vida.

¿Cómo considerar los medios en relación con estas ideas sobre la espiritualidad?

Las imágenes mediáficas pueden ser fuente y origen de la experiencia espiritual cristiana.

Los medias representan hoy los medios de manifestaciones simbólicas de toda vida colectiva y juegan un rol de definidores de valores y de creencias. Los medios fundan y alimentan el universo simbólico de los pueblos, sus imaginarios colectivos.

Las expresiones poéticas destinadas a expresar el universo simbólico colectivo y a favorecer los intercambios simbólicos entre los humanos merecen que se les reconozca una función sacramental cristiana, cuando ellas logran traducir las grandes realidades simbólicas ligadas a los misterios de la *fe*. Juan Pablo II afirma en la carta a los artistas: "La Iglesia necesita, en particular, de aquellos que sepan realizar todo esto en el ámbito literario y figurativo, sirviéndose de las infinitas posibilidades de las imágenes y de sus connotaciones simbólicas. Cristo mismo ha utilizado abundantemente las imágenes en su predicación, en plena coherencia con la decisión de ser Él mismo, en la Encamación, icono del Dios invisible"[31].

Conclusión

Podemos concluir que una espiritualidad válida para los tiempos de hoy surge de una buena teología, y la teología de la imagen como propuesta de reflexión en y desde los medias, se sustenta en el siguiente fundamento teológico: Jesús, el Cristo, símbolo por excelencia de la fe cristiana. Recordemos el Nuevo Testamento que afirma a Jesús presente en sus hermanos y hermanas transformados en iconos de Dios; Jesús imagen por excelencia del Dios invisible, reflejo de la gloria de Dios; Jesús sabiduría de Dios que realiza la creación del hombre nuevo, la semejanza espiritual y perfecta que existía antes de la creación.

Jesús símbolo total porque es lazo de comunicación y de comunión entre Dios y lo humano. Los cristianos y cristianas, imágenes de Cristo, imagen él mismo de Dios. Las imágenes, vectores de estos símbolos a través los testigos de la fe hoy, en cada cultura.

Termino mi exposición con una cita de Tarkovsky: "Con ayuda del cine se pueden tratar las cuestiones más complejas del presente a un nivel que durante siglos ha sido propio de la literatura, música y pintura. Pero una y otra vez hay que buscar y volver a buscar el camino por el que tiene que ir el cine como arte. Estoy convencido de que el trabajo práctico en el cine será para cada uno de nosotros algo infructuoso y desesperante si no comprendemos con toda exactitud y claridad la especificidad de este arte, si no encontramos en nosotros mismos las llave que tenemos para abrirla"[32].

Espero que esa llave nos conduzca también por el cine, al Dios de la Revelación. V

[1] Cf. WUNENBURGER, Jean-Jacques. Philosophie des images. Paris: PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE, 1995

[2] Cf. CAPPABIANCA, A. *li cinema e fi sacro.* Genova, 1998; CASTELLANI, L. *Temi e 4çure del film religioso.* Tormo ,1994; HENNEBELLE, Guy. *Chriístianisme et cinema.* Paris: CORLET TELERAMA, 1996

[3] COLLET, Jean. *Apréslefilm.* Lyon : ALEAS, 1999

[4] Cf. OTTO, Rudolf. ***Le Sacré*** PB PAYOT, Paris, 1969

[5] Cf. WUNENBURGER, Jean-Jacques. *Le sacré* Paris: PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE, 1981.

[6] BRESSON, Robert. *Jow-nald'un curé de Campagne,* 1950

[7] BAZIN, André. *Qu'est ce que le* cinéma?Paris: EDITIONS DU CERF, Paris, 1997. *p.* 107

[8] Cf. AYFRE, Amedée. *Le cinema ef/a fol chretienne.* Paris: LIBRARIE ARTHEME FAYARD, Paris, 1960.

[9] Convendría revisionar los filmes de Buñuel, Ozu, Renoir, Fellini, Dreyer, Bresson, Wenders, Pasolini, Truffaut, Kieslowski, Welles, John Ford, Bergman y Bresson, Tarkovski, Kurosawa.

[10] AYFRE, Amedée. *Op. Cit.*, p. 87

[11] SCHRADER, Paul. El estilo trascendental en el cine, Ozu, Bresson, Dreyer. Madrid: EDICIONES JC, 1999

[12] Algunas películas entre muchísimas otras: Théoreme, Pier Paolo Pasolini, ITALIA, 1968; Onze Fioretti de San Francesco, Roberto Rossellini, ITALIA, 1974.; Thérese, Alain Cavalier, FRANCIA, 1986; Dead Man Walking. hm robbins, USA. 1995; Forrest Gump, Robert Zemeckis, USA. 1995; Secretos y Mentiras. Mike Leigh, GRAN BRETAÑA, 1995.

[13] AYFRE, Amedée. *Op. Cit.*, p. 90

[14] BABIN, Pierre. La era de la comunicación. Bilbao: SAL TERRAE, 1990. p. 179

[15] MARDONÉS, José María. La vida del Símbolo, la dimensión simbólica de la religión. Santander: SAL TERRAE, 2003. p.32

16 DURAND, Gilbert. *L'imagínaíre.* Paris: HATIER, 1994. p.48

[17] CASETTI, Francesco. La imagen valor, en Videoculturas de fin de siglo. Madrid: CÁTEDRA, 1989

[18] FORTE, Bruno. Entre icono y relato. El cine como posible *"locus theologícus"* En: Conferencia durante el coloquio organizado por la Pontificia comisión de la cultura en 1997. www.vatican va/cultura

[19] SCHÓNBORN, Christoph. El icono de Cristo. Una introducción teológica. Madrid: ED. ENCUENTRO, 1999. p. 17

[20] DAMASCENE, Jean. *Discours sur les images, en Les images. L'Eglise etles arts visuels.* Paris: CERF, 1991. *p.* 90

[21] Weitzmann, Kurt. *Les Icónes.* Paris: EDLTIONS DE LA MARTINIERE, 2001. *p. 7-9*

[22] Cf. EVDOKIMOV, Paul. *L'artdel'ícóne: théologie de/a beauté* Bruges, DESCLEE DE BROUWER, 1970

[23] MONDZAIN, Marie-José. *Image, icóne, Economie les sources byzantines de l'imagínaire contemporain.* Paris SEUIL, 1996. p.149

[24] DEBRAY, Regis. Vida y muerte de la imagen: historia de la mirada en Occidente. Barcelona, PAIDOS, 2000

[25] MARCHESSAULT, Guy. *Medias et foi chrétienne. L 'image a l'epreuve de l'dolatrie.* Québec: NOVALIS, 1998. p.119

[26] *Ibíd.*, p. 136

[27] Cf. MARDONÉS, José María. Síntomas de un retomo. Santander: SAL TERRAE, 1999

[28] Cf. VATIIMO, Gianni. *Credere d: credere.* Tormo: GARZANTI, 1995

[29] FORTE, Bruno. *Las* ***imperfecciones de Dios*** en "Lo Santo y lo sagrado". Madrid: TROTTA, 1993 p. 162

[30] MIFSUD, Tony. Una fe comprometida con la vida. Santiago: SAN PABLO, 2002. p.

[31] Juan Pablo II, Carta a los artistas, No. 12

[32] TARSKOVSKI, Andrei. Esculpir en el tiempo. Madrid: RIALP, 2000. p. 103

PONENCIAS

Pobreza y solidaridad en la Vida Religiosa

Armando Montoya Restrepo, O.F.M.

La 60 Asamblea de la Unión de Superiores Generales (USG) en el 2002 (Roma) estudió por primera vez el tema de la "Economía y Misión de la vida religiosa hoy". Su interés por este tema no sólo está motivado por la necesidad de buscar una buena administración de los bienes, sino por la necesidad apremiante de vivir la pobreza en un mundo neoliberal-materialista, como una propuesta profética que sea una alternativa evangélica.

Desde la realidad de un mundo empobrecido vale la pena preguntarnos qué nos piden los pobres y el evangelio hoy. En general, la gente del pueblo no cree en la pobreza de los religiosos. Valdría la pena preguntarse si los religiosos creen en el voto de pobreza y si quieren vivirlo.

Esta reflexión parte de un presupuesto: tanto el evangelio como la realidad actual, exigen a la vida religiosa vivir en pobreza y solidaridad.

Jesús: hombre pobre

Cuando Dios decidió que su Hijo se hiciera hombre escogió para El la existencia pobre. Esa es su manera de ser hombre y esa es la propuesta de vida para quien quiera seguirlo.

Esa es la manera y el lugar donde Dios se quiso revelar y mostrar a la humanidad y desde ahí comunica su vida y su gracia: " porque ya saben ustedes que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa de ustedes, para que por su pobreza fueran ustedes enriquecidos"[1].

Jesús aprendió de los pobres a ser hombre, se formó y creció como pobre expresando desde allí su solidaridad con el hombre, y entre los pobres va dando a conocer el proyecto liberador de Dios.

Jesús presenta la condición del pobre como ideal de vida y no como un mal[2]. En las Bienaventuranzas presenta a los pobres como bienaventurados porque son pobres y propone su vida como modelo de existencia humana.

Jesús anuncia y construye el Reino de Dios desde los pobres, para los pobres y como los pobres. Él viene con un proyecto comunitario: hacer una sociedad nueva, el Reino, desde y a partir de los pobres. Aún más, descalifica la riqueza como ideal de vida[3] y propone la justicia y la solidaridad como exigencias para seguirlo.
Jesús encuentra en el pobre el espacio y la forma de vivir los valores del Reino[4]. La pobreza de Jesús fue significativa en su tiempo, tiene fuerza significativa hoy y la tendrá siempre, porque es un camino imprescindible en la construcción del Reino de Dios.

La pobreza en la vida religiosa

Dos pilares fundamentan el voto de pobreza del Religioso: Jesús quien siendo pobre le da el sentido y valor al voto, y el pobre que nos muestra a Jesús[5] y nos permite concretizar la referencia a Jesús.

Para el pobre, en el estilo de vida de la mayoría de las comunidades religiosas no se da un testimonio personal y comunitario de pobreza que encarne el voto que se profesa ante Dios y ante su pueblo, sin espiritualizarlo y sin confundir solidaridad con beneficencia.

La sociedad **neoliberal** de hoy, al igual que el modelo de las Pirámides de Egipto, y al igual que el modelo del Imperio Romano en tiempos de Cristo, nos presenta y nos impone una forma de vida que tiene sus dogmas, sus símbolos, su ética, sus fiestas, sus templos, su estética y sus organismos difusores e impulsores. Conciente o inconscientemente asumimos su propuesta y la pobreza religiosa se diluye, no tiene visibilidad profética capaz de proponer valores alternativos que se presenten como respuesta a las exigencias de los tiempos[6].

Una vida religiosa que busca asegurarse y que en gran parte está asegurada, no puede ser testimonio evangélico, ni alternativa en un mundo empobrecido. Se llega a reducir la pobreza a una fachada sin vida y a una serie de leyes y normas que con frecuencia se vuelven elásticas, benévolas y complacientes. El individualismo, el consumismo y la competencia vuelven normales y legítimos los postulados de continuo mejoramiento de la "calidad de vida".

Hablamos de los males de la globalización, hacemos largas y sofisticadas estadísticas, y estamos cada vez más aburguesados, perdiendo el rumbo que lleve a encarnar esta dimensión esencial del seguimiento de Cristo. Decía Yves Congar: "Hay que reconocerlo: son hombres ricos, son hombres a los que no les falta nada, los que hablan de pobreza".

Claro que existen personas y comunidades que viven proféticamente la solidaridad y la pobreza.

El sentido de la pobreza hoy

Hasta el Concilio Vaticano II se insistía principalmente en la dimensión ascética del voto de pobreza. El Concilio y el Papa Paulo VI presentan un acento diferente: la pobreza religiosa tiene que servir a la unidad, a la fraternidad, a la solidaridad, a la misión.

El voto de pobreza tendrá sentido si estamos al lado de los pobres, como pobres. Es necesario liberarse del consumismo, del materialismo, pero es igualmente necesario que se cree una corriente de solidaridad, como alternativa a los desafíos del presente.

Jesús en el evangelio, además del "vende todo lo que tienes" propone el "dáselo a los pobres"[7]. En gran parte la pobreza religiosa recobrará su valor de signo, si las renuncias son condición o consecuencia de la entrega al prójimo y no la justificación de poseer más y más compartiendo un mínimo de ello con los más necesitados .

Vivir de modo profético la pobreza hoy significa potenciar la **SOLIDARIDAD**

Esta vinculación de la pobreza religiosa con la solidaridad (sin perder el valor ascético) frente al "necesitado", hay que realzarla para que sea un verdadero signo profético. Jesús se hizo pobre y solidario con el pobre, no porque fuese un asceta, sino para anunciar la Buena Nueva a los pobres.

El pobre y la pobreza se presentan en medio de múltiples variables: carencia de recursos monetarios, el violentado y oprimido, el enfermo, las minorías, el huérfano, la viuda, la mujer victimizada, el desplazado, el excluido y el que no cuenta en la democracia, el que no tiene acceso a los recursos básicos, el desaparecido, el perseguido político, el privado de sus derechos, las víctimas de la corrupción, de las confrontaciones armadas, los pensionados ultrajados, los desempleados, las nubes de informales, los sueldos de hambre, las privatizaciones..., son algunos de los rostros de la pobreza que reclaman nuestra solidaridad.

Con esos pobres y para esos pobres trabaja Dios en la historia y con ellos hace su alianza. La teología latinoamericana ha encontrado y asumido el valor de las ciencias sociales en la construcción del Reino de Dios desde la transformación del mundo y no solo desde su contemplación, siendo Jesús el más claro ejemplo de esa transformación[8].

Solidaridad

La teología y la pastoral latinoamericanas han estado marcadas por la realidad de pobreza y opresión del Continente y por su necesidad de liberación. En conciencia, desde lo hondo del corazón lo que hay que buscar es ser pobres como los pobres de hoy y asumir solidariamente su proyecto de liberación. Esto tiene que pasar necesariamente por el compromiso político: "El compromiso político es la parte visible de una profunda espiritualidad"; "La pobreza estaba muy marcada por la austeridad y ahora lo está por la solidaridad; la pobreza tiene facetas distintas pero no hay duda que una de ellas y muy significativa en el momento actual es la solidaridad"[9].

Después de la Revolución Francesa se empezó a emplear la palabra solidaridad para sustituir el término caridad (sentido cristiano) y para darle un sentido más social. En la Gaudium et Spes el término solidaridad ya se entiende como caridad cristiana[10]. Juan Pablo II dice que es la hora de la solidaridad y la emplea desde un contexto más político que espiritual. La palabra Solidaridad ha sustituido a la palabra "caridad" por el riesgo de convertirla en limosna.

La solidaridad bíblicamente se entiende como red de relaciones y está íntimamente ligada a la Alianza de Dios con su Pueblo. Sin alianza y sin libertad no se puede dar una verdadera solidaridad. Parte de una concepción de compromiso, de responsabilidad, de igualdad, de amor, de alianza. Es opuesta a beneficencia porque ésta crea y cultiva la desigualdad, que no humaniza y no es grata a los ojos de Dios.

El fundamento bíblico lo encontramos en el Éxodo y el protagonista es Dios. ¿Quién es el Dios del Éxodo? **El Solidario**[11].

Dios propone un sistema justo, liberador, solidario. El pueblo tiene asimilado el esquema de las pirámides, sistema opresor, injusto. El pueblo libre trata de

reproducir el sistema de la esclavitud, pero Dios buscará educarlo en un sistema solidario; tarea eternamente difícil.

Cuando viene Jesús, busca educar a sus discípulos en el mismo sistema circular, solidario, no de mercado. Jesús confronta a su grupo con el sistema imperante y le propone una economía solidaria, alternativa al sistema económico romano[12].

Los discípulos viven dentro de un sistema económico injusto y aunque son víctimas del sistema, tienen su modelo o paradigma económico y es muy difícil para ellos imaginar y propiciar otro modelo. Por eso, frente al hambre de la multitud lo que se les ocurre es comprar !!!, entrar en el sistema de mercado-compraventa.

Jesús les propone el modelo circular – solidario: "denles ustedes de comer"[13] !!! Los discípulos no entienden.

Jesús parte de lo que tienen y a partir de lo que tienen implementa todo un proceso de solidaridad popular:
Organiza – bendice al Padre – parte – reparte – comparte.

Jesús distribuye equitativamente los bienes existentes: " **Y comieron hasta saciarse"**[14]**. Jesús hace recoger las sobras. Aún después, los discípulos no entienden.**
Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamente nos enseñan que no es fácil entender y asumir un sistema solidario, porque hay un sistema económico opresor asimilado. Aunque ese sistema sea conocido como injusto, como clasista, como opresor; aunque nos haga sus víctimas, no es fácil liberarse de él.

La propuesta de Dios la concreta Jesús y es desafiante: **crear una economía alternativa – solidaria. Recrear el sistema distributivo.** Esa era la utopía de la Primera Comunidad[15].

Para los seguidores de Jesús la solidaridad no es opcional, sino una exigencia absoluta. Por eso el que rompe la comunión solidaria muere a la Comunidad[16].

El proyecto de la Vida Religiosa

"La meta de nuestra acción en el campo económico debe apuntar hasta reducir la pobreza, contribuir a cambiar las estructuras políticas y económicas que están al origen de la situación económica mundial. Para ello no puede faltar una veta profética en nuestro modo de proceder con los bienes. Es importante apuntar a "globalizar la solidaridad" y ofrecer así los elementos principales de una globalización alternativa... La meta es ambiciosa pero algo se puede hacer al menos a nivel de signo"[17].

La solidaridad se da en la creación del sueño latinoamericano desde, con y como los pobres, con conciencia, con creatividad, con sentido crítico y con expectativas alcanzables y frutos visibles a lo largo del proceso.

Frente a la pobreza de nuestro continente y del mundo sólo es posible ser solidarios, cuando se siente como el Dios del Éxodo:... **ver... oír... bajar... liberar**. Ahí se nos revela como el Dios de los sentidos, el Dios que siente en sus entrañas el dolor de su pueblo. Sólo es posible ser solidarios con dolor en las entrañas, con estremecimiento en nuestro ser frente a tanto dolor, a tanto

sufrimiento y con un proyecto liberador.

En toda la vida cristiana, la unión estrecha con el Padre y la comunión con los hermanos fundamentan la solidaridad: "... el compromiso social es la parte visible de una profunda espiritualidad. ...del evangelio nos viene la exigencia de que los bienes sirvan para crear y reforzar la comunión, vivir la dependencia del Padre, ejercer la libertad frente a lo que se posee y la prudencia frente a lo que se usa"[18].

¿Por qué esta situación histórica de injusticia y opresión si hay tantos creyentes? ¿Qué se hizo la solidaridad de los cristianos?, ¿qué se hizo la solidaridad de los religiosos? ¿Dónde y como aparece en nuestra vida el testimonio de Jesús pobre y solidario? ¿Acaso nuestra vida y nuestro discurso están divorciados de la vida y de la realidad de los pobres? ¿Qué se hizo la fuerza inspiracional de nuestros carismas? ¿Hacia dónde hemos orientado el volver a las fuentes, la refundación? ¿Será que el sistema nos absorbió sin darnos cuenta?

Es hora de volver a la Iglesia del Jesús del Evangelio, a la propuesta de la Iglesia de los pobres, que busca con denuedo la liberación total e integral del hombre, solidarizándose con él y haciéndose la buena noticia para todos.

No tenemos el poder para destruir el sistema neoliberal, pero podemos construir una alternativa al espíritu del sistema y podemos vivir contra el espíritu del sistema. La solidaridad comunitaria, la articulación comunitaria en redes de solidaridad tienen la fuerza para construir resistencia cultural, ética y espiritual.

Podemos y debemos "trabajar para que la gente llegue a tomar conciencia y a ser sensible de los males del neoliberalismo y de sus consecuencias y a no tener miedo a denunciarlo. Conocer, participar y apoyar los organismos que promuevan cambios sociales y económicos y que defiendan los derechos humanos y la ecología..."[19]

Vale la pena recordar y retomar la fuerza profética de los años 70-80. Puebla expresaba su gozo y su esperanza porque "la opción preferencial por los pobres es la tendencia más notable de la vida religiosa latinoamericana"[20]. Y la CLAR en 1988 decía: "Se verificó una vez más la inserción como una de las fuentes inspiradoras para el conjunto de la vida religiosa, que busca profundizar su fidelidad al carisma en la situación de dolor y esperanza de nuestros pueblos".

El P. Alberto Parra, S.J. expresa un deseo que se convierte en una propuesta y en un buen proyecto de vida. Bien vale la pena escucharlo y acogerlo:

"De la opción por el pobre, en cuanto víctima de la culpa ajena, ojalá quedara en nuestra Iglesia y en nosotros:

- La opción por los intereses del pobre.

- La opción por la "clase" social de los pobres.

- La opción por los modelos de economía y sociedad que resuelvan o mitiguen el impacto de la pobreza generalizada.

- La opción por las formas de organización popular en que los mismos pobres defienden su causa y sus derechos (huelga, paro, protesta, reivindicación laboral o salarial, defensa

de marginados étnicos, sociales, sexuales).

• La opción por las culturas populares en cuanto imaginarios de representación del mundo y de la sociedad en formas alternativas a los modelos dominantes.

• La opción por la educación popular que no signifique la simple entrada del pobre en el mismo sistema que lo ha dominado y empobrecido: educación para el cambio.

• La opción por la inserción y acompañamiento del pobre allí donde vive, padece, ama, crece."[21]

Ser pobre como los pobres y ser solidario como ellos es condición esencial para quien quiera seguir al Jesús del evangelio, para quien quiera construir su Iglesia, la Iglesia de los pobres, que son bienaventurados viviendo y proclamando los valores del evangelio y para quien crea en el amor y no vea el reino como una ilusión.

Ser pobre y solidario es un camino de fe y de convicción. Sólo escuchando al pobre y al evangelio se puede ser pobre y solidario de verdad. Sólo en un plan de alianza con Dios se puede entender y asumir la pobreza solidariamente.

Los Fundadores de la vida religiosa son fieles profetas y testigos de esto. Quiero poner un ejemplo de un fundador, profeta de la pobreza y de la solidaridad:

Francisco de Asís buscaba la forma de seguir a Jesús; había oído su llamado, había escuchado la voz del Cristo de San Damián que lo llamaba a reconstruir la Iglesia, pero fue el encuentro con el pobre, con el leproso y con el evangelio lo que centró su conversión. Al escuchar lo que dice Jesús a sus discípulos cuando los envía a predicar, es decir, que "no lleven para el camino ni oro, ni plata, ni alforja, ni pan, ni bastón, y que no usen calzado, ni dos túnicas"[22]. Al oír estas palabras, Francisco, "saltando de gozo, lleno del Espíritu del Señor, exclamó: `esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón deseo vivir` "[23]. El sentir a Dios como sumo y único Bien, el sentirse hermano de todos en especial de los pobres, el despojarse de toda posesión y empezar a construir una nueva sociedad, lo hace verdaderamente libre y bienaventurado.

La identidad y la credibilidad de la vida religiosa pasan por la fidelidad al voto de pobreza en todas sus dimensiones, vivido con espíritu de solidaridad de acuerdo con las exigencias de los signos de los tiempos.

Es este un camino de fe para hacer. Es una necesidad para quien quiera seguir fielmente a Jesús. Es un grito - reclamo desgarrador del pueblo de Dios. V

[1] Cf. 2Cor. 8; 9
[2] Cf. Mt. 5;3, 18;3, y 19;16
[3] Cf. Mt. 6,24
[4] Cf. Lc. 19,1 y 18,18
[5] El pobre es el puente para salir al encuentro con Jesús siendo los pobres quienes mejor nos evangelizan (Puebla, Art. 1147)
[6] Exigencias que movieron a muchos de nuestros fundadores a responder ante un mundo dinámico
[7] Cf. Mt 19; 21
[8] Cf. Lc 4; 18-19 y 18; 8
[9] (USG 60Asamblea General 2002).
[10] Cf. Constitución Gaudium et Spes art 1932
[11] El fundamento lo encontramos en el rostro del Dios solidario. (Éxodo 3,7-10). ¿Quién es el ser humano? "Imagen y semejanza de Dios" (Gen.1,26). Después de la liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto, Dios empieza a educarlo. Qué quiere y qué le propone Dios a su pueblo? Un sistema socioeconómico nuevo, distinto al de las pirámides de Egipto. Le propone un sistema circular, no acumulativo, no opresor, no piramidal. Le propone un sistema solidario. **"Lo que se guarda se pudre". (Éxodo 16, 16-30).**
[12] Cf. Mc. 8,1-21 – 6,35-44.
[13] Cf. Mc.6; 37
[14] Cf. Mc.6;42
[15] Cf. Hechos 2,44-45; 4,35
[16] Cf. Hechos. 5,1-11
[17] Cf. USG –47-
[18] Cf. USG 48-49
[19] Cf. USG 54-57
[20] Cf. Puebla Art. 733
[21] Meditación Teológica sobre América pobre
[22] Cf. Lc. 9,2b-3
[23] Cf. Escritos de San francisco; 1Cel. 22-23

Espiritualidad desde los pobres

Luis Alfredo Escalante Molina, S.D.S.

MOTIVACIÓN

Dada la complejidad de los tiempos actuales y la crisis de los modelos ascéticos, dogmáticos y cerrados de vida cristiana que funcionaron en otros tiempos, es urgente recrear las maneras de ser cristianos hoy, de modo que viviendo con espíritu nuestra vida podamos responder como religiosos (as) a lo que nuestra realidad tiene de conflictiva y de esperanzadora.
Por ello, este primer retiro del año pretende ayudar a reflexionar en torno a la vivencia de nuestra espiritualidad como religiosos (as), identificando las fuentes evangélicas que deben inspirarla y las condiciones históricas que deben encarnarla. De este modo suscitará una actitud de apertura a la refundación espiritual a partir de la integración de nuestra experiencia mística y nuestro compromiso histórico.

1. REALIDAD Y ESPIRITUALIDADES EN LA ACTUALIDAD

1.1. Nuestro ser de cristianos en el mundo de hoy

Los problemas que vive hoy la humanidad y que han aparecido junto al desarrollo de la ciencia y la técnica nos llevan a replantear nuestra manera de amar y seguir al Señor. Igualmente las nuevas tendencias espirituales que en esta época surgen nos hacen pensar en la necesidad de fortalecer y radicalizar nuestra mirada al pozo de vida espiritual del Evangelio.

El mundo actual nos ofrece un panorama desafiante pero a la vez atrayente; y en muchas ocasiones como cristianos (y como religiosos) más que influir significativamente en esos contextos, lo que hemos hecho es dejarnos influenciar por esas tendencias existenciales. Algunos de los problemas que más cuestionan nuestro papel en el mundo y en la Iglesia son:

• Globalización: concentración del poder, consumismo.

• Individualismo: divisiones, desigualdad y exclusión entre los creyentes.

• Escepticismo: desencanto e indiferencia ante las utopías y grandes búsquedas.

• Pérdida de credibilidad debido a anti-testimonios e incoherencias al interior de ella.

• Inmovilismo, involucionismo, miopía, ausencia de novedad y creatividad.

• Indiferentismo, falta de radicalidad, de compromiso real y transformador.

• Aceleración de la vida: activismo, falta de discernimiento espiritual y de planeación de la acción pastoral.

• Inmediatismo y facilismo en la misión.

Nos hallamos, entonces, en el corazón de una época de crisis en todos los órdenes de la vida y por tanto en la dimensión espiritual; el indiferentismo, la idolatría, la crisis del discurso racional, el pesimismo frente a las utopías, la pasividad conformista frente al presente, el escepticismo frente a las acciones, el pluralismo de opciones, la rapidez de los cambios, la variabilidad de situaciones y el cinismo creciente frente a la injusticia, la miseria y el dolor de los demás, que invaden el mundo desde hace algunos años, han irrumpido también en nuestras mentes religiosas, en nuestras familias, iglesias y comunidades.

En el decir de algunos analistas, asistimos a un tiempo de confusión y a la vez de sequía espiritual, pero junto a esto, a una especie de "prostitución espiritual" en donde carecemos de suficiente claridad y radicalidad cristiana, lo que nos lleva a acoger ciega e ingenuamente todo lo que se nos ofrezca en materia espiritual. Nuestra espiritualidad es ya un abanico de corte sincretista en donde cabe todo lo que nos ofrecen y nos conviene, venga de donde venga.

Otros, van más allá y afirman la existencia de un involucionismo o retroceso respecto a la vivencia espiritual pues domina una tendencia a volver atrás, a asumir actitudes dicotómicas, ascéticas y personalistas que –sobre todo- en la antigüedad y el medioevo marcaron el ritmo de la vida cristiana y de donde se desprenden ciertas barbaridades cristianas.

En efecto, hoy la mayoría de cristianos atravesamos una crisis de espiritualidad, no solo porque muchos vivamos sumidos en el inmediatismo, el activismo y la superficialidad, sino porque también muchos hemos confundido la espiritualidad con aquella paz interior en búsqueda de una supuesta "perfección de vida" que promueve más unos sentimientos individualistas y pietistas que una inmersión en el universo de lo humano, es decir, en la historia personal y social, para que la fe impregne de sentido la vida.

Hemos separado la fe de la existencia concreta, es decir, de las problemáticas humanas complejas y desafiantes que nos van tocando vivir cada día; en los últimos siglos nos ha costado vivir a la manera de Jesús de Nazaret. Por otra parte, hemos reducido el espíritu heredado de nuestros fundadores y fundadoras al conocimiento de unos datos histórico-biográficos, a la repetición de las formas de orar o discernir, a la expresión de cualidades externas propias de ellos y de su época; ciertamente, estas son actitudes importantes pero no constituyen lo esencial o fundamental de la congregación.

Como herederos de tradiciones y testimonios liberadores, alegres y sugestivos nos hace falta identidad y decisión tanto en el ser como en el quehacer cotidiano al interior de nuestras familias religiosas, en la Iglesia y en el país, porque hemos sido enviados a favor de ellos para reconstruirlos y

transformarlos con la mano y la fuerza de Dios.

1.2. Nuevas búsquedas espirituales

Dado que la espiritualidad responde a la necesidad de vivir conformes al espíritu de Dios en vez del orden de cosas de la sociedad, es bueno tener presente que las múltiples manifestaciones o tendencias de espiritualidad en los tiempos actuales más que caprichos de algunos indiferentes o sectarios, poseen sus orígenes que explican y dan razón de su existencia y de su expansión en todos los ambientes de la sociedad.

Son muchas las razones, acontecimientos, crisis o vacíos que han generado una variedad de búsquedas o tendencias espirituales en esta época:

• El escepticismo y la indeferencia por parte de muchos "buscadores" de sentido en su vida y en la historia; y también de muchos hombres de fe en las iglesias y religiones frente a los tipos de espiritualidad racionalistas, sumisos, cerrados, propios de las instituciones. Y, frente a la "quietud y silencio de Dios" (y de los creyentes) ante grandes barbaries humanas.

• La inconformidad de muchas personas ante el éxito, el poder, el prestigio -según los criterios corrientes- que no daban sentido a sus vidas.

• El que la Iglesia a través de sus líderes ha creído que la fe es cuestión de verdades (muertas), dogmas. No ha ofrecido caminos de búsqueda de realización personal y comunitaria, sino respuestas cerebrales a los interrogantes de la gente.

• Se ha cultivado una espiritualidad privada, intimista, escondida, monótona, ascética. No se ha cultivado una praxis y una espiritualidad comunes (clérigos-laicos) sino que han dos espiritualidades diferentes. Por otro lado la jerarquía ha estado más pendiente de sus respuestas (teóricas) a las ideologías que al proceso interior de los miembros de la Iglesia. No han sido místicas peregrinas con la gente, desde sus propias situaciones.

• El orgullo de la Iglesia que le ha hecho sentir como lo máximo, lo único, lo mejor, como la depositaria de la salvación y hasta la "salvadora". Y se ha incitado a la defensa de la fe mediante la oposición a otras expresiones religiosas más que ayudar a sentir la salvación en las vidas concretas de los creyentes.

• La marginación (pobreza, violencia) y desestructuración interior (miedos, inseguridad, inmadurez) que tiene que soportar muchas personas dentro del ritmo de las sociedades actuales.

• Estas nuevas espiritualidades tienen sus propias particularidades teóricas y expresivas que las configuran como espiritualidades laicas.

• Experiencias no referidas a las tradiciones tanto cristianas como no cristianas.

• Una Mística sin credo y sin Iglesia: "Espiritualidades desarrolladas al margen de las iglesias y religiones, que suprimen lo religioso", "Teologías sin iglesia y sin revelación".

• Fe y adoración de un Dios impersonal, etéreo, abstracto (energía), pero eficaz respecto al vacío de identidad, libertad y realización personalista de la gente.

Creo que la espiritualidad cristiana se ha dejado intimidar e influenciar por esta visión mutilada y adversa que campea por esta sociedad y toca a las puertas de nuestra iglesia. Se ha generalizado un clima de aridez espiritual, de tibieza y permisividad existencial. Nos hemos acomodado al sistema de cosas del capitalismo y de una Iglesia desencarnada.

Es posible que como religiosos y religiosas (comunidades) tengamos muchos momentos de oración comunitaria, de meditación personal, de retiro, de discernimiento y de trabajo pastoral, y tal vez nos sintamos muy bien y deleitemos esos bellos momentos; pero puede ser que pase como cuando se va a un concierto, a un cine, a una fiesta. Todo es bonito y uno se emociona, pero todo pasa, todo sigue igual, nada cambia, la vida sigue tal cual como antes.

Por eso, podemos decir que incluso nuestra manera de expresar la dimensión espiritual de nuestra vida cristiana, no es la adecuada; nos estamos equivocando en nuestra oración, meditación y retiros. No estamos articulando la vida con la oración, la mística está siendo una cosa y la vida, la pastoral otra aparte. La oración no parte de la vida, y la oración no es llevada a la vida.

2. LA ESPIRITUALIDAD EN SENTIDO CRISTIANO

2.1. La espiritualidad como manera de vivir

La espiritualidad configura toda la vida del ser humano, ya que "todo ser humano tiene una vida espiritual, pues, lo quiera o no, lo sepa o no, está abocado a confrontarse con la realidad y está dotado de la capacidad de reaccionar ante ella con ultimidad"[1]. La vida espiritual constituye, entonces, la búsqueda de una vida acorde con el Espíritu en función de una mejor vivencia de las distintas experiencias humanas al interior de la historia concreta de cada persona y cada comunidad.

Así, espiritualidad es la actitud de las personas que viven con espíritu (en términos generales), pues la divinidad se manifiesta en y para los seres humanos independientemente de la religión que se siga; en este sentido, puede decirse que hay una espiritualidad genérica, fundamental, propia de todo ser humano, a ella se le llama *dimensión fundamental-teologal*[2].

La espiritualidad debe impregnar las diversas dimensiones del ser humano: lo biológico, lo psíquico, lo espiritual, lo político, lo económico, lo intelectual, lo cultural, etc. La vida con todas sus situaciones positivas y negativas debe ser asumida desde la gratuidad de un Dios que desea lo mejor para los humanos. Pero no se trata de vivir de cualquier manera la vida y según cualquier espíritu; se trata de vivir con espíritu para responder sabiamente a lo

que la realidad tiene de negativo (crisis) y de bueno (promesa)[3]. Es decir, se vive con espíritu buscando enfrentar dicha realidad y transformar lo crítico en promesa esperanzadora.

Se puede decir que espiritualidad es aquel espíritu con que se afronta lo real, la historia en que vivimos con todas sus dimensiones complejas y sus situaciones concretas[4]. Es aquello que da sentido a la existencia que debe desarrollarse y planificarse en una realidad concreta.

Viviendo en el seno de esa realidad, asumiéndola y tratando de responder alternativamente a ella, se tiene una experiencia -personal, y por ende, colectiva, grupal- de Dios; allí en esa misma realidad se hace presente el misterio de Dios y cada hombre y mujer son llamados a tomar conciencia y a reaccionar frente a esa realidad que tenemos dentro y frente a nosotros.

El hombre y la mujer espirituales, entonces, son aquellos que viven la existencia a la luz de un espíritu determinado que les impulsa a la realización y superación permanentes; aquellos que saben leer, interpretar y asumir a la luz de Dios todas las situaciones que la vida les trae, tanto las conflictivas y dramáticas, como las gratificantes y satisfactorias.

Juan nos presenta a Jesús ubicando a los discípulos en referencia con el mundo: Jn 17, 15-21. Es en el mundo y no en otro lugar en donde se debe vivir según el Espíritu; pero también, es con un auténtico espíritu como se debe vivir dentro de este mundo, no se puede vivir de cualquier manera.

2.2. La espiritualidad cristiana como camino de realización

** Espiritualidad cristiana: santidad desde la vida concreta*

En los tiempos actuales es palpable una brecha enorme entre la vida espiritual interior tanto personal como comunitaria (**dimensión mística**) cultivada por los cristianos y la praxis socio-histórica o existencial asumida por ellos (**dimensión profética**).

Según Jesús Espeja[5], uno de los rasgos más significativos en la vivencia de una espiritualidad cristiana en los tiempos actuales, consiste en una apertura y fidelidad al misterio de Dios en cuanto revelado, encarnado, inmerso en la misma historia de los hombres y mujeres que buscan construir sus vidas teniendo en cuenta las exigencias y directrices que se desprenden de la manera como Jesús de Nazaret asumió su propia vida dentro de una historia concreta. De hecho, cristianos "son aquellos que están llenos del Espíritu de Cristo y lo están de una manera viva y constatable, puesto que la fuerza y vida de este Espíritu invade toda su persona y toda su acción"[6].

En el testimonio de Pablo es claro que la vida de los cristianos debe ser asumida a la manera de Jesús (cfr. *La humildad de Jesús: Flp 2, 1-11)*. La espiritualidad cristiana supone *realizar o construir la vida con el Espíritu de Jesucristo*[7], es decir, bajo la inspiración del mismo Espíritu que movió a Jesús de Nazaret; por tanto, la espiritualidad

del cristiano consiste en seguir a Cristo[8], lo cual exige tomarse la vida desde los parámetros del Evangelio, desde la profecía y el apostolado que brota de la misma predicación y praxis de Jesús.

Actualmente hay quienes creen que los tiempos del martirio, del profetismo, de la denuncia, de la crítica han sido superados por una tendencia o actitud sapiencial, de la prudencia, del símbolo, del sentimiento y la armonía integral. Lo cierto es que en Colombia y en mundo la pobreza y los pobres se han multiplicado, las formas de violencia y terrorismo se han diversificado, las expresiones de la injusticia y la corrupción se han generalizado, y la injusticia y la desigualdad socio-cultural se han agudizado. Esto muestra que hoy el profetismo de los cristianos y cristianas sigue siendo válido y pertinente.

La pluralidad de la época y la cruda realidad que vivimos nos desafía a aceptar una santidad "secular", una santidad también en términos socio-políticos que brota de -y a la vez genera- un compromiso con la transformación de la sociedad; una espiritualidad que parte y culmina en una incidencia eficazmente liberadora en el concierto de la política, la economía, la cultura, la ciencia, el arte, la academia, la empresa, el campo, la oficina, la parroquia, el barrio, el hogar. Una espiritualidad que pretende que el Reino de Dios tome carne en la vida concreta de los seres humanos.

* La espiritualidad cristiana como seguimiento de Jesús

La vida y la praxis del seguimiento de Jesús constituyen la esencia y el núcleo de la vida cristiana en todos los tiempos[9]. Aunque durante la mayoría de los siglos de existencia del cristianismo se ha insistido en una espiritualidad egoísta, intimista, dicotómica y desencarnada, y se ha deformado o desfigurado la espiritualidad cristiana, debemos reconocer que en los primeros tiempos del mismo los primeros testigos de la pascua (y discípulos) comprendieron y asumieron la fe en Jesús como seguimiento suyo. Por ende, la espiritualidad y misión estaban centradas y sembradas en el Espíritu del Maestro; es decir, su existencia concreta tenía que ser vivida al estilo de Jesús, en términos apostólicos, proféticos, transformadores, misericordiosos y fraternos.

El que esta espiritualidad tenga un matiz de seguimiento sugiere que el cristiano debe establecer una estrecha relación con Jesucristo (***adhesión***) y por tanto exige llevar una vida en comunidad (***cercanía***) y para el compromiso (***movimiento***)[10]. Cercanía y movimiento llevan a superar la tendencia al inmovilismo y la involución, a la seguridad y la tranquilidad, al conformismo y la rutina; más bien, exige apertura y conversión, libertad y disponibilidad, reencantamiento y creatividad, propios del Espíritu de Jesús.

Relación profunda y comunión de vida son elementos constitutivos del seguimiento por cuanto Jesús mismo llama amigos o discípulos para que estén con él, vayan con él y para que prediquen el Reino, por ello, a la vez que hace comunidad con ellos los envía a todas las gentes a anunciar la Buena Nueva (Cfr. Mc 3,13-14; Jn 12,26). En este sentido, Dios es compañero, caminante, lanzador de hombres y

mujeres hacia un compromiso responsable de cara a la transformación del mundo y de la historia en orden a su voluntad.

Se percibe, entonces, una espiritualidad de carácter para el compromiso. El cristiano es llamado a construir el Reino de Dios, esto es, a tomarse la vida a la manera de Jesús de Nazaret, desde la perspectiva de la justicia, la fraternidad y la paz. La espiritualidad que brota de nuestras fuentes -desde los primeros movimientos cristianos- es una espiritualidad impregnada de dinamismo, coherencia, entusiasmo, lucidez y valentía. En los términos anteriores, todo cristiano tiene la tarea de realizar la asunción o realización plena de su propia vida y de la historia social en la que vive desde el Espíritu que ungió e inspiró a Jesús de Nazaret, en esto consiste la tarea de construir el Reino.

Algunos pasajes del Evangelio nos presentan la necesidad de abrirnos al Señor, quien toma la iniciativa y nos da su Espíritu, el que nos puede llevar a ubicarnos en la historia de manera siempre nueva y concreta:

• La semilla que cae: Mc 4, 1-9.

• Renacer del Espíritu: Jn 3, 1-12.

• La samaritana que acude al pozo: Jn 4, 1-45.

Seguir a Jesús implica asumir su causa, sus opciones, su manera de asumir la vida, su modo de ubicarse frente a la historia y de acoger la voluntad de Dios dentro de ella.

2.3. El mundo de los pobres como auténtico camino espiritual

Es claro que el reinado de Dios irrumpe entre los últimos; que los pequeños, los pobres y pecadores son a la vez los destinatarios y los portadores privilegiados del Reino[11]. El Reino irrumpe en el corazón de un pueblo como el nuestro, empobrecido y desechado por quienes tienen el poder de decidir la vida y el éxito de todos. Por tanto, no es buena noticia para los poderosos, acaparadores, acreedores y opresores. Sin embargo, pareciera que con la manifestación de Dios en primer lugar a los pobres, se garantizaba su manifestación a todos los seres humanos.

En sentido analógico, puede decirse que hoy el Reino es buena noticia especialmente para las gentes más pobres y necesitadas de nuestro pueblo (arriba descritos): los empobrecidos por el sistema, los habitantes de los sectores populares, los campesinos, las mujeres, los niños, adolescentes, jóvenes y ancianos, los desempleados, los indigentes, las comunidades indígenas y negras, los desplazados forzadamente, etc. Son ellos quienes desean ansiosamente que el orden sea restablecido, están cansados del sistema opresor dominante en ese momento, y esperan que Dios intervenga de cara a una transformación de las condiciones actuales de vida.

Consecuentemente, de aquí brota la principal opción y preocupación de todo seguidor de Jesús, estar de parte, a favor de los últimos de la sociedad. Jesús se pone del lado de aquellos que por

razón de raza, situación económica, estado de salud, situación mental están en la base del círculo social judío, y muchas veces son excluidos de él. Es preciso que los cristianos luchemos por hacer de este mundo el lugar en donde ese Reino tome presencia, un banquete en donde todos quepamos y tengamos todo lo que necesitamos para vivir dignamente, como hijos de Dios y hermanos en Cristo. Nuestro mundo debe ser el Reino de Dios, nuestra causa es la causa de Jesús. Nuestra fe implica una actitud o talante profético, transformador, liberador, renovador de la vida y de la historia; porque el Reino es posible en la medida en que los seguidores de Jesús seamos fieles y radicales en la identificación con su causa y seguidores de sus posturas frente a la vida.

En los evangelios queda claro que ellos son los pobres quienes primero acogen el Reino (cfr. Mt 11,25-27). Jesús anuncia el Reino como Buena Nueva para todos y todas pero sobre todo para los pobres, los desposeídos, los oprimidos, los desclasados, los últimos (cfr. Lc 4,18; 7,22; Mt 11,5); declara que el Reino les pertenece, que es propiedad de ellos, por eso se lo entrega (cfr. Lc 6,20; 7,22); y también es de aquellos que se hacen pequeños, que se solidarizan con ellos, que luchan por ellos y se juegan la vida en su favor. De allí que Jesús acoja preferentemente y trate de reivindicar a los pobres, niños, mujeres, enfermos, publicanos-pecadores, endemoniados, etc. Ellos son modelo de auténtica humanidad.

3. HACIA UNA ENCARNACIÓN DEL ESPÍRITU DE JESÚS

3.1. Una espiritualidad desde la frontera

Es importante no olvidar que el Reino tiene estas implicaciones liberadoras de la situación difícil de los últimos de esta historia, de las víctimas, de los pobres, enfermos y pecadores de Israel; es aquí en donde encuentran explicación los pequeños signos de acogida, solidaridad, compartir, perdón y nueva visión de la vida, gestos de liberación o bienestar realizados por Jesús a favor de los más necesitados como expresión de la presencia del Reino.

Una espiritualidad liberadora, entonces, es una espiritualidad del margen, de la periferia, del desierto, en contra de la injusticia, la miseria, la violencia y la inmisericordia que se han tomado nuestras sociedades. Una espiritualidad que centra la mirada en Jesús más que en el éxito y poder de quienes dominan y controlan el mundo en todos sus órdenes: social, político, económico, cultural, energético y científico-técnico.

Lo que define que una espiritualidad sea encarnada es: que se garantice el que ella tome carne; sea llevada a la vida cotidiana; sea enriquecida por la propia experiencia de fe del pueblo creyente; sea celebrada y fortalecida permanentemente desde la crudez de la vida misma; lance al compromiso sencillo de transformación de la historia mediante una praxis profética y creativamente sugerente.

3.2. Una espiritualidad comunitaria

Nuestra condición de religiosos tiene que llevarnos a cultivar una espiritualidad que recrea la comunión y la fraternidad. Hoy, es urgente promover una praxis comunitaria, de pequeñas comunidades que posibiliten un compromiso transformador de la propia vida y de la historia social. Por ello, tenemos que juntarnos y testimoniar la fraternidad y la comunión que nos vienen de las raíces trinitarias de nuestra fe y de la experiencia original de los primeros creyentes en Jesucristo Resucitado. Las comunidades cristianas tienen que alimentar día a día la comunión y luchar por erradicar tantas situaciones que atentan contra la vida, la unidad, el desarrollo y bienestar integral de las personas que hacen parte de esas comunidades, grupos y familias, en especial de quienes son más pobres y más sufren.

Además, es urgente promover y cultivar entre nosotros una mentalidad económica del compartir lo que se es, se sabe y se tiene (**Mc 6,35-44; Hech 4,32-37**): El gran milagro de Dios consiste en abrir el corazón de las personas con el fin de llevarlas al **compartir** con los demás (como lo revela el milagro de los panes y peces que alcanzaron y sobraron narrado por Mc 6,35-44). Cuando los bienes se ponen al servicio de todos y con el fin de solucionar las necesidades de todos, ellos alcanzan y sobran. Esto constituye una experiencia realmente maravillosa (Hech 4,33).

Hoy es urgente recuperar y valorar el sentido de la organización, la articulación y la fraternidad entre las personas de los ambientes pobres y marginales de esta sociedad; como también es imprescindible dar un paso hacia la promoción del encuentro y la sensibilidad social en las personas pertenecientes a ambientes intelectuales y académicos. Solo así se logrará emprender marchas eficaces de transformación y renovación social. Son urgentes unas nuevas comprensiones y prácticas al interior de la Iglesia.

Nuevas comunidades en las que las personas se encuentren para conocerse, integrarse, divertirse, orar, apoyarse mutuamente y buscar soluciones concretas y eficaces a las necesidades más sentidas entre las personas y familias. No bastan los esfuerzos grupales para celebrar acontecimientos sociales, o religiosos, o psicológicos, o económicos. Es preciso pensar en experiencias alternativas al individualismo y el egoísmo socializados actualmente; CEBs, Círculos bíblicos, Comunidades campesinas, Comunidades de profesionales, Grupos de reflexión, de oración, de apoyo moral, de desarrollo comunitario, etc.

3.3. La celebración como inspiración de vida cristiana

La celebración cristiana deber ser el espacio y el momento en el cual la persona y la comunidad expresan su vinculación a Dios, al universo y a los otros. Allí se revive el sentimiento de entrega total a Cristo en el servicio a los hermanos más necesitados. Por ello, toda celebración es alimento y luz que suscita la presencia viva del Señor en nuestras vidas, las nuevas relaciones con los hermanos y el compromiso con la justicia y la paz. En este sentido, el culto es la celebración del encuentro y

unión con el Señor. Las celebraciones salvatorianas, por tanto, han de imprimir un tinte especial de salvación real para cada familia y comunidad reunida en torno al Salvador.

Celebraciones vivenciales, que integren las relaciones interpersonales, las situaciones propias de las personas, los gestos del tocar, reír, llorar, comer, cantar y moverse. Que partan de las situaciones cotidianas y concretas de la vida de la gente, de modo que la celebración sea inspiración de ánimo, fortaleza, compromiso y renovación en el seguimiento de Cristo.

Celebraciones simbólicas, que integran la creatividad, la recursividad, la novedad y sencillez para hacer presente las realidades divinas; es decir, unas celebraciones que más que repetir palabras de manera mecánica, hace presente algo grandioso con ese lenguaje accesible para toda la gente que se congrega para celebrar su fe y motivar su vida. Una simbólica existencial que realmente actualice el acontecimiento salvífico realizado en Jesucristo y posibilite el encuentro de Dios con las personas y con la comunidad.

Celebraciones basadas en la Palabra de Dios como norma no normada que revela la lógica de la revelación de Dios e inspira la praxis del Reino de Dios y su justicia, a la manera de Jesús y sus primeros seguidores. Ella es el "**Libro de Biblia**" que permite leer el "**Libro de Vida**" para aprender a caminar según la voluntad de Dios y con miras a la madurez comunitaria. De este modo, nuestra lectura y estudio de la Escritura ha de ser desde problemáticas actuales que se viven en cada hogar y en cada comunidad, partiendo de las situaciones concretas para iluminarlas luego con la Palabra de Dios y volviendo finalmente a esas situaciones para trasformarlas en oportunidades de realización personal, familiar y comunitaria.

Celebraciones sencillas pero fortalecedoras, promovidas al interior de las familias, los grupos, comunidades eclesiales, cuadras y sectores, con el fin de crear una conciencia orante y contemplativa, de modo que los cristianos logren mantener viva su misión y seguimiento de Jesús y no desfallezcan en la prácticas de los valores y compromisos alternativos frente a los problemas de esta sociedad.

Es urgente el ejercicio de la creatividad, la inculturación y el dinamismo recursivo que busque la creación de nuevos modelos celebrativos que desborden la rubricidad y la rutina actuales, manteniendo prudentemente la identidad teológica y espiritual. Sólo en este sentido podremos contar con una celebración que hace parte integrante de la vida humana y que a la vez incide en la forma de vida al interior de cada comunidad eclesial y de esta sociedad colombiana tan urgida de compromiso, justicia y solidaridad. Así, la liturgia, el rito, la celebración y la oración serán fundamentales en la misión evangelizadora que desempeña la Iglesia en el seno de este país pobre, adolorido y desencantado. En este sentido, la celebración cristiana es teología, por cuanto "**celebramos lo que creemos**" y "**creemos lo que celebramos**".

3.4. Una espiritualidad desde los pobres y las víctimas

La vida en pobreza implica también una

escucha atenta del clamor de los hermanos más pobres[12], un compartir la vida, sus dolores, clamores, sudores, olores (experiencia tan válida en este tiempo de la confrontación, del tocar y sentir cercana e intensamente). Es amar nuestras raíces populares y luchar por nuestra propia gente.

Si en los pobres, gracias a Dios todo adquiere sentido salvífico-liberador, todo, incluso su miseria, su dolor y su muerte, entonces, el trabajo evangelizador implica la plenificación de la sufrida historia humana y la búsqueda de una praxis transformadora de esa historia. Es enorme lo que los pobres nos entregan; ellos estimulan la salvación de otros; Jon Sobrino afirma: "Los pobres aceptan a Dios, escuchan el Evangelio, no tanto como verdad sino como Buena Nueva... ellos nos ayudan... Lo que esa gente hace nos humaniza a todos, nos evangeliza". Ellos con su vida y desde su situación asumen una acción evangelizadora, centrando su mirada en Jesucristo y teniendo en cuenta la historia cotidiana. En este sentido se nos recuerda algo genial para la Iglesia de los pueblos tercermundistas, no sólo evangelizamos en y con los pobres, sino que ellos nos evangelizan. Me parece muy cierta y oportuna la expresión de Dorothee Sölle, que "los pobres son los maestros y evangelizadores, de ellos es de quienes hay que aprender lo que significa hoy la fe en Dios".

Me atrevo a pensar y a decir que una auténtica espiritualidad cristiana, liberadora, que concuerde con las exigencias de Jesús y los clamores de los pobres y marginados de esta época, sólo es posible vivirse al margen de la Iglesia institucional, en las pequeñas comunidades, en el anonimato, en el riesgo, en la aventura, casi en la clandestinidad.

De cara a una espiritualidad así (liberadora) hoy más que nunca, cuando ha crecido la pobreza, debemos pensar en una opción preferencial por los pobres como la mejor y más fiel alternativa cristiana, una opción:

• En tanto inserción: viviendo, sintiendo, acompañando, apoyando, fortaleciendo sus búsquedas y luchas cotidianas: pobres, desplazados, enfermos, indigentes, drogadictos, etc.

• Y en tanto incidencia alternativa y transformadora en las estructuras y centros de decisión del presente y futuro de nuestros pueblos: ministerios estatales, cargos públicos, medios de comunicación, etc.

De los pobres nos viene la capacidad de vivir la existencia en términos de resistencia y creatividad ante las tribulaciones y necesidades; de libertad y espontaneidad ante la complicada funcionalidad de las relaciones en la sociedad de hoy; de esperanza e ilusión ante las incertidumbres de la historia; de gozo y de fiesta ante las tragedias que la vida va trayendo a cada momento. Cualidades y riquezas que cargan de sentido la existencia.

La espiritualidad cristiana nos hace descender a lo más profundo de la vida humana y nos lanza luego a andar por ella con fuerzas y miradas novedosas, con las fuerzas y miradas de Jesús de Nazaret. V

---

[1] J. SOBRINO. *Espiritualidad y seguimiento de Jesús* en: Mysterium Liberationis II, Trotta, Madrid, 1990, p 452.
[2] Cfr. J. SOBRINO, Op. Cit., p 452.

[3] Cfr. J. SOBRINO, Op. Cit., p 449.
[4] Cfr. J. SOBRINO, Op. Cit., p 453.
[5] Cfr. J. ESPEJA, *La espiritualidad cristiana*, Verbo Divino, Estella, 1992. pp. 1-97.
[6] I. ELLACURIA, citado en: Sobrino, Op. Cit., 452.
[7] Cfr. J. ESPEJA, Op. Cit., p 16.
[8] Cfr. J. ESPEJA, Op. Cit., p 13.
[9] J.M. CASTILLO, El seguimiento de Jesús, Sígueme (Verdad e Imagen 96), Salamanca, 1989, pp 9-70.
[10] J.M. CASTILLO, Op. Cit., p 45.
[11] Actualmente, en la teología de Jon Sobrino, son llamados "víctimas", del dolor, la injusticia, la miseria, la muerte.
[12] Federico Carrasquilla titula uno de sus libros sobre antropología del pobre en este sentido: "Escuchemos a los pobres", porque de ellos surge un potencial renovador de la humanidad.

Espiritualidad inculturada

José Uriel Patiño Franco, O.A.R.

Unas palabras para comenzar

Siguiendo la tónica con la que comenzamos este encuentro, quiero compartir, a manera de pórtico, una sencilla oración.

Padre Santo:

Tú nos convocaste para ser tu pueblo, en tu Hijo, por la gracia del Espíritu. Tú nos reuniste de diferentes lugares para hacer de nosotros y nosotras, personas apasionadas por el Reino. Y te hemos contestado, fiados en tu misericordia: "aquí estamos, envíanos" a todas las encrucijadas, a todos los desiertos, a todas las fronteras; allí donde está tu pueblo, allí donde están tu pobres, excluidos y desechados.

Tú hiciste camino junto con nosotros y nosotras: nos sacias en la mesa de la eucaristía y en la fuente de la contemplación, nos diste a comer el pan de la palabra y beber el agua de la vida, nos confirmaste en el compromiso con los pobres y su liberación, suscitaste evangelizadores, profetas y mártires. Y nos fue dado ver, milagro de tu amor, evangelio, profecía y martirio darse las manos y abrir surcos de vida nueva en el suelo de nuestros pueblos.

Hoy vuelves a convocarnos para ser semillas de nueva humanidad; haznos concientes de la importancia de este momento, momento de gracia y bendición, momento de arrancar y plantar, momento de destruir y construir, momento de morir y resucitar. Danos un corazón limpio y una mirada transparente; cólmanos de ternura y vigor, de sencillez y coraje; préstanos la voz y la libertad de tus profetas; rocíanos con tu sangre y con la sangre de tus mártires; enséñanos a comulgar el sacramento del pobre y a dejarnos provocar por los nuevos signos de los tiempos.

Con María, la mujer agraciada, haznos fieles a esta hora y danos a saborear, en la paradoja de la fe, la verdad de tu palabra. Amén[1].

Para la mayoría de quienes estamos presentes no es extraño hablar de las cinco líneas inspiradoras de la CLAR: renovada opción preferencial por los pobres; el mundo de los jóvenes; la mujer y lo femenino; espiritualidad encarnada, liberadora e inculturada; y nueva eclesialidad. Tampoco es extraño el proceso de "volver a lo fundamental" con "fidelidad creativa" que está viviendo la vida religiosa y/o consagrada en América Latina a la luz del texto bíblico de Lucas 24, 13-35 "Por el camino de Emaús", con sus tres etapas: la memoria desde el presente, los desafíos del contexto latinoamericano y caribeño (los signos de los tiempos), y proyecciones y prospectivas de un volver a lo fundamental, de la refundación, de un volver a Jerusalén, sin olvidar que el camino es el símbolo más universal de la existencia humana toda vez que "sentirse en camino es estar en movimiento, orientado y proyectado hacia delante. Cuando alguien puede narrar su vida como un camino, está haciendo una confesión de fe: la ve organizada en torno a un sentido, atravesada por una

dirección"[2].

Igualmente, y como ya es costumbre, la Conferencia de Religiosos de Colombia anual y mensualmente ofrece a la vida religiosa en Colombia unos retiros espirituales para que alimentemos nuestra vida como hombres y mujeres que hemos sido consagrados por Dios, teniendo presente que "las mejores acomodaciones a las necesidades de nuestro tiempo no surtirán efecto si no están animadas de una renovación espiritual, a la que hay siempre que conceder el primer lugar"[3].

Sobre la base de las líneas inspiradoras, la Conferencia de Religiosos y Religiosas de Colombia, nos invita a reflexionar en torno a la espiritualidad, enfatizando el aspecto de la inculturación, teniendo como trasfondo los dos libros que la CLAR nos pide leer al acercarnos a esta línea inspiradora: la Biblia y la realidad; además, creo que las expresiones del padre Arrupe son válidas en este momento porque definía la inculturación como "la encarnación de la vida y del mensaje cristiano en un determinado contexto cultural, de tal forma que esta experiencia no sólo encuentra expresión a través de los elementos propios de la cultura en cuestión; también se convierte en un principio que anima, dirige y unifica la cultura transformándola y rehaciéndola como si naciese una nueva creación". En el fondo, existe una teoría y una praxis, que de alguna forma se autoimplican.

Además de lo anterior, y ya en un contexto más amplio, conviene recordar que la espiritualidad contemporánea ofrece cinco líneas distintivas concretas: la espiritualidad como opción fundamental y horizonte significativo de la existencia, la espiritualidad como experiencia de Dios, la espiritualidad como compromiso en el mundo, la espiritualidad liberadora y la espiritualidad comunitaria[4]. De estas líneas distintivas se desprende el futuro de la espiritualidad que tiene en la persistencia de las dimensiones personalista, experiencial, histórica, liberadora y comunitaria un gran filón en el cual se puede profundizar.

Inserción y encarnación como elementos de la espiritualidad inculturada

Vivimos en un mundo de culturas: andinas, indígenas, autóctonas, mestizas, criollas, occidental, etc.; la cultura nos invade a través de los medios de comunicación. También existe una especie de cultura chauvinista que niega a las demás culturas el título de cultura. La cultura, que para el Vaticano II es "todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales"[5], influye en mi modo de vivir y expresar mi fe, mi experiencia de Dios, mi espiritualidad; por eso mismo la espiritualidad debe ser inculturada, es decir, debe saber entrar en la cultura, pero descubriendo y señalando los elementos que probablemente puedan entrar en disconformidad con lo que es mi cultura; en este sentido la inculturación es un camino dialéctico en el cual la dinámica de la alteridad juega un papel decisivo.

En términos un tanto sociológicos, asumidos en un lenguaje popular, a veces con connotaciones espirituales, se podría decir que el primer elemento de

la inculturación es la inserción, compartir la vida, generalmente del pobre, en todo, pero con una gran limitante o una estupenda salida: siempre queda abierta la posibilidad de regresar a nuestro anterior lugar. En la vida religiosa esto puede suceder con relativa frecuencia, máxime cuando en unas ocasiones la inserción es vista como un "ir a vivir junto a los pobres", apareciendo más como unos ricos disfrazados de pobres que como unos pobres que queremos entrar en solidaria sintonía con las vivencias, las creencias, la organización, el pensamiento, las actitudes de los pobres. En otras ocasiones, no descubrimos los valores de los pobres, sus mitos, sus ritos, sus fiestas, su manera de celebrar la fe, sino que nos convertimos en pregoneros de sus resentimientos, perdiendo la oportunidad de dar un testimonio de la esperanza que les podemos ofrecer. Inculturar nuestra espiritualidad es algo más que "asumir" las líneas inspiradoras, es vivir a plenitud la experiencia del amor de Dios en las crestas de la profecía, en un respetuoso encuentro de libertades en las anchas autopistas de las enseñanzas del profeta de Galilea, de Jesús, el judío marginal, el Dios humanado, encarnado, "inculturado" podríamos decir, que no tuvo problemas para hacerse hombre sin dejar de ser Dios.

Entrando al campo espiritual, es más conveniente hablar ya no de inserción sino de encarnación no es vano "la encarnación es el modelo de la inculturación"[6]. Con la encarnación "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan 1,14) se reveló en la vida concreta de un carpintero judío; vivió su cultura como cualquiera, la cumplía en su quehacer diario y la festejaba en sus fiestas. El Hijo de Dios se hizo hombre, se hizo uno del pueblo, se hizo cultura y en ella reveló que Dios está presente todos los seres humanos, en todos los pueblos, en todas las culturas. Ahora, si nosotros deseamos que nuestra espiritualidad esté de verdad inculturada es preciso asumir las actitudes que tuvo Cristo, enseñar como él enseñó, amar como él amó, perdonar como él perdonó, anunciar la liberación como él la anunció, transformar la historia y la sociedad no a través de discursos sociológicos, como los tantos que había en su tiempo y como los tantos que hoy existen, sino a través de un amor generoso que se entrega hasta el fin y permanece para siempre "Yo estoy con ustedes todos los días hasta que se termine el mundo" (Mateo 28,20), superando aquella herida original que nos desgarra y afecta porque nos da miedo que no seamos capaces de amar ni de sentirnos amados y amadas.

De ello se deduce que una espiritualidad encarnada e insertada debe crear y generar, como mínimo: un trabajo por la justicia estructural, una sensibilidad ecológica, una adecuada construcción participativa de la comunidad humana, una experiencia de transparencia e intimidad responsable, y un reconocimiento de la radical dignidad e igualdad común que compartimos; en una palabra, es una verdadera excursión, un salir de..., donde nada está hecho, nada se espera, todo se construye, pero sobre unas bases previamente estipuladas para no perder el horizonte, para que la orientación sea precisa y así se pueda buscar una verdadera liberación que en ocasiones puede tener visos de confusión. Sólo así, la vida religiosa en la línea inspiradora de la espiritualidad podrá recrear la identidad primigenia de los carismas, podrá volver a lo fundamental, volver a descubrir esa manera nueva para encarnar la vida cristiana centrada en la enseñanza de Cristo y el

seguimiento de ese mensaje, sin olvidar que nuestra vida es "una participación en la acción de Dios que, mediante el Espíritu, despierta en el corazón los sentimientos del Hijo"[7].

Un texto que nos permite un itinerario para descubrir el rostro de Cristo

En el texto de los discípulos de Emaús (Lucas 24,13-35), existe una expresión que pocas veces se reflexiona "¡Qué poco entienden ustedes y cuánto les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas!" (v. 25). Palabras duras, difíciles de digerir, y por ello mismo nos centramos en otra cosa, giramos la página y miramos hacia otro lado, nos desentendemos del asunto, olvidando que los lentos e incrédulos somos nosotros. La incapacidad para entender y la dificultad para creer se debe, en gran medida, a que no se ha descubierto verdaderamente el amor y todo lo que ello implica. Debido a esto quiero proponerles un texto sencillo que nos sirve de complemento para seguir adelante en nuestro "Camino de Emaús", volviendo a lo fundamental: el mandamiento más importante según Marcos 12, 28-34.

Para nuestra reflexión sólo vamos a tomar los versículos 29-31. A la pregunta que le formula un Maestro de la Ley, Jesús responde: "El primer mandamiento es: Escucha Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Al Señor tu Dios amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas. Y después viene éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay ningún mandamiento más importante que éstos".

En la formulación de Moisés no aparece el primer mandamiento (Éxodo 20, 1-21), y tal como lo enuncia Jesús sólo aparece en Deuteronomio 6, 4-9; esto se debe a que no es un mandamiento como los demás, porque los mandamientos señalan obras precisas que se deben hacer, en cambio en el "amar a Dios" nunca terminarán las exigencias porque ese amor supera las exigencias de la conciencia, que impide sentirnos "buenos" y "buenas" porque cumplimos los mandamientos ya que esas normas son las exigencias mínimas que se le hicieron a un pueblo primitivo hace treinta siglos. Por lo anterior es preciso que quienes nos hemos consagrado a Dios en la vida religiosa más que fijarnos en el catálogo de los mandamientos, lo cual ya es importante, deberíamos meditar el primer mandamiento sin el cual los demás no tienen sentido; en otras palabras, sería importante que nos encontráramos no tanto con los mandamientos de Dios como con el Dios de los mandamientos.

Otro tanto podemos decir del "amor al prójimo" que tampoco aparece en el texto de Moisés de Éxodo 20; éste se encuentra en Levítico 19,18: "amarás a tu prójimo como a ti mismo". Hermosa lección del Divino Maestro, no inventó nada, simplemente recordó todo, plenificó la ley porque el prójimo ya no es sólo el connacional como da a entender el Levítico, sino todo hombre necesitado (Cf. Lucas 10, 25-37).

Amar a Dios con el corazón, con el alma, con la inteligencia o con la mente y con las fuerzas, da a entender que es un amor total, un amor que implica todo: la vida de oración, el compromiso, el estudio, el apostolado; es una confianza

absoluta, una entrega sin reservas, un hundirnos en el abismo de la misericordia divina.

Unas preguntas que nos permiten afianzarnos en nuestro camino

Teniendo presente las ideas compartidas, a la luz de las cuales podemos inferir que la espiritualidad inculturada es una espiritualidad hecha vida; mejor dicho desde la vida, con la vida y para la vida del ser humano; sería entrar en la dinámica de Dios recordando que Él obra en la historia con, a través de, a pesar de y, a veces, en contra del hombre, pero nunca sin él; es una espiritualidad inserta y encarnada, que sale al encuentro, que encuentra, que da la mano, que libera, que tiene la fuerza necesaria para hacer nuevas todas las cosas.

A la luz de estas ideas, proponemos unas preguntas que pueden servir para avanzar en nuestro camino, personal y comunitariamente:

1. ¿Qué tiene que ver mi vida espiritual con lo que vivo?

2. ¿Existe una verdadera relación entre mi apostolado y mi vida de oración?

3. ¿Serías capaz de expresar con tres o cuatro palabras lo esencial de la espiritualidad de tu congregación?

4. ¿Cómo expreso y celebro mi vida espiritual en cuanto a las actitudes, los lugares, los símbolos, los textos, las manifestaciones que me atraen, loas cantos, los signos, las imágenes religiosas, etc.?

Además de esas preguntas, también se puede hacer una reflexión bíblica teniendo como eje los dos textos que hemos trabajo en este día. En relación a Lucas nos podríamos preguntar sobre los elementos que generan la dureza y torpeza de nuestro corazón. El texto de Marcos nos puede llevar a una reflexión serena sobre el sentido de nuestra entrega total a Dios, nuestro amor pleno a Él.

Después de reflexionar a nivel personal, es conveniente compartir las apreciaciones, las resonancias que estas preguntas nos puedan sugerir.

Finalmente se pueden elaborar compromiso tanto personal como comunitario para que el retiro que estamos viviendo produzca buenos frutos. V

---

[1] Adaptación de un oración que hizo Maria Carmelita DE FREITAS, fj., para presentar la primera etapa del Camino de Emaús

[2] *Revista Testimonio*, 195, enero – febrero de 2003. p. 3.

[3] *Perfectae caritatis*, 2.

[4] Cf. DE FIORES, Stefano y GOFFI, Tullo (dirs.). *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*. Paulinas. Madrid, 1991[4]. Voz *Espiritualidad Contemporánea*.

[5] *Gaudium et spes*, 53.

[6] Cf. *Catechesi Tradendae*, 53. Tomo el tema de la encarnación como algo propio de la inculturación, siguiendo lo que afirma Puebla, n. 400; asimismo respeto los conceptos antropológico y teológico que están a la base del discurso de la inculturación.

[7] Instrucción de la CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTOLICA, "Caminar desde Cristo, un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio", 15; *Osservatore Romano*, junio 28 de 2002, pp. 5-14.

Una espiritualidad liberadora

Ignacio Madera Vargas, S.D.S.

Al interior de una traditio

Quiero invitarles a meditar en este día acerca de la necesidad de vivir, hoy más que nunca, una espiritualidad liberadora. Por ello, permítanme compartirles lo que comprendo por espiritúalidad y lo que comprendo por liberadora:

Una espiritualidad es una manera particular de expresión y vivencia del Espíritu de Dios en la historia. La espiritualidad son aquellos dinamismos que provocan vida, las fortalezas que permiten vivir y la continua pasión por el descubrimiento de Dios en todo lo que nos pasa. El Espíritu es así fuerza volcánica y reguladora del caos. Donde hay acción del Espiritu no puede haber pasividad, tranquilidad sin inquietudes, mansedumbre sin dinamismos. Donde hay espiritualidad no puede haber piedades sin acciones consecuentes ni desencantos que no posibiliten salir hacia vientos nuevos, renovadores, grandiosos y felices.

La espiritualidad así comprendida se consolida en el soporte de la vida. En aquello que algún filósofo francés llamó el "elan vital" y que yo hoy quiero denominar, para mi propia experiencia humana de esta mañana y sugerirlo para la de cada una y cada uno de ustedes, impulso vital regenerador.

La espiritualidad cristiana es ese impulso vital regenerador que nos viene del Espíritu de Dios renovando la vida toda, apoderándose de lo que somos y dándole nuevos sentidos y nuevas fuerzas. Tu no puedes vivir en la amargura, en la soledad, en el desencanto, en la monotonía y la pasividad si estas viviendo una espiritualidad. Por ello, una primera meditación que te propongo es preguntarte si tienes una experiencia espiritual. Y si no la tienes, no es para que te castigues y juzgues sino para te coloques en actitud de espera y de escucha acerca de lo que el Señor quiere decir a tu vida en esta hora de sequedad espiritual y de vacío de Dios. Si, la carencia de espiritualidad es, simple y llanamente, el vacío de Dios. Pero, paradójicamente, cuando Dios parece estar en el vacío es cuando más cercano está retando a tu propia vida para que sea capaz de reconstruirse, de rehacerse desde las ristras de todo lo que la ha desecho, deshilvanado o marchitado.

Por ello la espiritualidad cristiana no es otra que vivir el espíritu de Jesús de Nazareth, el Cristo uno con el Padre. Llenarse del espíritu de Jesús para vivir la historia presente, la de la guerra, la de los imperios prepotentes, la de la pérdida de los grandes relatos, la de la crisis de relativismo moral, la del pansexualismo desbordado, la de la indiferencia de la juventud ante lo

religioso, la de los grandes movimientos religiosos llenos de sentimiento y promesas de soluciones para ya, a los problemas de salud, de economía y de vicios sin controles. En este mundo, dentro de este mundo y para este mundo estamos. Aquí debemos vivir en el espíritu de Jesucristo. De manera que no se trata de huir del realismo contemporáneo sino de preservarnos del mal que es toda fuerza opresora y dominadora de la conciencia humana.

Liberadora. La liberación habla de la salida de la esclavitud, de la dominación, de la opresión, del sojuzgamiento o de la dependencia, de la incapacidad de ser uno mismo, de decidir el propio destino, de tomarse en las propias manos. La gran tradición liberadora de la teología y espiritualidad latinoamericanas siguen hoy más que nunca vigentes para, desde perspectivas inéditas, seguir alimentando la vida y la esperanza de las comunidades cristianas, sobretodo en este tiempo de tanta incertidumbre y de tanta prepotencia engreída desde los lados del imperio, voraz y criminal, insaciable en sus deseos de sangre y dominación por la fuerza; o de los dueños de la guerra en Colombia, felices en sus resguardos, vigilados mientras niños y jóvenes, campesinos y habitantes de periferias citadinas dan la vida al descampado y son forzados como carne de cañón a mantener la seguridad de los corruptos que dominan los controles de la irracionalidad que no da cabida al diálogo y a la concertación, a la salida humanitaria y al respeto a la vida, don de Dios para todos.

La gran traditio de la teología y espiritualidad liberadora se abre a nuevas dimensiones de expresión ante el fracaso de los modelos alternativos y la proximidad de una posible humanidad diversa. Hombres y mujeres concientes de la magnitud de la hora, tenemos que descubrir, una vez más la fuerza de una espiritualidad liberadora. La misma que inspiró a Leonidas Proaño en Ecuador, a Helder Cámara en el Brasil, a Girardi en Guatemala y Romero en el Salvador, a tantos delegados de la palabra, catequistas y evangelizadores de este continente en espera. La que sigue ilusionando todavía a Ricardo y Soledad, Luis Alfredo y Helena y a sus comunidades en flor. A todos aquellos y aquellas que siguen creyendo que la fuerza de Dios vive en la experiencia crucificada de los pobres y que la resurrección de Dios se realiza en la voluntad sin igual que soporta sin claudicar y que sigue esperando sin razones de esperanza, a la manera descrita por Pablo de Tarso en la Santa Escritura del Nuevo Testamento.

Tu y yo somos hombres y mujeres en un mundo y país en guerra. Hemos consagrado la vida al Señor desde carismas diversos. Si nuestras comunidades asumieran posturas simbólicas más incisivas, vientos del espíritu soplarían sobre los suelos de Colombia. Si tú y yo pudiéramos encontramos con todos los que quieren construir otro país, los que buscan y señalan los nuevos rumbos de una nueva humanidad, entonces podríamos recrear la dimensión liberadora de la fe y de la esperanza y el sentido liberador del amor. Pero la crudeza de los sistemas y la fuerza de la ideología dominante, que señala la fuerza como única posibilidad de la paz y que se pliega a los intereses del poder, mendigando ayudas para el aumento de la guerra, que fortalece la mentira y la deshonestidad, nos sitúan ante la tentación del desencanto y la lúgubre sensación de vivir a la deriva.

Pero el Espíritu libera

Pero con todos aquellos y aquellas que han sido martirizados, torturados, masacrados, lapidados y burlados en todos los calvarios de este país nos sentimos llamados, como religiosos y religiosas colombianos y religiosos y religiosas en la Iglesia, a descubrir cada día nuevos horizontes a una espiritualidad liberadora. Quiero incursionar en la meditación de esta misma espiritualidad desde la dimensión del sujeto en situación, es decir, desde lo que somos como hombres y mujeres ubicados en este momento difícil de la patria y de la humanidad.

Hoy estamos retados a ser capaces de liberamos de todo lo que se consolida como tentación que oprime y aniquila la esperanza.

Liberarnos en primer lugar del individualismo exacerbado que anula la comunión y la comunidad en la Vida Religiosa contemporánea. Y te invito a preguntarte. ¿Eres conciente de no haber sido llamado a vivir en la soledad total, en el aislamiento y la incomunicación tu carisma como religioso o religiosa? ¿Eres capaz de ser libre de prejuicios, de imágenes cerradas y de estereotipos frente a las hermanas o hermanos que comparten la vida contigo? Eres capaz de ir más allá de su fragilidad, de sus necedades y sus taras al descubrimiento de alguien con quien debes compartir ilusiones, esperanzas y temores.

La gran tentación del hombre y la mujer de hoy es el individualismo, el es propio de la ideología neoliberal en donde solo interesa el provecho y el bien individual. Pero has prometido en la Iglesia y ante la Iglesia vivir un carisma en comunión fraterna. La pregunta que hoy hacemos a los dirigentes de estos pueblos por la suerte de tantos y tantas hermanos y hermanas desaparecidos, explotados y destrozados, es la misma que hacemos igualmente por la suerte de los hermanos y hermanas que ya no quieren saber de Dios, que han perdido el sentido de la oración, de la comunicación, que se funden en el desencanto y la soledad a justificar su falta de fe y de entereza evangélica en una culpabilización continua que esconde el deseo envidioso de no haber sido capaz de manejar los hilos de la propia vida.

Y hacernos libres del desencanto es no dejarnos marchitar por los y las que en la vida religiosa viven macilentos y sin vida. A ti y a mí nos llamó el Señor a seguirle tomando como modelos a los grandes espirituales de la historia de la Iglesia, no a seguir detrás de nostálgicos plañideros y plañideras que anteponen su pequeño mundo de problemas al gran mundo de este país y esta historia actual trágica e inhumana. Liberarnos de toda opresión, de la opresion que nos viene de quienes quisieran que todos estemos en la misma situación para justificar su cerrazón de espíritu.

Y entonces te invito a meditar en una tercera y necesaria liberación. ¿Tienes apertura de espíritu? ¿O ya te las sabes todas? ¿Te dejas hablar por Dios en lo que te va aconteciendo cada día, en lo que oyes por las noticias pero sobre todo en lo que ves y escuchas por las calles, en lo que se aproxima a la puertas enrejadas de tu convento o en lo que sientes desde los amplios corredores de tu casa religiosa? En la mirada cansada de la anciana que se acerca a la puerta de tu casa de barrio popular o a la campesina que solloza la pérdida irreparable de un hijo en la guerra aquí o allá.

Apertura de Espíritu significa dejar que Dios siga hablando para callarnos a nosotros y nosotras ¿Qué dice el Señor cada día a tu vida? De modo que la monotonía de una oración sin carne sea remplazada por el gusto de vivir prendidos y prendidas en Dios. Existe un pecado que es el pecado contra el Espíritu Santo, este es la cerrazón de espíritu que no tiene perdón de Dios porque ya no se le da cabida a Dios. Algunas y algunos entran en unas crisis de vida religiosa que son auténticas crisis de fe, ya no escuchan, son sordos a cualquier palabra de esperanza y por tanto a la Palabra misma de Dios. Ustedes y yo hemos vivido la experiencia de tantos hermanos y hermanas que entran en crisis y deciden salirse de nuestra vida sin ayudarse ni dejarse ayudar, buscan ciegos que les guíen a ellos mismos que están ciegos o ciegas ¿Cuál es tu cerrazón de esta mañana? ¿Estas dejando hablar al Señor en tu vida? ¿Sabes dejarte conducir?. En muchas ocasiones no sabemos orientar la vida, entonces necesitamos, no de una psicóloga o psicólogo librepensador sino de un maestro o maestra del Espíritu que nos señale el camino, y debemos dejarnos conducir, aunque no veamos claro y lo que se nos proponga sea contrario a nuestros deseos. ¿Te dejas conducir? Es decir ¿te dejas aconsejar por los demás o ya esta acabada o acabado con todo señalado y definido...? Entonces, arrodíllate ante el Padre y pídele perdón.

Liberarnos de los relativismos para vivir del único absoluto que es Dios. Desde que Jesús de Nazaret predicó el reino, este exige conversión, continua búsqueda de superación de la vida. Es necesario liberarnos de una comprensión estática de la vida, que nos haga incapaces de asumir retos y buscar alternativas mejores para la propia vida y la de los hermanos y hermanas que conviven con nosotros y nosotras y aquellos y aquellas a quienes servimos en el ministerio apostólico. Los grandes valores del Reino están allí como paradigmas que no podemos diluir bajo las pequeñas ideologías de inmediatismos.

La defensa de la vida y el respeto a la misma sigue siendo un imperativo desde los campos de Colombia hasta las salas y comedores de las casas de curas y de monjas. La justicia como condición primordial sin lo cual lo demás no vendrá por añadidura, sigue siendo el mandato a buscar primero que todo y ante todo.

La juventud ha relativizado tantas experiencias vitales de la vida humana, la amistad, el sexo, el compromiso con la situación del país, pero igualmente la vida religiosa ha venido relativizando la oración, la meditación, la soledad ante Jesús en el sacramento santo de la Eucaristía, los desiertos, los retiros en absoluta desnudez del alma. La espiritualidad es una búsqueda de vivir del fundamento, es decir, de vivir de todo lo que la revelación dada en Jesús el Señor nos señala como camino, verdad y vida.

Buscar el Absoluto en el corazón de tanta relatividad, buscar la verdad en la trama de tantas mentiras y engaños, andar en la transparencia en donde a la misma búsqueda de intereses egoístas y mezquinos se le llega a llamar transparencia. Este es el reto de una espiritualidad liberadora. Este es el Espíritu liberando ¿Cómo estas buscando absolutos? ¿Eres tu el absoluto? ¿Le haces decir a Dios tus decires? O ¿eres dócil al Espíritu aunque el contradiga tus deseos, tus decisiones

y tus seguridades de esta mañana?

Pero también existe un tipo de juventud que sabe tomar la vida en serio, que hace propuestas novedosas e inusuales. Ustedes leyeron unos artículos de revista en donde la juventud de algunas universidades laicas de Bogotá manifestaba su decisión de llegar vírgenes al matrimonio, y no se avergonzaban... Buena lección para algunos y algunas de nosotros y nosotras que se pasan la vida lamentándose por lo que no han experimentado. De donde sacamos los modelos para actuar. De los y las grandes hombres y mujeres que han sido libres: libres de las ataduras familiares ¿eres libre? ¡Que no he sido libre del amor familiar y del vinculo de amor de familia pero sí de unas dependencias o preocupaciones que parecen olvidar que se ha llegado a la adultez y que es necesario hacer la vida de manera independiente en el amor filial!

Liberación a la manera de los grandes hombres y mujeres que han sabido comprometerse a fondo en la solidaridad y ayuda a los hermanos más pobres, a las víctimas de tanta fuerza excluyente. Han sabido superar sus miedos y se han lanzado a las fronteras *¿Eres* libre? Llamados a construir una espiritualidad liberadora a la manera de los grandes hombres y mujeres que han sabido hablar y hablar duro, comprometerse y luchar a fondo, que han mantenido la fidelidad aunque no hayan visto mayores resultados, que están ahí, firmes, con la mirada serena y el rostro pacífico porque sus luchas y sus logros y sus malogros han tenido un solo norte: Jesucristo y el Reino.

Y ahora

Has venido a este retiro con tu vida. Eres una religiosa o un religioso acosado por múltiples ocupaciones y preocupaciones, pero has sabido sacar esta mañana para el encuentro contigo mismo y con el único Señor que te hace libre. Descubre tus esclavitudes, míralas con paz y con sosiego, aprende a encontrar en todo lo que en este momento puede ser para ti carga y dolor una gran ocasión para la libertad.

Una espiritualidad liberadora no encuentra ninguna situación humana que no pueda ser ocasión de libertad. Como el hijo del padre misericordioso, cuando más estamos saboreando las bellotas de los cerdos es cuando mas podemos levantar la mirada hacia el rostro amoroso del padre para tender nuestras manos y recibir las suyas amorosas y felices. No podemos hacer de la fe una ideología creyendo que el consuelo nos tiene que venir de la manera y a la manera que nosotros queremos que nos venga. Es posible que sea una bofetada de parte del Señor, o una inyectiva a la manera de los grandes gritos: ¡Ay de ti!. Pero si es de Dios, será siempre por amor, y eso de Dios puede venir de los labios de una hermana o un hermano.

Liberadora porque nos acerca al modo de ser de los pobres y humildes. Nos enseña a ser resistentes, firmes, a cantar en la angustia y a seguir caminando entre las sombras. En el trajinar en medio de la oscuridad siempre es posible encontrar la luz si no dejamos de andar y andar. Lo contrario al espíritu es la materialidad petrificada, el corazón adormecido, la conciencia y la vida esclavizada, atada o sujeta a algo o

alguien ¿Eres libre?

Ahora es el momento de la fortaleza porque la hora es nefasta. El imperio sigue destruyendo las vidas. Los dueños de la guerra se apertrechan para continuar asesinando hermanos y hermanas de Colombia ¿Dónde estas? ¿De qué te ocupas y preocupas? ¿Tus desengaños, tus desconsuelos, no serán causados por haber perdido el norte de la vida de Dios en la vida de su pueblo sufrido? Una espiritualidad que libera es el espíritu creando y recreando tu vida. Contémplate como en un espejo, mira los desengaños, flores marchitas y dudas sin término que anidan en tu corazón y mira como el Espíritu hace de todo eso novedad, cómo el mismo Señor que amainó el viento y mandó a lanzar las redes al mar te está enviando hoy a ti, aquí, para hacerte libre ¿Eres libre?

"Cuando la fría escarcha caiga sobre tu corazón y tinieblas parecieran oscurecer tu vida, déjate caer en los brazos de tu salvador", nos dice con poética maestría el P. Francisco Jordán fundador de los Salvatorianos y Salvatorianas. Déja caer en esta mañana tu vida en los brazos de Jesús salvando, déjate, no te inhibas, no te asustes, no te retraigas, déjate. V

Opción preferencial por los pobres

P. Victor M. Martínez Morales, S.J.

Se pide a las personas consagradas, pues, un nuevo y decidido testimonio evangélico de abnegación y de sobriedad, un estilo de vida fraterna inspirado en criterios de sencillez y de hospitalidad, para que sean un ejemplo también para todos los que permanecen indiferentes ante las necesidades del prójimo. Este testimonio acompañará naturalmente el amor preferencial por los pobres y se manifestará de manera especial en el compartir las condiciones de vida de los más desheredados. No son pocas las comunidades que viven y trabajan entre los pobres y los marginados, compartiendo su condición y participando de sus sufrimientos, problemas y peligros." Vita Consecrata, 90

A partir de Medellín, Puebla y Santo Domingo mucho se ha venido reflexionando sobre nuestra opción preferencial por los pobres. Para muchos la pobreza es vista como un mal, por lo tanto un antivalor. El Señor nuestro Dios al crearnos a su imagen y semejanza quiere para nosotros una vida humana digna, no desea la suerte de los pobres y miserables tan cruel e inhumana, hace falta salir de la pobreza y de la miseria. Para otros, la pobreza es un contravalor en sociedades marcadas por un consumismo que todo lo invade y una economía de mercado que se apodera del entorno. La sobriedad y austeridad, viviendo con lo esencial y encontrando en ello la felicidad y realización se hacen signos elocuentes de contraste.

Adentrarnos en el mundo de la pobreza nos desborda en cuanto a la red de relaciones complejas que se establecen desde su misma realidad. Hoy, una mirada a la pobreza de nuestra América Latina no puede hacerse sino desde dimensiones universales con señales claras de violencia, narcotráfico, delincuencia. La cuestión de la pobreza es tratada como un problema de la humanidad, convirtiéndose en el eje central de toda acción política, económica y social.

Nuestra mirada como consagrados exige una mirada a las fuentes, hemos de ser conscientes que nuestro deseo de fidelidad creativa nos está invitando a dar una mirada a la pobreza evangélica. Se trata de volver al Evangelio, a la persona de Jesucristo para desde allí recuperar un estilo sencillo, de verdadero testimonio y compromiso proféticos. Donde "la opción por los pobres es inherente a la dinámica misma del amor vivido según Cristo. A ella están obligados todos los discípulos de Cristo." VC. 82

Nuestras congregaciones e institutos han nacido de la mirada de algunos hombres y mujeres que quisieron responder ante realidades claras de deshumanización. No podemos desconocer que muchos de nuestros carismas tienen una impronta original de querer responder a

la vocación de un Cristo que nos llama desde el pobre, el pequeño, el desheredado y excluido. Nosotros estamos invitados por la acción del Espíritu a actualizar desde nuestra historia este carisma que hemos heredado y que estamos llamados a revitalizar.

Quisiera tratar tres aspectos de singular importancia para nosotros los consagrados cuando nos acercamos a la opción preferencial por los pobres desde este deseo de fidelidad creativa. El primero de ellos es la mirada holística o de conjunto que hemos de asumir desde nuestra identidad como consagrados. La pobreza en su sentido evangélico es inseparable de la castidad y la obediencia en cuanto son don, don que nos viene en la persona misma del Señor. En este sentido hablaremos de la pobreza espiritual. El segundo, es el discemimiento personal y comunitario, pues nuestra pobreza debe responder a personas, tiempos y lugares. Teniendo en cuenta la misión en el aquí y ahora de nuestra consagración. Es así como hablaremos de la pobreza actual. El tercero, la pobreza profética, nuestra mirada debe llevamos a desear responder con nuevo vigor y nuevas formas reales de ser pobres para desde allí enriquecer con nuestra pobreza.

La pobreza evangélica nuestra experiencia fundante

La opción por los pobres está en la persona de Jesús al darlo todo por amor a Dios y a su Reino fundamentada en el vaciamiento de sí mismo, es la única manera de seguir a Jesucristo.

Las opciones de Jesús están manifestando cómo experimenta él a Dios. Es así como una mirada a Jesús nos revela a un Dios vuelto hacia la humanidad, volcado hacia los hombres y, de manera particular hacia los menores. Jesús nos está revelando a un Dios apasionado por el perseguido, el pecador, el pobre, ofreciéndoles la salvación. Experimentar a ese Dios, no significa dar cuenta de un Dios-en-sí, sino experimentar a un Dios que nos lleva a tener esos sentimientos y esa actitud de amor y predilección por los pobres.

Es así como la opción por los pobres es una actitud cristiana, una manera propia de testimoniar la acción del Espíritu en nosotros. De ahí que el seguimiento del Señor en su pobreza exige por parte nuestra una conversión de corazón. La pobreza vivida como seguimiento del Señor implica un don de sí, don que hemos de pedir, pues es una gracia que hemos de alcanzar.

Es propio de quien sigue a Jesucristo hacer al igual que él: abajarse para levantar, agacharse para alzar. Perder la vida para ganarla. La opción por los pobres es una dinámica vital propuesta por Jesús, diseñada en cada una de sus parábolas, dibujada en su manera de ser y de actuar. Se trata de ponernos del lado del marginado, enfermo y herido. De aquel que ha sido víctima de saqueadores, bandidos y forajidos, del humillado, despojado, desplazado. El pobre es el pobre y optar por él es hacer que el Reino de Dios venga a nosotros.

Por lo tanto se trata de vivir el misterio del Señor pobre, he ahí la pobreza espiritual que debe inspirar, motivar y dar forma a toda nuestra pobreza efectiva. Es la dinámica de optar por el débil, el pequeño, el sin voz. Optar por el pobre es optar por los destinatarios de las bienaventuranzas, tal es el programa del

Reino. Se trata de ponernos del lado de la no opción, de negar la negación. Aquello que hoy como ayer el mundo ha empobrecido son los predilectos del Reino.

No podemos desconocer que hoy muchas comunidades de consagrados, ellos y ellas, han optado por vivir entre los pobres, su vida de inserción en querer compartir la vida precaria y miserable de miles y miles de hombres, varones, mujeres y niños. Sin embargo, aquella práctica de vida carece de sentido si no está arraigada en la pobreza evangélica, en un claro sentido de una vocación por Jesucristo pobre y humilde, es desde allí, desde nuestra vocación y misión, donde el Señor espera que le respondamos para hacer realidad la pobreza.

El discernimiento renueva nuestra opción

Esta opción no es preferencial sino esencial e imprescindible para el cristianismo, no se puede estar con los pobres y con sus opresores, como no se puede servir a dos señores. Evidentemente, no es excluyente de personas, sino de actitudes violentas, injustas y opresivas y de proyectos discriminativos; la opción por los pobres es universal y para todos: para los ricos, y también para los pobres. He ahí el importante e indispensable papel del discernimiento. Hemos de buscar y hallar cuáles son las formas concretas de pobreza actual según la voluntad de Dios en el aquí y ahora de nuestras vidas.

Opciones concretas y medidas prácticas producto del discernimiento personal o comunitario. Es verdad que muchas congregaciones e institutos han legislado y formulado normas y reglas alrededor del régimen de vida, modo o estilo de vida personal y comunitaria que responden a nuevos tiempos. Sin embargo, más allá de ello hemos de encomendar nuestra pobreza actual al discernimiento. Los consagrados hemos de ser hombres y mujeres de discernimiento que estemos en proceso de búsqueda sincera y auténtica de querer vivir nuestra opción por los pobres.

Desde esta clara actitud de discernimiento hemos de dar una mirada a nuestra misión, y ésta debe ser vivida en pobreza. Es decir, nuestra pobreza nos debe hacer totalmente libres ante cualquier apego que impida el servir a la misión de Cristo. Hemos de responder a la misión que se nos ha dado y ello no será posible sino desde un corazón pobre que discierna constantemente no según nuestro gusto personal, sino en función de la misión que el Señor nos ha confiado.

Hemos de realizar la misión según la manera de proceder del Señor. Es decir, dar gratis lo que gratis hemos recibido de Dios. Nuestra misión se realiza desde un corazón pobre. Lejos de nosotros prestigio, honor, ansia de aparecer y figurar. Lejos de nosotros buscar recompensa, estar tras favores o retribuciones. Desde el dinamismo apostólico de nuestras obras y con la creatividad espiritual hemos de hacer que nuestras instituciones respondan al servicio propio del Evangelio.

Es desde la misión que se ha de reflejar nuestra decidida solidaridad evangélica con los pobres. Hemos de dar reales muestras de un mayor deseo de vivir con una mayor sencillez y austeridad de vida de tal manera que podamos destinar mayores medios y recursos, tanto humanos como materiales, a aquellos

que más los necesitan.

Sin esta pobreza actual, fruto del discernimiento personal y comunitario, la pobreza consagrada no pasaría de ser simple retórica, produciendo al interior y exterior de la vida consagrada no sólo desconcierto, desilusión y desencanto cuanto antitestimonio y escándalo.

Profecía de esperanza camino de liberación

El crecimiento desmedido de la pobreza ante el fácil consumismo que nos ahoga hacen que participemos de la pobreza y la experiencia de los pobres, compartiendo afectiva y efectivamente su fuerte solidaridad que se convierte en profecía de liberación, acción real evangelizadora en este caminar.

Nuestra búsqueda de una pobreza actual no se termina, hemos de revisar constantemente nuestro estilo de vida y de trabajo, a la luz de nuevas exigencias de solidaridad dentro y fuera de la vida consagrada y a la luz también de una mejor comprensión de lo que nuestros fundadores y fundadoras deseaban de nuestra pobreza espiritual y actual.

Es necesario abrirnos hoy a la creatividad del amor evangélico para responder a la misión que se nos ha confiado y a la que hemos sido enviados, "evangelizar a los pobres" Lc. 4,18. El clamor lo seguimos escuchando con mayor fuerza, se siente el "alzarse el grito de los pobres" Sal. 9, 13 al cual hemos de responder comprometida y responsablemente. Hemos de colocarnos al servicio de los pobres.

El tratamiento profético de los bienes como la experiencia de Dios en el pobre ha de llevar a la vida consagrada a una tendencia de apertura, que nos lleva a superar el encerramiento y la comodidad. Nuestra vida consagrada marcada por la presencia del pobre en vez de hacer que Dios se pierda en nosotros, se identifique con nuestros sentimientos y emociones, o en vez de absolutizar un ídolo, nos lleva a reconocer, respetar y aceptar al otro en su alteridad. El pobre nos está revelando a ese Dios que nos desinstala.

No podemos desconocer que para nosotros, religiosos y religiosas de América Latina, la presencia de Dios en el pobre se convierte en lugar privilegiado. En otras palabras, la gran mediación de la experiencia de Dios en América Latina es ese pobre, donde se da, se sustenta y alimenta la autenticidad y el vigor de la vida consagrada.

Nuestra tarea de optar por los pobres no es otra que la de querer hacer realidad nuestro seguimiento de Jesucristo, abrazar la cruz y la muerte de muchos crucificados de nuestra historia, se hace signo de solidaridad, el anuncio cierto de una vida nueva. Correr la suerte de los desheredados de la tierra para conquistar con ellos la herencia cierta.

Fidelidad creativa en nuestra opción por los pobres

Una mirada a nuestra forma de ser y de proceder como consagrados en el aquí y ahora de nuestras vidas puede llevarnos a interrogarnos seriamente sobre nuestra manera de estar viviendo nuestra pobreza y nuestra opción preferencial por los pobres.

Constatamos que hemos dejado de ser pobres, no sólo a nivel personal sino institucionalmente nos hemos llenado de tantas cosas, tenemos nuestra mente y nuestro corazón tan ocupados de baratijas, superficialidades y arandelas que no hay lugar allí para el pobre. Nos descubrimos encerrados en nuestras propias riquezas, hemos hecho de nuestra opción de vida cofres que nos enriquecen desde el egoísmo, arribismo y encerramiento en nosotros mismos.

Es tiempo de volver a la experiencia originaria de nuestra vocación, hemos sido llamados por amor, nuestro seguimiento de Jesucristo exige dejarlo todo, entregarlo todo por amor a Dios y a su Reino. Vivir en pobreza es sentirnos captados por el deseo de Dios de gastarnos totalmente para que su Reino venga a nosotros, particularmente, llegue a quienes más lo esperan y son sus destinatarios principales: los pobres, los marginados, los desheredados.

Llegó el momento de releer la vida de nuestros fundadores y fundadoras en lo que ellos y ellas quisieron responder ante la realidad de pobreza de su tiempo. De qué manera hoy nosotros, como Congregación, hemos de explicitar las nuevas expresiones de un carisma que ha de responder ante las nuevas formas de pobreza.

Hemos de dejarnos tocar por la realidad del pobre en lo que somos y realizamos. No podemos dejar pasar de largo sin responder a interrogantes como: ¿Quién soy yo en relación con los pobres y la pobreza? ¿Qué tienen que ver los pobres con lo que estoy haciendo?

Nuestra opción por los pobres está reclamando de parte nuestra hacer realidad espacios y tiempos de sencillez de vida, donde la austeridad, abnegación y sobriedad sean signos característicos de nuestro modo de ser y de proceder. Abrazar la hermana pobreza de tal manera que ello sea para el mundo testimonio elocuente de un voto que se hace signo profético de opción por los pobres.

Nuestra consagración en una renovada opción por los pobres ha de promocionar los proyectos a favor de la justicia, donde la solidaridad y la lucha en contra de cualquier expresión que deshumaniza sean testimonio elocuente de nuestra acción apostólica.

Si es verdad que muchos religiosos y religiosas han realizado generosas y arriesgadas opciones de vida motivados por su amor preferencial por los pobres, no es menos cierto que ello responde a una minoría que se hace fermento en la masa, sal que revitaliza y luz que invita a ser seguida.

Nuestra fidelidad en vivir la vocación a la que hemos sido llamados nos exige responder creativamente no sólo desde la pobreza sino también desde una efectiva y afectiva presencia en situaciones de pobreza, con comunidades en situaciones de miseria y marginación, compartir la vida de los pobres, su suerte, riesgos y problemas como sus deseos, sueños y esperanzas. V

Los signos de los tiempos[1], Señales de Dios

Jorge Martínez, MSpS

La sociedad actual nos presenta una cultura globalizada y un saber que es compartido y al alcance de todos. Los medios de comunicación social son los principales transmisores de este tipo de conocimiento y cultura globalizada. Quien quiera puede acceder a Internet para empaparse de qué sucede y cómo piensan en Europa, Asia, América, África, Oceanía o cualquier parte del mundo. Los hechos y maneras de pensar de cualquier colectivo del planeta se pueden conocer con un solo "clic" de ratón del computador.

Lo que acontece en la historia de la humanidad ha sido del interés de los especialistas en historia, sociología, política o filosofia. Y a los cristianos ¿nos interesa estar al tanto de lo que viven otros hermanos y hermanas nuestras al otro lado del continente o del océano? ¿Es cierto que nuestras fuentes de oración, meditación y reflexión son el periódico y la Sagrada Escritura, como lo eran de Helder Cámara?

Para algunos ver, leer o escuchar noticias es imposible porque existen tal cantidad de información que ofrecen la televisión, el Internet, la radio o el periódico que no podríamos asimilar todo y siempre nos queda una sensación de "¡qué mal estamos!", o "para deprimirme, mejor cambio de canal, veo la sección de deportes o espectáculos, o pongo música", o "ya sé que estamos mal", y tratamos de mirar y escuchar otra cosa que no sean noticias sobre lo que sucede el mundo.

El evangelio de Mateo nos dice:
"Se acercaron los fariseos y saduceos y, para ponerlo a prueba, le pidieron que les mostrase una señal del cielo. Más él les respondió:" Al atardecer decís: 'Va a hacer buen tiempo, porque el cielo tiene un rojo de fuego, y a la mañana: 'Hoy habrá tormenta, porque el cielo tiene un rojo sombrío. ¡Con que sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos! ¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide y no se le dará otra señal que la señal de Jonás." Y dejándolos se fue." (Mt 16, 1-4)

Quizás nosotros estamos peor que los fariseos y saduceos porque decimos saber discernir las "señales de los tiempos", pero ¿cuáles? ¿Aquéllas que no nos causan dolor o no son tan graves?, ¿o las que son menos problemáticas y que podemos solucionar o interpretar de una forma rápida, automática y casi por rutina? ¿dónde está puesto nuestro objeto de discernimiento?

La situación de nuestro país no es que sea muy halagüeña. Ni mucho menos es fácil de entender ni de interpretar para dar respuestas a los problemas fundamentales que aquejan a la gente. Pero entonces ¿qué debemos discernir? ¿cuáles son los signos de los tiempos que el Señor espera interpretemos?

Para contestar a estas preguntas tenemos que hacer una serie de salvedades y de anotaciones previas a un posible acercamiento de respuesta o balbuceo humilde de lo que creemos puede decir Dios a través de la historia y el momento actual que vivimos, y en el lugar en que vivimos.

Ser limpio de corazón

Antes de intentar leer los signos de los tiempos se necesita tener una mirada limpia y un corazón grande. Esto es así porque para poder mirar con realismo, por duro que sea; con objetividad, por cruda que sea; y sin miedo, es indispensable mirar como Dios y amar como él ama al hombre y a la mujer. Y para llegar a ser limpio de corazón se necesita tener dos certezas y haberlas confirmado en la experiencia personal y comunitaria:

1. Que Dios, el Dios encarnado en Jesús y en la historia humana, y que sigue presente a través de su Espíritu, habla y se revela a través de la historia nuestra y del momento actual.

2. Que es en la misma historia de la sociedad humana a la que pertenecemos, aquí y ahora, donde hay que construir su reino y donde se encuentran los destinatarios de nuestra misión, independientemente del carisma religioso que vivamos o el instituto religioso al que pertenezcamos. Por eso apostamos por gastar la vida en el mundo y no fuera de él, por poner toda "la carne en el asador", porque así lo hizo Jesús: "se despojó de si mismo", "haciéndose semejante a nosotros", y "se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2, 6-8). Y esa obediencia la descubrimos en lo que Dios nos pide en nuestros hermanos, en lo que necesitan, en lo que sufren, en lo que desean, en lo que esperan.

Desde estas certezas experienciadas, y de la valentía humana por ser conciente de lo que pasa en el mundo, y en concreto en nuestro país, sin tapujos y sin barnices que deformen o encubran la realidad, es como nace y comienza a desarrollarse el rasgo humano-espiritual de ser *limpio de corazón* (Mt 5, 8).

Pero el texto de Mateo completa la bienaventuranza diciendo: *porque ellos verán a Dios*. Esta es la clave de lo que estamos diciendo: sólo quien aprende a leer los signos de los tiempos, y no los que le convienen o los que "otros" nos hacen ver y nos presentan, es el que aprende a ver a Dios, aquí y ahora, el que descubre su rostro en los crucificados de la historia y en el de cualquier prójimo nuestro; al mismo tiempo, empezará a configurarse en esa persona una mirada y un corazón como el de Dios.

No habrá más señal que la de Jonás

El texto de Mateo termina diciendo que esa generación "pide una señal y no se le dará otra señal que la señal de Jonás" (Mt 16, 4). Los cristianos no miramos la realidad o los signos de los tiempos para quedarnos en ellos sin más, ni para ahogarnos en la gravedad de los

problemas ni para embelesarnos en los grandes signos que deslumbran, sino para descubrir la "señal de Jonás", es decir, para descubrir en la historia aquello que es presencia del resucitado y que se hace presente a través de su Espíritu.

Los seguidores y seguidoras de Jesús creemos que el Espíritu "gime" como con dolores de parto deseando hacerse presente en nuestro mundo. Pero para esto necesitamos saber leer los signos de los tiempos, los signos que en la sociedad expresan el sentido y la direccionalidad de la historia; los signos que mueven a las personas y que caracterizan la época actual; esos signos cargados de significatividad, valga la redundancia, y que involucran lo más humano y fundamental del ser humano, ya sea porque expresan humanidad, en positivo, o porque en ellos se juega la humanidad, en positivo o en negativo. Por eso nos atrevemos a decir que los signos de los tiempos se convierten en "señales de Dios" porque a través de ellos descubrimos lo que Dios quiere para nosotros y lo que nuestros hermanos y hermanas necesitan para adquirir su dignidad de hijos en el Hijo, en definitiva, en ellos, sabiendo leerlos, interpretarlos o discernirlos, se juega la salvación y liberación de los hombres y mujeres del mundo actual.

Ahora bien, descubrir la voluntad de Dios a través de los signos de los tiempos implica:

• *Profetismo*, para saber ver y llamar a las cosas por su nombre y a los problemas por lo que son y como son, así como saber decir las cosas, anunciando la Buena Noticia de Dios y denunciando lo que no es querido por Dios. Por tanto, siendo profetas de la verdad y la justicia, así como de la misericordia y la esperanza.

• *Discernimiento*, para llegar a hacer de este aspecto una actitud de vida, donde todo es motivo para saber descubrir a Dios presente en nuestras vidas y en la historia.

• *Compromiso*, para transformar los signos de los tiempos en signos del reino que ha llegado y que está por llegar, en signos de liberación escatológica y en signos de humanidad cargada de Espíritu. V

---

[1] La expresión "Signo de los tiempos" fue retomada por Juan XXIII y acuñada formalmente por el concilio vaticano II.

Retiro
Bogotá, 15 de junio de 2003

El mundo de los jóvenes

Héctor Manzano R., S.D.B.

1. Introducción

En múltiples ocasiones nos ocurre que escuchamos una y otra vez las mismas palabras, pero curiosamente en distintos momentos significan algo nuevo para nuestra vida, máxime cuando esa novedad está enriquecida por la apertura de nuestro corazón a lo escuchado. Las palabras mueven nuestra vida y nuestros sentimientos aunque a veces no lo percibamos conscientemente, lo cual expresa que no sólo las acciones son significativas y conforman parte del sentido de nuestra vida.

Cuando escuchamos la Palabra de Dios con toda disposición y ponemos nuestro corazón en las manos de Dios experimentamos su gracia y eficacia: por tanto, no dejemos pasar una vez más desapercibida la Palabra del Señor que El nos dirige.

Lectura del Santo Evangelio según Mateo

Al ver las multitudes subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos; y se puso a enseñarles así: «Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de Dios. Dichosos los afables, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los afligidos, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por ser justos, porque de ellos es el reino de Dios. Dichosos seréis cuando os injurien, os persigan y digan contra vosotros toda suerte de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos. Pues también persiguieron a los profetas antes que a vosotros».

Las bienaventuranzas de Jesús se nos comunican dentro de un discurso esencial en el anuncio que él hace para todos sus seguidores, es un llamado que supera la condición etaria y el género por cuanto puede ser asumido por todo aquel o aquella que en las palabras del Señor encuentra la fuerza del Reino que se hace presente pero que requiere su cumplimiento definitivo.

El Maestro que se sienta a decirnos lo fundamental de la vida aunque, suene duro y exigente, sabe que sólo la lógica divina puede conducir al ser humano a encontrar una salvación no efímera ni pasajera, que recrea y transforma la vida del hombre en existencia nueva sin importar el que se marche en múltiples ocasiones en contracorriente.

Vivimos en una cultura marcada por una infinidad de propuestas de realización pero cuántas conducen auténticamente a ella, cuántas permiten que los grandes ideales humanos sean colmados plenamente; la sociedad informacional nos bombardea con su sinnúmero de

propuestas y de intereses, con una gama casi inabarcable de tendencias, modas y miles de comunicaciones que invaden nuestra propia vida.

Sí, vivimos en medio de una sociedad que ha sido denominada por algunos como la sociedad informacional por cuanto se vive saturado de "comunicaciones" y al mismo tiempo se vive impersonalmente, en donde se bombardea por doquier con mensajes de todo tipo pero pocos llegan a ser verdaderamente significativos, en donde las personas en los medios son instrumentalizadas como por ejemplo sucede últimamente con los reality show, jugando con las personas y los televidentes, manejándolos y haciéndolos sentir, en tan sólo una hora a través de la Tv, los sentimientos más tiernos hasta los más exacerbados odios y pasiones. De qué sirve toda la información si no se apropia, si no se decanta, si no se asimila: el hombre puede volverse así una ficha más en el mundo de las telecomunicaciones.

Vivimos, también, en la sociedad del control, la sociedad actual emerge como la sociedad del control, la sociedad "matrix" de la sofisticación del control hasta en los mínimos detalles a través de los computadores y de quienes tienen el destello del poder tecnológico.

Sin embargo, en medio de la información y del control se vive en el "sin sentido" y en la amargura, en el desenfreno desaforado de los cambios rápidos y vertiginosos que no llenan la vida del hombre.

Resultaría interesante analizar, en esta óptica, el apagón reciente en los Estados Unidos y en Canadá que hizo colapsar a las grandes ciudades entre ellas New York "la capital del mundo occidental para algunos". Planteando algunas preguntas sobre el particular, podríamos intuir que ocurría si el hombre acostumbrado al destello de la tecnología pierde su propio ser, si se vuelve un incapaz de actuar por él mismo, si tan solo se deja manejar al vaivén de los computadores o de las máquinas; se vería envuelto en ser una ficha más a la manera de un chip o de un circuito electrónico en la sociedad de control, que se desecha por haber sido superado por la técnica que le puede llegar a despreciar y a hacerle olvidar el mismo sentido de su existir y de su ser en el mundo. Que interesante que dicho apagón llevó a recobrar el calor de la familiaridad y de la comunicación vital en medio de la ausencia de la técnica a una sociedad que nunca se detenía, la llevo a pensar en sí misma.

Es importante detenernos y pensar en nuestra vida en la vida de quienes nos rodean y nos interesan, pensar en nosotros, pensar en nuestros jóvenes.

Las Bienaventuranzas nos ayudan a pensar en nosotros mismos, en nuestros jóvenes que viven un cambio acelerado como en ningún otra época de nuestra historia, por tanto, no dejemos pasar desapercibida esta oportunidad para pensar en quienes amamos entrañablemente.

Siguiendo los planteamientos de algunos estudiosos[1] se puede afirmar que el género "bienaventuranzas o macarismo" tiene manifestaciones en el Antiguo Testamento (AT) en el judaísmo tardío, en oriente y en toda la antigüedad. El núcleo de las bienaventuranzas se sitúa en la perspectiva de la venida escatológica de la soberanía y el Reino de Dios.

El profeta escatológico debía traer una buena nueva para los pobres. La bienaventuranza de Jesús significa: "Ya llega, ahora se cumple esa ansiosa espera del Dios auxiliador, está a las puertas del cumplimiento de la promesa y de la espera". Con Jesús llega el Reino de los Cielos. Así, Jesús proclama un rotundo no que Dios mismo da a la historia humana de sufrimientos. Dios quiere la vida del hombre, su salvación, no su muerte y su miseria.

Si Dios quiere una salvación universal, tal como lo anuncia Jesús al transmitir el mensaje del Reino entonces, el pobre, el hambriento, el afligido, puede ya tener una esperanza "a pesar de todo". La alegría y no la aflicción, es el sentido más profundo que Dios quiere para el hombre.

La lógica de Dios no admite que quienes confían en Él queden derrotados por el camino, se trata pues de una mirada distinta a la forma como muchos hombres a lo largo de la historia lo han hecho, estructurándola sobre la lógica del poder, del prestigio o del dinero.
En una sociedad que en ocasiones emerge sobre los cadáveres de sus hermanos, que no le interesa reiteradamente el dolor del otro y que pasa al lado de los excluidos y marginados,... existe una esperanza: la acción de Dios desde el dinamismo de las Bienaventuranzas. Jesús no repite cosas sabidas, entre ellas que el dolor se liga a la muerte, sino que presenta conscientemente que la salvación únicamente puede venir de Dios y que en su salvación el hombre es reconocido en su altísima dignidad y valor.

Por tanto, abordar las Bienaventuranzas para acercarnos a los jóvenes significa que a pesar del dolor que nos produce la angustiosa realidad vivida por nuestros jóvenes en nuestra nación colombiana ante la exclusión y marginación de la cual son víctimas, creemos en su fuerza transformadora y propositiva que ellos tienen para hacer de Colombia una Sociedad de la paz y de la justicia porque ellos están llamados por Jesús a vivir las Bienaventuranzas del Reino.

2. Un acercamiento desde Jesús a la condición juvenil

Hablar de jóvenes hoy parecería muy sencillo y hasta obvio para algunos, por cuanto nos hemos acostumbrado a presuponer la condición juvenil, es más la damos por conocida y continuamente juzgamos a los supuestos jóvenes, no se nos hace problemático pensar en ellos, por cuanto nosotros "somos los poseedores de la verdad".

Dicha posición contrasta con la manera como Jesús se acerca al joven, así como también lo hizo con la mujer o con los niños, puesto que Jesús valora la condición propia de cada uno, y no sólo eso, ama la persona que vive dicha condición, la acoge y la invita a seguirle.

Jesucristo es un verdadero pedagogo de la acogida al joven y cuánto tenemos que aprender de él. Y ciertamente, se debe a que él ve al joven como partícipe y constructor del Reino, no como un agente pasivo. Jesús no presupone la condición juvenil, la aborda como es y la recrea con su amor.

Hoy en día nos resulta muy problemático enmarcar a los jóvenes por franja de edades, como generalmente lo

hacemos, si bien esto se debe muchas veces al acercamiento efectuado por algunas ciencias como la psicología o la sociología, entre otras, desde modelos teóricos; prima el enmarcar al joven dentro de franjas fijas de edades, se trata del marco del modelo evolucionista, en donde el joven aparece en cierta manera como un menor socialmente hablando, aquel que vive la condición de minoría de edad kantiana. Un protagonista postergado en lo social.

Jesús, al contrario ama al joven y lo ve como un sujeto del Reino, aquel que está llamado a seguirle (Cfr, Mt 19, 16-22), aunque la respuesta no sea siempre inmediata ni la que se esperaría, pero él cree incondicionalmente en los jóvenes.

Ojalá nuestra mirada fuera más confiada y propositiva con los jóvenes, así como nuestros juicios valorativos en torno a ellos. Por tanto, acerquémonos con la "frescura" de Jesús, con su mirada, con su sonrisa. Nuestros jóvenes lo necesitan, máxime en una sociedad que los estigmatiza, que les señala y que los condena; cambiemos nuestra mirada desde el sentir compasión y ternura de Jesús.

Así pues, no resulta tan fácil hablar de los jóvenes en un sentido genérico, hay que ser humildes y adentrarnos en la condición juvenil.

Cuando uno mira con atención y analiza películas como "La ciudad de Dios" o "la vendedora de rosas" no deja uno de preguntarse hasta donde conozco a los jóvenes y las jóvenes que me rodean. La primer película nombrada, es una cruda pero muy real trama de miles de jóvenes de nuestro continente; los investigadores del film han tenido que mirar el dramatismo y el dolor de las angustiantes situaciones juveniles de exclusión, violencia y marginación a los cuales son sometidos nuestros jóvenes en América Latina, y en el caso particular en un sector o barrio brasileño que puede ser uno de los tantos espacios y entornos de nuestros jóvenes.

Es estas y otras películas se presenta con claridad la problematicidad que tenemos para enmarcar etariamente a los jóvenes, en qué momento dejan de ser niños aquellos que empuñan un arma y lo que es peor " que creen que su ser adulto" lo constituye el matar y violar. Ciertamente que lo juvenil no aparece tan evidente.

Jesucristo da el primer paso, confía, espera e invita a seguirle a sus discípulos, a los jóvenes. Tengamos ese mismo valor para acercarnos a nuestros jóvenes.
"Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de Dios".

3. Acercamiento a la realidad de los jóvenes en Colombia: un desafío para la vida religiosa

Si no conviene hablar genéricamente de los jóvenes desde una condición etaria rígida, tampoco convendría hacerlo sin situar su contexto vital y referencial. Señalemos algunos elementos claves ayudados por algunos especialistas y por algunas entidades.

Los más de cien millones de jóvenes que hoy habitan el continente latinoamericano, son el eje central de los dos principales problemas de la región -

el desempleo y la inseguridad ciudadana- y por si fuera poco, son también un factor de gran relevancia en el tercer gran problema de la región: la fragilidad democrática. Sin embargo, son también, a la vez, el eje central de las nuevas estrategias de desarrollo, basadas en una clara apuesta a la inversión en capital humano, como clave para ganar competitividad y recuperar el crecimiento económico estable que se requiere para poder contar con sociedades más prósperas, en un mundo globalizado y transformado radicalmente, en las últimas tres décadas.[2]

La realidad de los jóvenes en América aparece con una bipolaridad angustiante pero al mismo tiempo esperanzadora. Los jóvenes se constituyen en un grupo poblacional altamente significativo para la historia de América, sus problemas y sus logros interesan a todo el continente y no simplemente en cuanto al riesgo que representan socialmente como tradicionalmente lo vienen haciendo las entidades y gobiernos latinoamericanos. Lo más triste es cuando además de la peligrosidad se pasa a acciones de represión o de agresión hacia los jóvenes.

Frecuentemente se percibe al joven como sujeto de alta peligrosidad por su protagonismo en fenómenos de violencia y criminalidad. Esta situación es más relevante para aquellos que viven en situación de pobreza y que habitan en las zonas marginales de los centros urbanos y se correlaciona directamente con procesos sistemáticos de aniquilación de jóvenes bien sea por operaciones como las denominadas de "*limpieza social*", por asesinato selectivo o como víctimas de los homicidios de la delincuencia común.[3]

También hay que tener en cuenta realidades que nos han de interpelar en relación con la situación vivida por los jóvenes colombianos y que se convierten en retos para la vida religiosa y para el diseño y propuestas pastorales que intervengan directamente sobre las problemáticas juveniles.

Señalemos algunas cifras, sabiendo los límites estadísticos y sus posibles ventajas:

De los 507 Millones de habitantes de América Latina, 99 Millones serían jóvenes entre los 15 y los 24 años de edad.
El 62% de la población de América Latina se calcula como menor de 30 años.
Se estima que el 40% de estos jóvenes viven en situación de pobreza y marginación y el 70% son jóvenes urbanos.
En Colombia casi el 51% de los habitantes son menores de 25 años y 11 millones están entre los 14 y los 26 años de edad (Ley 375 de 1997 o de Juventud)[4]
En América Latina:
Se estima que a pesar de que la cobertura en educación se mantuvo en América Latina por encima del 90%, entre el 30% y 40% de los niños no alcanzan quinto grado de primaria.
Se calcula además, que el 70% de la violencia producida en la región proviene de la actividad de los jóvenes.
El promedio, la realidad de América Latina muestra que 1 de cada 5 jóvenes está desocupado.
La mortalidad juvenil ha aumentado, lo que se asocia a un aumento del índice de muertes violentas si se compara con el mejoramiento de los índices de salud.

EN COLOMBIA:

Aproximadamente tres millones de niños se encuentran fuera del sistema escolar.
El 63% de las personas aprehendidas por la comisión de delitos están entre los 18 y los 30 años de edad. La correlación entre juventud y criminalidad aumenta cada día.
Mientras que el promedio del desempleo en Colombia ronda el 16%, entre los jóvenes que están entre 19 y 25 años el desempleo llega al 33.1%.
El sub - empleo en Colombia llega al 30.2%.
El porcentaje de personas que no llegan a los 40 años de vida aumentó en un 1.6% entre 1997 Y 1999, pasando de 9.9% a 11.5%, indicador asociado al aumento en muertes violentas[5].
A lo anterior se suma que en Colombia: Aproximadamente 6.000 jóvenes hacen parte de los grupos armados irregulares, en donde, gran parte de ellos son retenidos forzosamente.
Los jóvenes entran a grupos al margen de la ley más por miedo que por voluntad.
En 1999 aproximadamente el 55% de la Población desplazada era menor de 18 años y alrededor del 21% estaba entre los 11 y 18 años de edad.
La edad promedio para inicio de consumo de SPA está alrededor de los 14 años, y la tendencia es que la decisión sobre consumo se haga a edades más tempranas.
En el 2001 el 9.2% de los jóvenes entre 14 y 25 años habían consumido marihuana alguna vez en su vida.
El 4.5% de los jóvenes entre 14-25 años han consumido cocaína alguna vez en la vida[6].

Esta panorámica no puede quedar de espaldas para la vida religiosa, se constituye en un gran desafío para nuestro quehacer educativo pastoral, para la praxis de acompañamiento y evangelización de nuestras comunidades, pero no desde buenos propósitos, sino desde acciones decididas y eficaces, claras y precisas, discernidas a la luz de Evangelio.
El Señor Jesús que acogió con cariño a los marginados y excluidos de su tiempo espera que nosotros hoy para el anuncio del Evangelio tengamos en un lugar privilegiado a los jóvenes. No se puede ni debe improvisar en la pastoral juvenil. Al respecto: ¿Cuál es la calidad de la pastoral juvenil que desarrollamos? ¿Cómo nos estamos acercando a los Jóvenes? ¿Cuál es la espiritualidad que sustenta nuestra misión en medio de ellos?
Se nos plantean múltiples desafíos pero al mismo tiempo tenemos la fuerza de la propuesta de las bienaventuranzas dadas por Jesús a los suyos para comunicar vida y vida en abundancia.
Dios no anuncia una fatalidad histórica y un devenir del sin sentido a pesar de los problemas y dificultades que vive la humanidad; El Señor de la historia respetando profundamente la libertad humana actúa con sabiduría y eficacia para que el mal no impere por doquier, para que los débiles y marginados sean socorridos y atendidos por la misericordia infinita de Dios.

Leídas y asumidas las Bienaventuranzas, en esta perspectiva, se convierten en cartas de navegación imprescindibles para el creyente, por cuanto no son cuestiones accesorias sino constitutivas del anuncio del Reinado de Dios, de hecho al aparecer las bienaventuranzas, en el caso de Mateo al inicio del discurso del Sermón

del monte, y en Lucas en un núcleo vital del anuncio de Jesús, denota la centralidad que la fuerza de las bienaventuranzas tiene en la presencia del Reinado de Dios en medio de los hombres y mujeres de todos los tiempos siguiendo el anuncio vivo que es Jesucristo. Anunciemos y proclamemos en medio de los jóvenes las Bienaventuranzas como proyecto de vida comunitario.

Mt 5/5 Dichosos los afligidos, porque ellos serán consolados. 6 Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

4. La propuesta de vida de Jesús a los jóvenes

Jesús ha dicho "He venido para que tengan vida y vida en abundancia", así como nos comunica la vida del Padre al participar de su Cuerpo y de su Sangre (Cfr. Jn 6), nos invita a beber del Agua Viva que él representa (Jn 7,37-38). Se trata en últimas del llamado que le hace al joven rico para que viva la plenitud del seguimiento y alcance la perfección (Mt 19,16-22) o el que realiza a sus discípulos. Lo importante es ser consciente de la llamada y emprender una generosa respuesta consecuente y confiada.

El paradigma que es Jesucristo para el cristiano lo es para la educación en la fe de los jóvenes si se quieren lograr producir frutos de justicia y santidad. Sólo en El se colma la esperanza y la sed que late en el corazón de los jóvenes y las jóvenes.

Hemos de lograr conducir la mirada y los anhelos de los jóvenes a él que es Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6), si queremos colmar las expectativas más profundas que laten en sus corazones. Para ello se nos exige presentar con fortaleza y valentía la persona misma de Cristo, su Evangelio y praxis de misericordia.

En medio de las propuestas, muchas de ellas de muerte ofrecidas a los jóvenes, encontramos una que desentraña la falsedad y contingencia de las que no valen la pena, esa propuesta transparente y sin igual es la ofrecida por Jesús a sus seguidores.
Por lo tanto, hemos de facilitar la comunicación del amor latente en la propuesta eclesial desarrollada a través de la Pastoral Juvenil, no como un compartimiento aislado sino engranada en una dinámica vital.

Si valoramos en su justa medida la propuesta de vida ofrecida por Jesús a los jóvenes, entonces valoraremos y pondremos todo nuestro empeño en cualificarnos como agentes pastorales y concretamente en el campo de la Pastoral Juvenil.

Dejemos a un lado la improvisación y preparémonos con la oración y la formación específica en el ámbito de la Pastoral Juvenil; acojamos a los jóvenes desde una presencia real y efectiva en medio de ellos; que los jóvenes sientan y agradezcan el acompañamiento brindado desde nuestras comunidades, que nuestra solidaridad se haga eficaz especialmente con los más afectados por el conflicto colombiano.

"El Defensor del Pueblo en su informe anual al Congreso (1999) dice: "Se presume que de los 24.000 guerrilleros del país, entre el 60 y 70%, esto es, de 14.000 a 16.800 guerrilleros son jóvenes entre 13 y 25 años. Por parte de los

grupos paramilitares se tiene, por información de la Defensoría del Pueblo, que la mitad de los integrantes de estos grupos están compuestos por jóvenes. La Ley 418/97 delimita el reclutamiento de las fuerzas armadas a quienes han cumplido 18 años y/o han terminado el bachillerato, lo que permite decir que en las fuerzas armadas se encuentran jóvenes de 25 años que voluntariamente o por el sistema de reclutamiento viven en función de las armas, aunque no todos se encuentran permanentemente en combate"[7].

Hay que desarrollar así una pastoral orgánica para que sea significativa, no bastan los esfuerzos dispersos y aislados ni tampoco las acciones meramente piadosas, hay que emprender con toda la seriedad y entusiasmo una Pastoral Juvenil Orgánica con una clara visión y con itinerarios adaptados a los contextos y realidades juveniles propias.

Al mismo tiempo, es necesario trabajar eclesialmente y con un decidido espíritu comunitario para evitar la dispersión y el individualismo tan difundidos hoy en una sociedad del consumo y del sálvese quien pueda.

En este sentido encontramos grandes caminos y algunas opciones concretas señaladas por Eugenio Alburquerque para la consolidación y Renovación de la Pastoral Juvenil[8] que señalaré a continuación para finalizar los ejes fundamentales que nos han de servir para nuestra reflexión y praxis pastoral:

Caminos que hay que recorrer

Los caminos de iniciación y educación en la fe son muchos. Está, ante todo, el camino de la vida, con sus satisfacciones y sus frustraciones; el del servicio, el de la Palabra compartida con los creyentes, el de la oración interior, el del pan partido en memoria del Resucitado. Y es importante proponer a los jóvenes, este conjunto de caminos como proceso de iniciación y de acceso a la experiencia cristiana.

a. El camino de la vida.

Dios se hace cercano, ante todo, el centro de la vida, de la existencia y de la historia personal de cada uno.

La "crisis del creer" supera el ámbito religioso. Muchos jóvenes no llegan a creer en la vida, en el amor, en el futuro. ¿Cómo podrán llegar a creer en Dios? Es, pues, sumamente importante acompañarles en el camino de la vida, para ayudarles a acoger la belleza y la dureza de la existencia. Es un tiempo en el que muchos jóvenes encuentran difícil vivir y siente incluso un hondo malestar por la vida; la fe en el Dios de la vida es inseparable de la fe en la vida.

b. El camino del servicio.

Es el camino que abre al sentido social, al compromiso por la justicia y la solidaridad.
En un tiempo de inflación de discursos y palabras, los jóvenes se muestran especialmente sensibles a los hechos. A través del servicio concreto, aprende

a superarse y descubren la trascendencia, el "sacramento del hermano".

c. El camino de la palabra compartida

La experiencia de la palabra –con los compañeros, con los padres- es fundamental para el crecimiento humano, para la identidad personal y la comunión. No puede sorprender, por tanto, que también en la experiencia cristiana alcance un lugar privilegiado. Acogida en la propia vida, compartida en fraternidad, sentida en el testimonio de los primeros creyentes, proclamada y meditada en los encuentros de oración, la Palabra incesantemente convoca, interpela, ilumina, reconforta y compromete.

Es importante que los jóvenes puedan hacer esta experiencia de la palabra que los hace volver sobre si mismos mientras descubren la Palabra de Dios. El aprendizaje de este diálogo entre la palabra humana y la Palabra de Dios supone un contacto frecuente y significativo con la Biblia.

d. El camino de la oración interior

Es el camino del corazón, de la interioridad. Comenzar a orar es fruto de una enseñanza. Se puede hablar de iniciación a la oración. En sus comienzos, el niño reza balbuceando invocaciones y palabras que escucha a los adultos. Poco a poco la oración se convierte en el camino para hacerse responsables de la propia vida, en ocasión para acoger la vida, con sus palabras y sus silencios, para contar la propia vida a Dios.

e. El camino del pan partido

Es el camino que conduce a Emaús, el camino del encuentro con el Resucitado. En la iniciación cristiana, siempre ha tenido una importancia muy grande la reunión comunitaria para compartir la Palabra y el Pan en memoria del Señor. Hoy sigue siendo un reto abrir a los jóvenes a ese misterio del Pan partido y entregado para que lleguen a experimentar, en la mesa compartida, el amor, la fraternidad, y el servicio.

Algunas opciones concretas[9]

A la luz del contexto social descrito y de la necesidad de situarnos, como pastores y educadores de la fe, en una nueva perspectiva, podemos entrever también, algunas grandes opciones y decisiones de fondo, que deben orientar la acción pastoral entre los jóvenes.

• Sin duda la preocupación fundamental de la pastoral juvenil se concentra en retomar su verdadero carácter misionero. Su centro es y ha de ser siempre la educación en la fe, la comunicación a los jóvenes del misterio del Dios vivo y verdadero, fuente de alegría y esperanza. Especialmente los jóvenes poseen un vivo sentido de la autenticidad y lo que necesitan es ver encarnados los valores del Reino en quienes los anuncian.

• La educación de la fe pretende llevar a los jóvenes a un gradual y continuo descubrimiento y a una generosa adhesión a Cristo. Por ellos tiene, necesariamente, un sentido progresivo. Madura lentamente, conduciendo a la

transformación del hombre a imagen de Cristo. Lo verdaderamente importante, es acompañar a los jóvenes para guiarlos a una auténtica mentalidad de fe, lo que significa la capacidad de ver la vida como Él, amar y abrirse a los hermanos como Él.

• La adhesión a Cristo y la transformación del hombre a su imagen supone una relación intensa entre fe y vida. Supone lo que justamente entendemos con la expresión "integración fe-vida". La fe debe integrar la vida de los jóvenes. Pastoralmente significa trabajar educativamente para formar una personalidad cuyos criterios de acción y de discernimiento se refieran a Jesucristo y a su mensaje, como la respuesta que proviene de la vida misma; es decir para que Jesucristo llegue a ser realmente el centro unificador de toda la existencia.

• Este camino lento de madurez en la fe exige también un *proceso educativo* adecuado a la evolución y desarrollo del propio caminar cristiano. Y en la perspectiva de los procesos, los educadores han de acertar en la propuesta de itinerarios de iniciación y de catecumenado. Los itinerarios de educación en la fe son múltiples; pero hay que intentar también que sean sencillos, concretos y, sobre todo, que partan y lleven directamente a la fuente, a lo esencial.

• Es necesario subrayar explícitamente, la dimensión educativa de la pastoral juvenil, que supone una estrecha relación entre la educación y la "educación de la fe", necesariamente es esencial dicha dimensión, que conlleva la preocupación no sólo por la propuesta de fe, sino también por la condición existencial de la comunicación, y del nivel de madurez de los destinatarios. Todo ello implica la exigencia de un especial cuidado a las distintas etapas de crecimiento, a las disposiciones del sujeto, a sus ritmos de maduración, a la pedagogía del proceso evangelizador y a las metodologías empleadas.

• La acción evangelizadora parte de la comunidad y conduce a la comunidad. No sería bueno entender la responsabilidad de evangelización como "una tarea de especialistas". Es una tarea de toda la comunidad cristiana. Ella alcanza su verdadero rostro, cuando vive la comunión y se lanza a la misión de los más alejados. Por el anuncio y el testimonio de la fe, la comunidad cristiana llega a ser el ambiente más propicio para la iniciación, la acogida de la palabra y el compromiso. Resulta pues una tarea primordial construir la comunidad cristiana, educar para vivir en ella y participar en su vida. Es el horizonte imprescindible de la pastoral juvenil, conscientes al mismo tiempo de que, para que las comunidades puedan llegar a ser evangelizadoras y para que los jóvenes puedan insertarse en ellas, es necesario la elección del "grupo", como método para conducir a la comunidad.

• Especialmente la situación actual, estimula para caminar juntos hacia lo esencial. Se trata de ir decididamente hacia lo esencial. Solo desde esta exigencia de ir a lo esencial del don de Dios en Jesucristo, es posible comprender la verdadera propuesta de la fe en la sociedad actual y en los jóvenes. No se trata de presentar algo nuevo, sino de reconocer las nuevas condiciones en las que debemos vivir y anunciar el Evangelio.

• La propuesta de la fe a los jóvenes tiene que insertarse en su historia concreta intentando captar y comprender los interrogantes que les preocupan. Se evangeliza, no al margen ni después de la experiencia humana, sino desde el interior mismo de ella. De manera especial los jóvenes exigen un nuevo lenguaje. Sometidos a un continuo bombardeo de ideas, de afirmaciones, de acontecimientos, vive con intensidad el surgir de su personalidad, el descubrimiento de los valores fundamentales y el desarrollo de la sociedad.

• Es importante llegar a una mayor convergencia y unidad entre la pastoral de niños, de preadolescentes y la pastoral juvenil y familiar.

• Todo si ellos subrayan la importancia de la parroquia como ambiente apropiado para la propuesta de la fe a los jóvenes. Del mismo modo ha de desarrollar la dimensión catecumenal y participativa y ha de ofrecer iniciativas de formación bíblica y teológica, ocasiones para entrar en contacto con personas significativas de la comunidad (voluntarios, agentes de pastoral, catequistas, sacerdotes, creyentes comprometidos en la acción social) abriendo nuevo caminos de expresión y de compromiso.

El corazón de don Bosco, Padre y Maestro de los jóvenes y de nuestros fundadores nos lleven a descubrir el drama de muchísimos jóvenes que no están siendo considerados por quienes decimos vivir las bienaventuranzas y que exigen de nuestra parte una actitud distinta. Asumir las bienaventuranzas pasa a ser una exigencia de fidelidad al mensaje de Jesús y una posibilidad única para desarrollar una praxis coherente en la construcción del Reino de Dios. Ahondar en sus exigencias y vivirlas en nuestro hoy harán posible esa utopía al parecer cada vez más lejana de nuestra realidad.

Finalmente, las bienaventuranzas emergen como una propuesta para alcanzar la Santidad con nuestros jóvenes y nuestras jóvenes. El hecho de que las bienaventuranzas se hallen en el capítulo que hace converger todo hacia " el ser Santos como es Santo vuestro Padre Celestial" (Mt 5,48), nos abre una excelente intuición para hacer de ellas un proyecto por vivir en el ámbito personal y en el de nuestras Comunidades Educativas pastorales. V

---

[1] Cfr. Schillebeeckx, Edward. Jesús: la historia de un viviente. p. 156-162. Y Gnilka, Joachim. Jesús de Nazaret: Mensaje e historia. p. 220-225.

[2] Cfr. Rodríguez, Ernesto. En: Notas presentadas en el Seminario Latinoamericano *Los Jóvenes y el Trabajo: la Educación frente a la Exclusión Social*, organizado por la Universidad Iberoamericana, el Instituto Mexicano de la Juventud y la Red Latinoamericana de Educación y Trabajo. México, 7 al 9 de Junio de 2000.

[3] Cfr. Germán Muñoz G. Temas y problemas de los jóvenes colombianos al comenzar el siglo XXI. p. 7.

[4] Cfr. Programa Presidencial Colombia joven: La juventud como actor estratégico de desarrollo. 2003.

[5] Ibid.

[6] Ibid.

[7] Derechos Humanos para Vivir en Paz. Quinto Informe Anual del Ciudadano Defensor del Pueblo al Congreso de Colombia.

[8] Cfr. Alburquerque, Eugenio. En: Misión Joven 318-319. Julio- agosto de 2003. p. 27-54.

[9] Cfr. Ibid

Nueva eclesialidad

Fr. José Uriel Patiño Franco, O.A.R.

Una visión en torno al sentido de la novedad relacional en la comunidad de los santos

PARA ENTRAR EN MATERIA

En el camino de la vida religiosa, que vamos recorriendo, hay momentos, muy bien delineados en las normas constitucionales, en los cuales se hace un alto para reflexionar un poco sobre lo que somos y hacemos. Algunos de esos momentos los llamamos retiros espirituales y es normal que para su vivencia haya diferentes actitudes: en ocasiones los esperamos con verdadero gusto, ansia, ganas y expectativas; otras, los tomamos como una obligación que se debe hacer, porque está mandado...; y si se sigue profundizando, es probable encontrar otras actitudes.

Para nuestro encuentro se quiere partir de una buena disposición interna, una llamada, a vivir a plenitud este encuentro con Dios y los hermanos y las hermanas teniendo como punto de referencia el tema de la nueva eclesialidad, inspirándonos en una de las cinco líneas de la CLAR[1], sobre las cuales hemos venido reflexionando y animando nuestra vida espiritual a lo largo de este año, teniendo como telón de fondo el hecho de sentirnos impulsados e impulsadas por el Espíritu para recrear con fidelidad y audacia los fundamentos de la vida consagrada, tal como lo ha propuesto para este año la CRC.

Abordar el tema de la nueva eclesialidad motivando una reflexión personal, implica un acercamiento a lo que se entiende por eclesiología y por eclesialidad. Aunque ambos son discursos teológicos se diferencian en el énfasis: la eclesiología camina por el lado de un discurso conceptual; la eclesialidad se centra en la práctica relacional comunitaria que existe entre los miembros de la Iglesia; por ello, para una mejor comprensión de la nueva eclesialidad es importante conocer el sustrato eclesiológico que se tiene, y para conocer el sustrato eclesiológico es importante conocer las bases cristológicas porque en nuestra forma de comprender la experiencia cristiana primero está Cristo.

Cualquier manual de teología o diccionario teológico aborda con lujo de detalles el tema de la eclesiología; ofrece una estructura que, de alguna manera, sigue las pautas del Concilio Vaticano II al hablar de la Iglesia como luz de los pueblos, afirmando con carácter dogmático que la Iglesia es un misterio, como un sacramento de salvación que se visibiliza como pueblo de Dios en unos estados de vida muy concretos (laicos, jerarcas, religiosos) llamados a la santidad y en camino hacia el encuentro escatológico[2].

A la luz de los diferentes tratados sobre la Iglesia da la impresión que ella es una comunidad de hermanos que ha vivido

una serie de vicisitudes que en más de una ocasión la han dejado maltrecha, y lo que es peor, en varias oportunidades son los miembros de la Iglesia los primeros en bombardearla con apreciaciones no exentas de verdad pero tampoco libres de error. Sí, con bastante facilidad se olvida que la Iglesia es santa y pecadora, una comunidad de bautizados, de seguidores de Jesús, de hombres y mujeres que viven los avatares de cada día en permanente tensión.

Las tensiones de cada día han hecho oscurecer el rostro que Jesús quiso para la Iglesia: ser trasparencia del Reino porque si bien es cierto que las estructuras apagan la vida, no es menos cierto que un grupo carismático que no tenga unas ciertas normas termina por dispersarse y desaparecer. Esta es la gran tensión que existe en la Iglesia: la dialéctica entre lo carismático y lo institucional; es como el deseo permanente y vehemente que se presenta entre los cristianos ya que lo carismático se entiende como lo más cercano a la teoría, a la concepción primitiva de Iglesia, entendida desde una perspectiva del cristianismo como un estilo de vida (Act 5,20); y lo institucional se entiende más como dominio que como ministerio, es decir, se presenta una "relación de subordinación y no un servicio a los hermanos"[3], con lo que surge la problemática entre poder y autoridad.

Deseo organizar este compartir sobre la base de cuatro momentos claves: los tres primeros forman una propuesta teórica que sirve de plataforma para el cuarto momento que se orienta a la práctica, a lo que podría ser la vivencia de la nueva eclesialidad teniendo como texto iluminador a la primera carta de Pablo a los Corintios.

Conceptos fundamentales de Iglesia

Básicamente son tres: misterio, institución y comunidad.

Misterio. Según Romanos 15,15 y Efesios 1,9 el objeto fundamental y terminativo de la revelación de Dios en Jesucristo es su plan de salvación para ser realizado en la historia, en medio de los hombres. Dentro de la revelación, la *Iglesia Misterio* corresponde a la inefable voluntad divina de salvar al hombre; además, Cristo es la Cabeza de esa Iglesia Misterio en cuanto que con Él llega a plenitud el misterio salvador de Dios, revelando en la historia el designio salvador de Dios (Cf. Ef. 1,22; 5,23; Col 1,18; 1Cor 12,12).

Institución. "Por una profunda analogía, la Iglesia se asemeja al misterio del Verbo Encarnado"[4]. De esta analogía se deduce que así como el *Mysterium Christi* se concretizó en la historia, el tiempo y el espacio, en Jesucristo (Cf. Jn 1,14*: el Verbo se hizo carne*), así el *Mysterium Ecclesiae*, por analogía, debe concretizarse en una institución mundana, histórica y concreta. La *Iglesia Institución* se originó de alguna manera en la vida histórica de Jesucristo: fue confirmada y enviada por el Espíritu Santo en Pentecostés; fundamentada por los apóstoles; estructurada y organizada con características propias; extendida a tiempos y espacios históricos; configurada por realidades divinas y humanas y circunscrita al ritmo evolutivo de la historia. La *Iglesia Institución* con sus desarrollos históricos

y las innegables limitaciones humanas crece y decrece en su fidelidad al evangelio, razón por la cual es y será siempre perfectible, reformable, penitente. La Iglesia siempre debe renovarse[5].

Comunidad. Además de *Misterio* e *Institución*, la Iglesia es la comunidad de las personas que siguen a Jesús. En cuanto sistema de relación evangélica de personas, la Iglesia es la comunidad de los hermanos (Mt 23,8; 1Pe 5,9). En cuanto comunidad de los que siguen históricamente el camino de Jesús, la Iglesia es "la congregación de los fieles" (Ef. 1,1); en cuanto comunidad teologal de los convocados, redimidos y santificados, la Iglesia es "la comunión de los santos" (Rm 12,13; 1Cor 14,33). La *Iglesia comunidad* está formada por las piedras vivas, la nación santa y el pueblo adquirido (Cf. 1Pe 2,5-10) identificables con todos los hombres y las mujeres que en la Iglesia viven la comunión con el Señor y los hermanos y las hermanas, enviados y enviadas al testimonio profético y evangelizador; responde al querer de Cristo (Cf. Jn 17,21-23) y llega a ser icono de la comunidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, comunidad de vida en comunión plena de amor y propósitos. Este concepto es fundamental para comprender la nueva eclesialidad.

Estos tres conceptos ofrecen unas implicaciones concretas, como: en la Iglesia Comunidad se opera la Iglesia Misterio; la Iglesia Institución debe estar al servicio del diseño comunitario y mistérico de ella. Por ello no hay ni puede haber Iglesia verdadera de Jesucristo que no sea al mismo tiempo misterio, institución y comunidad; si falta alguno de esos elementos fundamentales o si alguno crece en detrimento de los otros, lleva a comprensiones desencarnadas de la Iglesia o a gigantismos institucionales y legales, o a comunitarismos loables pero reaccionarios frente a lo institucional y mistérico de la Iglesia Santa, de la Iglesia comunidad de santos y pecadores.

Imágenes de Iglesia

Una experiencia eclesiológica interesante es comprender a la Iglesia desde las imágenes (figuras, parábolas, comparaciones) que propone la Sagrada Escritura porque señalan simbólicamente su naturaleza íntima. Este análisis demuestra y asegura el respeto a la normatividad de la Palabra y a la primera y fresca evocación de la naturaleza y misión de la Iglesia.
El Vaticano II selecciona y agrupa una serie de imágenes bíblicas relativas a la Iglesia y las propone en ópticas unitarias que permiten su comprensión y sistematización: "símbolos tomados de la vida pastoril, de la agricultura, de la construcción, de la familia y de los esponsales"[6].

Imágenes bucólicas o pastoriles: se refieren a la Iglesia en términos de redil o rebaño congregado en torno al Pastor o Mayoral que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas (Cf. Jn 10,1-17; 1Pe 2,25; 5,1-4).

Las figuras de vida agrícola: revelan una Iglesia que como olivo antiguo, hunde sus raíces en los patriarcas, el cual, injertado de nuevo en Cristo, produce nuevas ramas, o como viña amada de la que el Padre es Viñador y Cristo Vid Verdadera, siendo los fieles un sistema de ramos y sarmientos unidos a la cepa principal, de quien reciben vida para producir fruto abundante (Cf. Mt 21,33-

45; Jn 15,1-17; Rom 11,16-24; 1Cor 3, 6-9).

Las imágenes arquitectónicas: evocan a Cristo el Señor como Piedra Angular, Roca y Cimiento sobre el que se construye la edificación con piedras vivas para conformar una casa o habitación o ciudad santa en que habitan los familiares de Dios en justicia y santidad (Cf. Mt 7,24-27; 21,42; 1Cor 3,9-18; Ef 2, 20-22; 1Tim 3,14; 1Pe 2,4-8; Ap 21,1-27).

Las figuras de relación familiar: presentan a la Iglesia como madre fecunda de hijos, hermanos y hermanas, y esposa de Cristo, carne suya a la que Cristo ama, se entrega, cuida, abriga, alimenta, purifica. La Iglesia es como el Cuerpo de Cristo sumisa a su Cabeza (Cf. Gal 4,26).

Las figuras anatómicas: presentan a la Iglesia como Cuerpo de Cristo animado por su Espíritu, Cabeza a la que corresponde la primacía total, siendo los fieles miembros de ese único cuerpo en diversidad y plena unidad (Cf. Rm 12,5; 1Cor 12,13-27; Col 1,24; Ef 1,22-23; 5,23). Esta figura se volverá a tomar cuando se aborde lo de la nueva eclesialidad.

Las figuras de relación social: orientan la comprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios, o como fermento, levadura y grano de mostaza del Reino que en el día escatológico Cristo entregará al Padre y Dios será todo en todos (Cf. 1Pe 2,9-10; Rm 15,7; 9,25-33; 1Cor 1,2; Ef 1,13-14; Mc 1,15; Mt 3,1; 4,17).

Modelos de Iglesia

Los modelos eclesiales no son otra cosa distinta a paradigmas o constelación de comportamientos eclesiales, o como estilos decadentes y/o emergentes de una Iglesia que es histórica y se ha construido a través de dos mil años de historia. A continuación serán indicados los principales modelos o paradigmas eclesiales que han prevalecido y dominado el ambiente eclesial; ninguno se halla en estado puro sino generalmente interactuantes, mezclados muchas veces, y enfrentados, otras tantas.

Iglesia de la potestad o sociedad perfecta: sus rasgos característicos son su estrecha analogía con la sociedad civil; su organización como una sociedad o estado dentro del estado; su correspondencia de poderes con los poderes civiles (legislativo, ejecutivo, y judicial); la correspondencia de personas (funcionarios) en el poder; el tipo de relaciones entre gobierno civil y eclesiástico; el régimen de neocristiandad en que se es cristiano católico por el hecho de pertenecer a una nación y se pertenece a esa nación por ser católico; el régimen concordatario con una Iglesia que se percibe a sí misma como un estado territorial y extranjero frente a otro estado.

Iglesia de la capitalidad o Cuerpo Místico: sus rasgos organizativos destacan al máximo las cabezas visibles de la institución; al sacramento del orden como canal de la capitalidad ("se es cabeza por ser ordenado"); a la capitalidad como sinónimo de poder, saber, ejecución, decisión, concentración, monopolio de la principalidad protagónica del clero en

todos los ámbitos de la vida eclesial con la consecuencia de la práctica inexistencia del cuerpo total y diversificado de la Iglesia.

Iglesia Pueblo de Dios: esta concepción ignora el substrato histórico, social y político de la Iglesia (se acentúa el "de Dios" pero no "el pueblo"). Se inspira en los modelos teocráticos de Israel según el Antiguo Testamento: régimen patriarcal masculinista; discriminación consecuente de la mujer; neta distinción y clara separación entre porciones de iglesia sacerdotal y laical; centralización en el culto; centralización en la ley (normas, códigos, doctrinas y catecismos); ahogamiento del testimonio y la profecía.

Iglesia pobre (pauper) e Iglesia de los pobres (pauperum): es una corriente social y política que tiene las siguientes exigencias: opción por el pobre como primer objeto de evangelización; búsqueda de un instrumental analítico de la realidad de su pobreza; establecimiento de opciones políticas que lleven a superar las causas estructurales de su pobreza o miseria; aceptación de la cultura popular y el proyecto político de los pobres. Aconteció en la experiencia eclesial franciscana (movimiento pauperista) y en América Latina.

La eclesialidad

Teniendo presente lo anterior, se gira la página y, ya para terminar, vamos a reflexionar un poco sobre el sentido de la nueva eclesialidad, teniendo presente que esta línea inspiradora se inserta en el concepto de comunión.

Las fichas para la segunda etapa, "Los signos de los tiempos", del proceso de la vida religiosa "Por el camino de Emaús" sostienen, al hablar de nueva eclesialidad, que "la vida religiosa, por su carisma comunitario específico y por su vocación misionera, tiene una responsabilidad especial en la creación de relaciones más acordes con la utopía del Reino de Dios... está llamada a ser imagen de la Trinidad Santa: comunión de la diversidad en la unidad"[7]. Más adelante afirma que debe ser generadora de comunión, tejedora de solidaridad y constructora de nuevas relaciones de tal manera que pueda ser, parafraseando a Pablo VI, "experta en eclesialidad" en la búsqueda de relaciones armónicas y fecundas entre los diversos modos de vivir en la Iglesia. Sobre la base de esas afirmaciones, la eclesialidad es un tema de comunión, de relacionalidad o, como dicen los expertos en el tratado de Iglesia, de la circularidad en la comunión de los miembros de la Iglesia. De una manera más sencilla, el sentido de la nueva eclesialidad sería como preguntarnos si la vida religiosa en su experiencia eclesial es icono o jeroglífico

El texto que ilumina nuestra reflexión es 1 Cor 12,12-31. La comunidad de Corinto estaba integrada por pobres y trabajadores de origen griego y judío; era un iglesia joven con lagunas y distorsiones, con una vivencia escandalosa y participación en cultos idolátricos en algunas oportunidades. Debido a ello las relaciones eran tensas porque muchas veces eran los conceptos humanos los que estaban presentes y poco o nada se entendía el sentido de la sabiduría de Dios. Frente a esa circunstancia Pablo propone el símil del cuerpo para hablar de la unidad en la diversidad, tan necesaria en la Iglesia. Se debe tener presente que la unidad se da en medio de la diversidad y la

corresponsabilidad, y significa reconocer la dignidad del otro, sus características y su misión particular.

Finalmente, la eclesialidad es un forma de comunicación en la que, en palabras de Habermas, "las partes tienen que renunciar a la imposición violenta...; tienen que reconocer al otro como interlocutor con iguales derechos en total independencia de valoración que merezcan sus tradiciones y formas de vida"[8].

Personalmente la nueva eclesialidad como práctica de una experiencia eclesial en comunión y participación debería llevar a quienes formamos la Iglesia a convertirnos en instrumentos, en mediadores, de la trasparencia del Reino para la humanidad, haciendo trasparente un acontecimiento de gracia y amor, de salvación y vocación; hacer de nosotros, y por tanto de la Iglesia, una bandera de gracia y salvación que se alza en medios de las naciones. Hacer de la Iglesia, como diría Rahner, un existencial sobrenatural, indicando al ser y a todos los seres en su condición de creados, salvados, redimidos, objeto del amor y de la gracia de Dios.

Para reflexionar

Para nuestra reflexionar personal, además de una relectura del texto ofrecido, ahora que está tan de moda el re, podríamos preguntarnos:

1. ¿Cuál es mi concepto de Iglesia?

2. ¿Cómo percibo las relaciones entre la Iglesia y la sociedad?

3. ¿Cuál es la práctica eclesial que vivo en mi apostolado?

4. ¿Cuál es la vivencia eclesiológica y eclesial que se vive en mi comunidad y cómo se plasma en los diferentes apostolados?

Terminemos reflexionando esta caricatura: V

---

[1] Las otras cuatro líneas son: opción por los pobres, el mundo de los jóvenes, la mujer y lo femenino, y espiritualidad encarnada, liberadora e inculturada.

[2] Cf. *Constitución dogmática Lumen gentium*; en Concilio Vaticano II, *Documentos*, BAC, Madrid 1979[33].

[3] González – Carvajal, Luis, *Esta es nuestra fe*, Sal Terrae, Santander 1989[13], p. 181.

[4] LG, 8.

[5] Cf. LG, 5; 11; GS, 43; UR, 6.

[6] LG, 6.

[7] Por el Camino de Emaús, Los signos de los tiempos, Ficha *Nueva eclesialidad*, p. 3.

[8] Cf. Habermas, Jürgen, *Las luchas de los poderes de las creencias. Fragmento filosóficos – teológicos*. Trotta, Madrid 1999, pp. 52-53.

Adpostal

¡Llegamos a todo el mundo!
CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR
A COLOMBIA Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS:

• VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
• SERVICIO DE CORREO NORMAL E INTERNACIONAL
• CORREO PROMOCIONAL • CORREO CERTIFICADO
• RESPUESTA PAGADA • POST EXPRESS
• ENCOMIENDAS • FILATELIA
• CORRA • FAX

LE ATENDEMOS EN LOS TELÉFONOS:
243 8851 - 341 0304 - 341 5534
9 800 15 503 • FAX: 283 3345

1002TA 170
LBC
09-30-04 32180 XL

Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 8869
For use in Library only

For use in Library only